cool & lam

A. A. FAIR

LOS TONTOS MUEREN EN VIERNES

A la Agencia Cool y Lam llega una joven, que dice llamarse Ballwin, para contratar a los detectives para salvaguardar a su tío Gerald de morir envenenado a manos de su esposa Dafne. Donald Lam empezará el caso con una estratagema que acaba convirtiéndose en un grave error que podría llevarle a la cárcel por sospechoso de intento de envenenamiento.

A. A. Fair

Los tontos mueren en viernes

Cool & Lam-11

ePub r1.1
fenikz 10.01.15

Título original: *Fools Die on Friday*
A. A. Fair, 1947
Traducción: Juan A. G. Larraya
Ilustraciones: Robert Stanley
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

Nota del autor

Muchas personas ignoran que, desde tiempo inmemorial, la sociedad ha decretado que trece escalones lleven al patíbulo. Por consiguiente, habrá lectores que no comprendan el significado del título de esta novela. En California, como en otros Estados, las ejecuciones se efectúan invariablemente en viernes.

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

Ballwin (Gerald): Tío de Beatriz Ballwin.

Ballwin (Beatriz): Cliente de Donald Lam y Berta.

Brand (Elsie): Secretaria y mecanógrafa de Donald.

Cool (Berta): Socia de Donald Lam, creadora de la Agencia Cool y Lam.

Dafne: Esposa de Gerald Ballwin.

Dawson (Sam): Auxiliar de la agencia Berta Cool.

Fordney (Jim): Ayudante de Donald Lam.

Hanford (Carlota): Secretaria de la señora Ballwin.

Ingram (Mary): De la oficina de Carl Keetley.

Keetley (Carl): Corredor de solares y fincas, cuñado del señor Ballwin, hermano de la primera mujer, Anita.

Lam (Donald): Socio de Berta.

Otis (Ruth): Enfermera del doctor Quay.

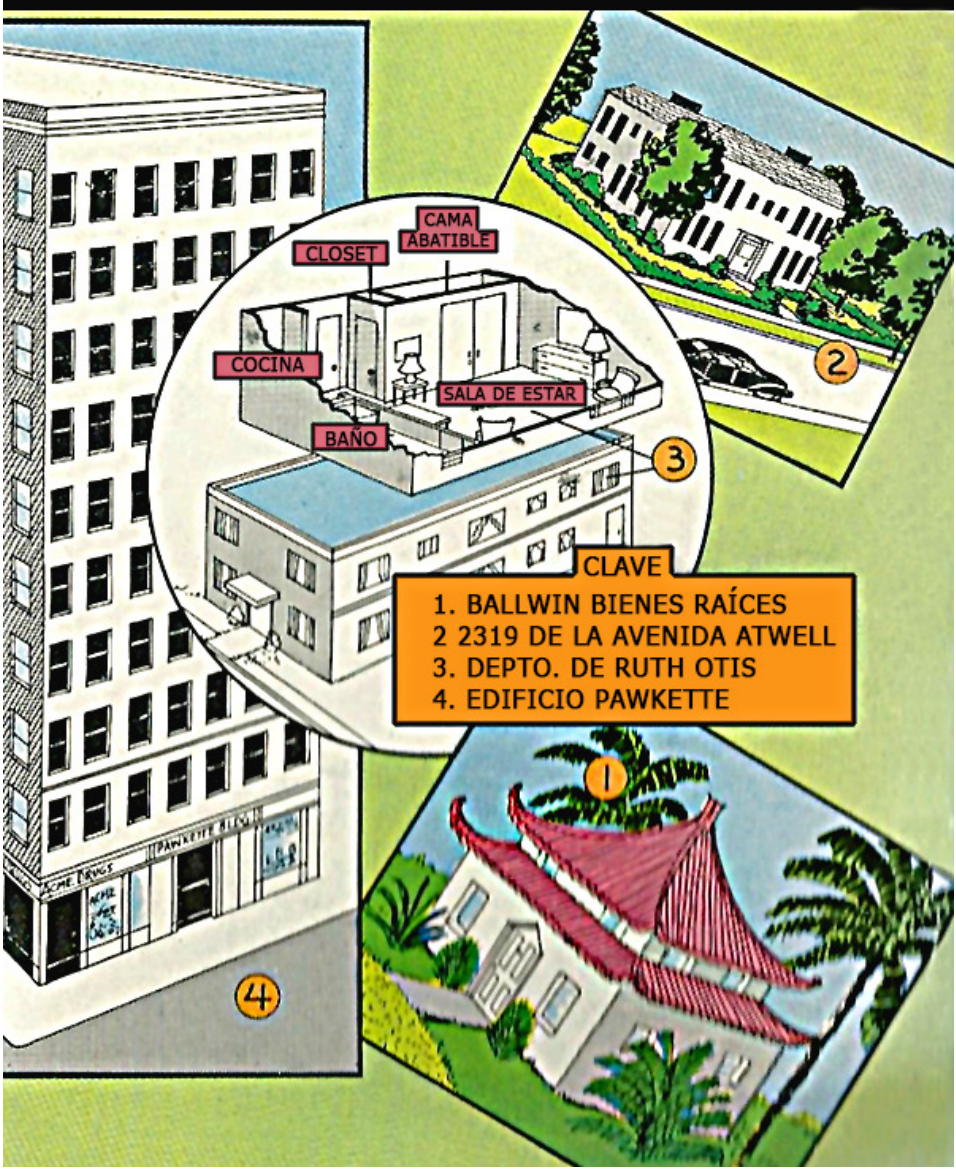
Quay
(Jorge L
.): Dentista.

Sellers (Frank): Sargento de policía.

Wilmont (Mariville): Mayordomo de la casa Ballwin, y chófer.

Worley (Ethel): Secretaria y ayudante de Gerald Ballwin.

Contratados para evitar un asesinato, Cool and Lam involuntariamente ayudan a un asesino en un caso cargado de emoción que implica pistas reales y cortinas de humo.



capítulo primero

ENTRÉ en mi despacho particular después de saludar a la telefonista, y arrojé mi sombrero a un estante del ropero.

—¿Hay alguna novedad? —pregunté a Elsie Brand en mi tono habitual.

La joven levantó los ojos de la máquina de escribir.

—Donald, ¿es ése un traje nuevo? —exclamó, admirada.

—Vaya.

—Está usted…

—¿Cómo? —la animé.

—Estupendo.

—Gracias —sonreí—. ¿Cómo anda el frente?

—Berta desea verle.

Enarqué las cejas.

—¿Se trata de un cliente?

Elsie afirmó con la cabeza.

—Muy bien. Ahora mismo voy.

Regresé a la sala de espera y di un golpecito comedido en la puerta que llevaba el nombre de mi terrible amiga. Y la abrí. La joven sentada al otro lado del escritorio había cogido su bolso y los ávidos ojillos de Berta relucían. Los apartó de él con esfuerzo, frunciendo el ceño.

—Donald Lam, mi socio —comunicó a la visitante y me explicó —: La señorita Beatriz Ballwin, una cliente.

Me incliné sonriendo y murmuré que me sentía encantado. Por algún recóndito motivo la señorita Ballwin pareció aliviada y tranquilizada.

—Mucho gusto, señor Lam —respondió y agregó—: He oído hablar mucho de usted.

La butaca de Berta crujió al agitarse impacientes sus setenta y

cinco kilos de carne musculosa. Sus ojos volvían a estar fijos en el bolso.

—Espero ser útil —dije.

—Después te lo contaré, Donald —atajó Berta—. Tengo todos los datos. Ahora no malgastemos el tiempo en eso. Mis notas no han pasado nada por alto.

Los diamantes de sus sortijas destellaron cuando hizo un gesto hacia unos papeles garrapateados que había en la mesa. Miré por encima de su hombro. Las notas consistían en media docena de nombres y la cifra 500 dólares escrita con insistencia en la larga cuartilla amarilla.

A Berta le gustaba escribir cifras.

La mano de la joven se había perdido en el interior del bolso entreabierto, pero no hacía ningún esfuerzo por sacar el talonario de cheques. La butaca de Berta crujió otra vez en aguda protesta.

—Bueno, querida, creo que eso es todo —indicó melosa, y añadió—: Le extenderé un recibo. Veamos… Doscientos cincuenta dólares al contado y otros doscientos cincuenta mañana.

Nuestra cliente extrajo unos billetes cuidadosamente doblados. Oyóse un rápido y ávido chasquido al inclinarse Berta hacia el dinero. Luego se dedicó a llenar un recibo.

Mientras escribía, la señorita Ballwin me sonrió. Buscó una pitillera y levantó las cejas en silenciosa invitación.

—Ahora no, gracias —repuse, meneando la cabeza.

Golpeó su cigarro contra el borde de la pitillera. Era de plata con iniciales de oro. C. H.

Notó la dirección de mi mirada y las cubrió con la mano. Berta Cool le entregó el recibo. La señorita Ballwin los guardó en el bolso y prendió lumbre al cigarrillo con el encendedor que había sacado de él.

Su mano temblaba imperceptiblemente.

Escondió el encendedor.

—Está bien. Muchas gracias. ¿Empezarán a trabajar inmediatamente? —preguntó.

—Desde luego —prometió Berta, echando los billetes en el cajón en que guardaba el dinero.

—Tendrán que actuar con rapidez —prosiguió la señorita Ballwin—, porque creo…, creo que ahora mismo ya existe el

peligro. Habrán de descubrir el modo de asustarla.

—No se preocupe, querida —exclamó Berta, sonriendo.

—¿También me protegerán? —prosiguió la joven.

—Naturalmente.

La contestación pareció consolarla.

—¿Soy su cliente? —insistió.

—Claro.

—Entonces, ¿no olvidarán mis intereses?

Berta mostraba una paciencia angelical, característica de cuando había cobrado.

—Es lo lógico, hija.

—¿Incluso si… si alguien trata de comprarlos?

—Somos incorruptibles —afirmó Berta con cierta sequedad.

Hubo una pausa. Yo la aproveché para indagar:

—¿Por cuánto tiempo nos contrata?

—Por una semana. Pienso que será el período más peligroso.

—¿Cuándo empezó?

—Empieza ahora mismo.

—El tiempo estipulado cubre una semana —advirtió Berta.

—Así lo entiendo, señora Cool.

La joven se levantó y aplastó el cigarrillo recién encendido en el cenicero.

—Muchas gracias —dijo a Berta.

Sus ojos buscaron los míos. Me contempló un par de segundos. Después echó a andar. Yo le mantuve la puerta abierta.

Era muy bonita, morena, acicalada, de cuerpo sinuoso. Caminaba erguida. La observé mientras cruzaba la sala de espera.

—No te quedes ahí toda la mañana —gruñó Berta.

—Un momento —le rogué.

Corrí a mi despacho y, asiendo el respaldo de la silla de Elsie Brand, di un tirón apartándola de la máquina de escribir.

—¿Qué ocurre? —protestó.

No le hice caso.

—Una preciosidad en traje sastre gris, blusa verde, bolso oscuro, zapatos castaños y medias que hacen juego, entre los veinticuatro y veinticinco, unos cincuenta y dos kilos. Ahora estará en el ascensor. No la ha visto usted. Si toma un taxi, apunte la matricula. En caso contrario, sígala, pero sin que se dé cuenta.

—¡Oh!, Donald, no lo podré hacer. Soy muy torpe…

La empujé hacía la puerta.

—En marcha.

Atravesó el despacho y desapareció por la entrada de la oficina. Regresé junto a Berta Cool.

—¡Por el amor de Dios! —gimió, pasándome revista.

—¿Qué ocurre?

—Otro traje nuevo.

—¿Y qué tiene de malo? —la desafié.

—¿Que qué tiene de malo? ¿Vas a gastar todo tu dinero en emperifollarte?

—Claro que no.

—Bueno, así lo espero. Hay impuestos, ¿sabes?

Abrí mucho los ojos, sorprendido.

—¡Condenación! ¿Es que el Gobierno ya nos ha descubierto?

Berta se ruborizó, casi se puso purpúrea.

—En algunas ocasiones sería capaz de matarte.

Ocupé el sillón de los clientes, encendiendo un cigarrillo. Todavía conservaba el calor del cuerpo de la señorita Ballwin.

—Veamos, ¿de qué se trata?

—Se llama Beatriz Ballwin.

—Ya me lo dijo antes.

—Su tío es Gerald Ballwin. Por lo visto se dedica al negocio de terrenos y de inmuebles. Su mujer, Dafne, se dispone a envenenarle. Él no sospecha nada. Debemos ganar tiempo y asustar a la mujer.

Lancé un chorro de humo por la nariz.

—¿Beatriz vive con su tío?

—No, tiene piso propio. Me parece que se dedica a la investigación. Dice que no debemos, bajo ninguna circunstancia, visitarla, porque vive con una amiga muy curiosa y suspicaz.

—Entonces, ¿cómo nos pondremos en contacto con ella?

—No habremos de hacerlo —aclaró Berta—. Vendrá aquí. Pero, si sucede algo imprevisto, podemos telefonear a casa de Gerald Ballwin anunciando que la secretaria de la señora puede pasar a probarse el nuevo vestido. Le darán el recado y entenderá lo que significa.

Había llegado el instante de quejase.

—¿Cómo lograremos que ese Ballwin no sufra retortijones? —

pregunté.

—¿Cómo diablo voy a saberlo? —tronó Berta—. Eso corresponde a tu departamento, Donald.

—De acuerdo. Voy a poner en movimiento mis células grises —la aplaqué.

Pasé a mi despacho y abrí el periódico de la mañana por la sección deportiva.

capítulo dos

ELSIE Brand regresaba sonriendo cinco minutos más tarde.

—Tuve suerte, Donald —me comunicó.

—¡Bravo! —exclamé, apartando el periódico—. ¿Cómo fue?

—Un taxi se paró en el instante en que salí. La joven se apresuró a tomarlo, pero hubo de esperar a que se apeasen los ocupantes. Así pude acercarme a tomar el número.

—¿Oyó qué dirección daba?

Elsie meneó la cabeza con tristeza.

—¿Tenía que hacerlo?

—Comprendo que era muy difícil, aunque tal vez lo hubiese conseguido —la consolé—. Deme ese número.

Me entregó un trozo de papel. Lo escribí para no correr el riesgo de olvidarlo.

Eché una mirada a la cifra.

—Me parece que, en efecto, tenemos suerte, Elsie. Este taxi suele estacionarse cerca del hotel de la esquina. Dentro de poco bajaré a hacer averiguaciones.

En los anuncios del periódico busqué la parte dedicada a la venta de fincas. Encontré uno perteneciente a la Compañía de Fincas Ballwin, que ofrecía una docena de verdaderas gangas. Al examinar los restantes descubrí otros dos cuyas señas eran las mismas que las de la empresa mencionada: West Terrace Drive, 225.

Avisé a Elsie que probablemente no volvería hasta después del almuerzo y fui al sitio en que estaba aparcado el auto de la agencia.

Me dirigí al 225, de la West Terrace Drive. Se hallaba en las colinas, al borde de unos terrenos por urbanizar. Por lo visto, Gerald Ballwin sentía un afecto entrañable por aquellos solares.

Sus oficinas ocupaban una de las dislocadas casitas de

caprichoso tejado puntiagudo, aleros curvos y entrada arqueada, que en California suelen albergar las agencias de fincas suburbanas. Tal vez se construyan con la idea de que el propietario del negocio desea unas oficinas que el cliente no confunda con una residencia. Los que han meditado sobre la arquitectura californiana comprenden que esos extravagantes edificios tienen por fin evitar que se les tomen por casas.

A primera vista yo hubiera jurado que el estilo de aquélla era el de una misión china.

Empujé la puerta y entré.

Una muchacha escribía unos contratos a máquina. Me miró un instante, volvió los ojos al teclado y continuó aporreándolo.

Me detuve junto al mostrador que recorría la habitación a lo largo.

La joven prosiguió escribiendo.

Tosí significativamente.

La mecanógrafa dejó de copiar lo imprescindible para decir:

—Señorita Worley.

No ocurrió nada.

La muchacha, se levantó para apretar un timbre del mostrador. Casi inmediatamente se abrió la puerta que había en el fondo, con el letrero de

PRIVADO

, dando paso a otra joven.

Salió sonriendo. Su sonrisa se acentuó a medida que se aproximaba a mí. Había dejado la puerta abierta y pude ver por encima de su hombro a un individuo de unos treinta y cinco años sentado a un escritorio. Me ofrecía su perfil. Si se percató de que le observaba, no hizo nada por impedirlo. Quizá formaba parte de la comedia.

Tenía un bonito pelo negro ondulado y la nariz en línea recta. Estaba gordo; su sotabarba contrastaba con sus hermosas facciones. Cogía unos papeles, los estudiaba y los dejaba a un lado. Tal era su concentración, que ni siquiera parpadeaba.

Me convencí de que todo era puro teatro.

Supuse que la señorita Worley era su secretaria y la encargada de recibir a los clientes. La mecanógrafa tenía un aspecto sumamente competente, pero sin duda opinaban que era necesario

cierto atractivo físico y conocimientos técnicos para vender solares en la West Terrace Heights.

La señorita Worley llevaba un jersey.

—Buenos días —me dijo—. Soy la secretaria y ayudante del señor Ballwin. ¿En qué puedo servirle?

—Desearía conocer el precio de algunos solares —le contesté—, y recorrer unos cuantos, si no es molestia.

Tenía una dentadura preciosa. Continuó exhibiéndola.

—Por desgracia, todos nuestros vendedores están ausentes en este instante, pero no creo que tarde en volver alguno.

—¿Podría enseñarme un plano de los terrenos con los distintos solares en venta y sus precios…?

Me interrumpió con una sonrisa tan dulce, que no me habría dado cuenta de que me contradecía si no me hubiese interesado más el hombre del despacho que la personalidad de la señorita Worley.

—¡Oh, no! ¡No podemos hacer eso! —se excusó.

—¿Por qué no? —fingí sorprenderme.

Sus ojos me acariciaban. Esperó hasta que los míos se apartaron del individuo en busca de los suyos. Entonces me explicó:

—Perdone, pero es preferible que nos entendamos… Pongamos el siguiente ejemplo: usted entra en una zapatería a comprar unos zapatos. No le agradaría que el propietario le dejase andar entre los estantes hasta descubrir los que desea.

—¿Por qué no? —repetí.

—Porque la función de un empleado no es venderle unos zapatos, sino ayudarle a encontrar los que quiere. Por lo tanto, elige de un gran surtido el tamaño y el estilo adecuados para usted.

»Lo mismo pasa cuando se trata de un solar. Nosotros deseamos saber cuál es el que necesita, si es con el fin de establecerse en él, si se propone edificar una casa de veinte mil dólares o una de diez mil, o si lo adquiere para especular o lo que sea.

El hombre del escritorio, avisado sin duda por telepatía, se levantó de su silla giratoria y cerró la puerta.

—No pienso edificar inmediatamente —contesté—. Cuando llegue la ocasión construiré una casa de doce o quince mil dólares. Se me ocurrió comprar ahora el solar. Estoy seguro de que no disminuirá de valor. —La joven afirmó con entusiasmo—. Si, en

cambio, aumenta, quizá me sienta tentado a vender, pero mi propósito al comprar no es la especulación.

La señorita Worley se trasladó al extremo del mostrador y, apretando un resorte oculto, levantó parte de él y empujó una portezuela. Se colocó a mi lado.

—Me parece bien, muy bien, señor… señor…

—Lam.

—Gracias, señor Lam. No me considere inoportuna. Muchas personas se niegan a dar su nombre a los agentes, pero usted es diferente, muy accesible. ¿Le acompañará su señora a recorrer la propiedad?

—Soy soltero. Pero tengo… ciertas esperanzas. Por eso deseo adquirir el terreno.

—Es usted muy sensato, señor Lam. Su decisión está llena de cordura. Veamos… ¡Ojalá tuviese a alguien que fuese con usted! Unos de nuestros vendedores hacen fiesta y los otros enseñan hoy fincas para edificios comerciales al otro lado de la ciudad. El señor Ballwin tiene muchos intereses. Iré a echar una mirada.

Se dirigió a la salida, llevándome junto a ella.

La mecanógrafa levantó los ojos, dedicándome una suave ojeada en la que se me antojó notar un destello de simpatía. Un segundo después leía el documento en que trabajaba y hacía tabletear la máquina de escribir.

La señorita Worley continuaba charlando, evidentemente, para distraer mi atención, al modo de los prestidigitadores.

—No me presenté, señor Lam. Me llamo Ethel Worley. Soy secretaria del señor Ballwin; cuando está atareado procuro quitar de sus hombros todo el trabajo posible. No ha tenido usted suerte esta mañana. Pero estoy segura de que llegará un vendedor dentro de un minuto… dentro de un minuto. Tal vez ese coche pertenezca a uno de ellos. No, no.

—¿No será otro cliente? —insinué.

—No —replicó con sequedad.

Comprendí que la llegada del auto representaba una nueva complicación. El vehículo frenó.

Un hombre alto y delgado, de ojos grises, desanimados, abrió la portezuela y se apeó con languidez.

—¡Hola, preciosa! —saludó a la señorita Worley.

—Buenos días.

—¿A qué tanta formalidad, encanto? ¡Ah, entiendo! Un cliente. ¿Está el jefe?

—Sí, pero se encuentra ocupadísimo —afirmó la señorita Worley con vehemencia.

El recién llegado no se inmutó.

—Jamás lo está para Carl Keetley.

La secretaria se volvió hacia mí. En su voz vibraba una nota de desesperación.

—¿Le importaría esperar un instante? No se vaya, por favor. Tengo que hablar con el señor Ballwin.

Incliné la cabeza, haciéndole una silenciosa promesa. Entonces dijo a Keetley:

—No se mueva de aquí. Comunicaré al señor Ballwin que usted ha llegado. Sé que le recibirá si le es posible, pero temo que se halle demasiado atareado.

—No se excite, monina, ni se moleste —recomendó Keetley—. Yo mismo me anunciaré.

—Eso es precisamente lo que no quiero que haga —le espetó la joven y me rogó—: Perdone un segundo.

Se precipitó en el despacho, teniendo la precaución de cerrar la puerta tras ella. Keetley me examinó y sonrió.

—Hermoso tiempo.

Le contesté con un ademán afirmativo.

—Hace calor.

—¿Verdad?

—Sin embargo, es lo lógico en esta época del año —prosiguió Keetley, sin amilanarse—. Gozamos de un clima estupendo, sobre todo, en esta parte de la ciudad.

—¿Se refiere a las West Terrace Heights?

—Claro. El mejor clima de la población. ¿Qué hace en esta oficina? ¿Compra un solar?

Dije que sí con la cabeza.

—Me alegro, amigo —estalló Keetley con acento entre burlón y grave—. No puede hacer nada más plausible. Gerald le venderá el más excelente terreno de los contornos, lo envolverá en celofán y se lo entregará dentro de un sobre adornado con motivos florales. Proporciona una gran sensación de seguridad, ¿verdad?

Me mostré de acuerdo con él.

—Desde aquí se disfruta de un panorama de incomparable belleza —continuó, inagotable—. Se domina la ciudad y… Veamos si recuerdo las frases de mi distinguido cuñado: «Toda la ciudad se extiende a sus pies como una colección de casas de muñecas de día y un océano de estrellas de noche. El cielo azul se pierde en los confines de la tierra y las cándidas nubes se deslizan…».

Ethel Worley le interrumpió:

—Le es imposible recibirle, pero puedo transmitirle cualquier recado.

—¡Vaya! ¡Qué desastre! Ojos pillines, responda a Gerald que me trae un asunto personal.

—Le daré el recado —se obstinó la joven.

—Es personal —sonrió Keetley.

La señorita Worley levantó la barbilla.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Necesito doscientos. Es que…

La puerta se cerró de golpe. Keetley me sonrió impávido:

—Ayer tuve mala suerte con los pencos. Gerald no da su bendición a las carreras de caballos, ni siquiera cuando gano.

—No es fácil ganar siempre —comenté.

—¡Cuán exacto es eso! —profirió Keetley.

—Dijo que era su cuñado. ¿Es hermano de su esposa?

—El de su primera mujer.

—¿Se divorciaron?

Hubo una breve pausa. Luego me apresuré a decir:

—Lo siento. No me proponía entrometerme.

Los ojos de Keetley habían perdido su indiferencia: me contemplaban con tranquila indolencia.

—¡Y un cuerno! —exclamó.

Ethel salió del despacho, entregándole un billete de veinte dólares como si diera limosna a un mendigo. Keetley lo aceptó sin soltar una palabra, lo plegó y se lo metió en el bolsillo.

La secretaria apuntó de nuevo hacia mí la artillería de sus miradas suplicantes.

—Por favor, señor Lam, aguarde un poco más. Estoy segura de que uno de nuestros vendedores llegará.

—¡Diablos! —dijo Keetley—. Suba a mi coche. Yo le pilotaré.

¿Cómo se llama? ¿Lam?

—No es necesario, señor Keetley —replicó Ethel, glacial—. Uno de nuestros vendedores estará aquí dentro de un segundo…

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Keetley—. ¿En qué escuela telepática se graduó? ¿Emplea el código Morse o las ondas mentales la acometen de improviso?

Recibí una mirada asesina, no obstante lo cual continuó:

—No aumente la presión de su sangre. Está engordando, cielo mío. Veo que el cinturón le aprieta esta mañana. A Gerald le gustan las curvas y su jersey es un tratado de geometría, pero… Adelante, Lam. Suba al auto. En alguna parte tengo un plano con una lista de precios y…

—Pero usted ignora cuáles hemos vendido —le atajó Ethel—. No sabe una palabra. Ni siquiera pudo…

—No se excite —cortó Keetley—. Le perjudicará. ¿No estaba presente cuando Gerald me aleccionó como a un verdadero agente de fincas? ¿No me animó a que trabajase con él?

—¿Y no le animó a que se largase cuanto antes? —disparó Ethel.

—Así fue. Pero porque no ponía el alma en ello. Me faltaba entusiasmo. En otras palabras, contaba la verdad a los clientes. Vamos, Lam, ¿quiere visitar los solares o no?

Consulté mi reloj.

—En realidad, no puedo esperar mucho.

—En marcha, en marcha. Métase en el coche. No le costará nada. Le enseñaré las mejores parcelas. Rezo porque no busque gangas, pues Gerald no suele ser moderado en los precios. Pero la verdad es que los terrenos son buenos, definitivamente buenos.

Me encaré con Ethel Worley.

—Lo siento, pero ando escaso de tiempo.

Entré en el auto. La secretaria giró sobre sus talones y desapareció en las estrambóticas oficinas, dando tal portazo, que debió de desprenderse el revoque del techo.

Keetley tiró de la portezuela opuesta y se dobló detrás del volante.

—¿Qué tipo de solar busca, compañero?

—Uno en el que se pueda edificar más tarde, alrededor de los dos mil.

—¿Cuánto invertiría en la construcción?

—Lo ignoro.

—¿Será muy grande la casa?

—Tal vez gastaré unos quince mil.

Keetley puso el coche en marcha.

—Está bien. Los inspeccionaremos —condujo hacia una de las carreteras que costeaban los terrenos y dijo—: Ahí, a la izquierda, tenemos unas parcelas selectas por tres mil. ¿Le gustan?

—Tienen buen aspecto.

—Lo malo es que están en el lado erróneo de la calle —casi gimió Keetley—. Cuando estos otros lotes se vendan y sus propietarios edifiquen en ellos, le entorpecerán la vista. En lugar del panorama de la ciudad de día y del océano de estrellas por la noche, se encontrará contemplando el dormitorio de su vecino. No tendrá nada que objetar si su mujer es bonita. Si es un adefesio, perderá usted la afición al sexo femenino cada vez que lance un vistazo por la ventana. No, yo no le aconsejaría ninguno de éstos.

—¿Y los del otro lado?

—Tres mil quinientos —repuso sin entusiasmo—. Se encuentran en la falda de la colina. Su casa tendrá cuatro pisos en la parte baja y uno en la calle. Si quiere que le confiese la verdad, opino que esta maldita ladera tendrá su fin cuando crezcan los edificios en ella y llegue la época de las lluvias. Costará un ojo de la cara cavar los cimientos; cuando estén construidos, la colina se resentirá del peso excesivo. A causa de la disposición de los solares, tendrá la entrada y las habitaciones delanteras en la calle. Sólo la porción posterior logrará una visión del paisaje. Si quiere contemplarlo desde la sala de estar, habrá de situarla debajo de su alcoba o viceversa. Su cocina y su patio trasero se encontrarán en la fachada, o deberá colocarlos en los bajos, de modo que tendrá que subir y bajar con los platos sucios y la comida hasta el comedor. Eso es lo que ocurre con los lotes en las faldas de las colinas.

—El cuadro no es muy animador —murmuré.

—En efecto. Y si dispone el dormitorio en la parte de la calle, los individuos que edifiquen en los solares de tres mil dólares verán a *su* mujer.

—¿Qué puedo hacer? —indagué.

—Nada al precio que desea pagar.

—En resumen, el paisaje no lo es todo —apunté tímidamente.

—Es verdad.

—Esos solares en el terreno desigual no resultarían mal, sobre todo si la casa es de dos pisos y se puede mirar por encima de los tejados de las del otro lado de la calle. Como ha indicado con tanta exactitud, tendría que tener un piso en la calle y tres, en el flanco de la colina.

—Exacto. Es usted mejor vendedor que yo. ¿Quiere un contrato?

—Sigamos mirando —carraspeé.

—Desde luego —continuó Keetley—, tendrá que hacerse cargo de los dividendos.

—¿Qué es eso?

—Se pagan como si fueran impuestos. Apenas se da cuenta uno de ellos.

—¿A cuánto ascienden?

Keetley se encogió de hombros.

—Olvídelo. Son como los impuestos.

—Háble me de ellos.

—Tendrá que consultar en la central. Nuestra oficina se lava las manos.

No abandoné mi papel.

—No lo entiendo.

—Déjelo así. No hay por qué acordarse de ellos ahora. Hubo una época, claro está, en que Gerald hizo lo que todo el mundo. Usar los dividendos para pagar la propiedad. Todos empleaban la misma artimaña. Es decir, casi todos.

Fruncí el ceño.

—No lo comprendo.

Keetley me miró con lástima y me preguntó:

—¿Sabe algo de leyes?

—He sido abogado.

La contestación le sorprendió.

—¡Atiza!

Incliné afirmativamente la cabeza para borrar su incredulidad.

—¿Qué pasó?

—Me expulsaron.

—¿Por qué?

—Por contar a un individuo cómo podía cometer un asesinato y salir impune.

El rostro de Keetley asumió una expresión respetuosa.

—¿Resultaría bien?

—Sí, si los tribunales mantuviesen una posición consecuente. En los de California ya ha sido sentenciado. Pero pueden cambiar de forma de pensar.

—A veces lo hacen. Quizá algún día le consulte el medio de perpetrar un buen asesinato.

—Cuando guste —respondí.

—Quedamos, pues, de acuerdo —dijo Keetley y cambió de tema y de acento—. Tratábamos de los dividendos. Como está al corriente de las leyes, nos ahorraremos unas cuantas explicaciones. Consulte los Códigos y encontrará una masa de leyes de Fomento. Algunas son producto de la época de credulidad legislativa y del creciente aumento de valor de las fincas e inmuebles. Una compañía adquiere una propiedad y anima a un contratista a pavimentar las calles, construir alcantarillas, la red eléctrica y todo lo demás. Luego hace una emisión de obligaciones para liquidar los gastos y la comunidad da el visto bueno a la urbanización y suscribe las obligaciones. Se transforman así en un gravamen sobre la propiedad y se cobran como impuestos.

—¿Y qué tiene de reprobable? —exclamé.

—Nada —aseguró Keetley—, salvo que los listos se conchaban con los contratistas y aumentan las ofertas, de modo que no sólo se incluía en ellas lo necesario para pagar las mejoras, sino para comprar toda la urbanización. El contratista cobraba su dinero, percibía su parte en el enjuague y entregaba el resto a los propietarios. Éstos conseguían así la cantidad imprescindible para la compra del terreno ante todo y se llenaban al mismo tiempo los bolsillos.

—¿Ocurre eso en este caso?

—No lo sé —respondió Keetley—. ¡Cielos! Espero que no… Por usted.

Miré en torno mío y lancé un suspiro.

—Son unos solares muy bonitos.

—¿Verdad que sí?

—La vista es espléndida.

—Maravillosa.

—El aire será limpio y estimulante, estando tan lejos de la

atmósfera cargada y sucia de la ciudad.

—Lo es.

—El sol es claro.

—Usted lo dice.

—La brisa acaricia.

—Exacto. ¿Desea un solar?

—No.

—Lo imaginaba —sonrió Keetley—. Volvamos.

Regresamos al estrafalario edificio de la Agencia. Keetley frenó y se volvió hacia mí.

—¿Cuál es su juego? —me preguntó.

Le dediqué una sonrisa.

—Me tiene sin cuidado —exclamó—. Nuestro querido Gerald en la actualidad es un puritano, lo hace todo dentro de la ley. ¿Apuesta en la tercera carrera de esta tarde?

—No.

Keetley se entusiasmó.

—Me hinchare en la segunda; tengo algo seguro —se contuvo y quiso saber—: ¿Entrará en la agencia para charlar otra vez con la guapa señorita Worley?

—No veo ningún motivo para ello —repliqué.

—Muy bien. Siento que no compre nada.

Nos dimos la mano. Cuando me dirigía al coche de la agencia advertí que Keetley sacaba un lápiz y una agenda de su bolsillo. Regresé a su lado.

—Ese montón de chatarra está registrado a nombre de B. Cool. Búsquelo en la guía telefónica —le aconsejé—. Encontrará a Cool y Lam. Somos socios.

—¿A qué se dedican? —inquirió Keetley.

—Nos arrogamos el título de investigadores privados.

—¿Por qué les interesa nuestro querido Gerald?

Le sonreí.

—¡Quién sabe! Quizá sea por Ethel Worley.

—¡Oh, oh! —exclamó Keetley.

—O quizá sea por usted —le disparé.

Keetley apenas se inmutó.

—¡Lárguese! Tengo que pensar. Usted es de los que dicen la verdad dándole visos de mentira y se marchan tan frescos. O de los

que dicen una mentira haciendo que suene como si fuera una verdad. Supongo que se habrá fijado en el jersey de la señorita Worley.

—Apenas.

Keetley meneó la cabeza tristemente.

—Esa mentira no suena ni pizca a verdad. Desaparezca. Debo meditar.

Subí al coche de la agencia y le observé un momento por el espejo retrovisor. Sacó el arrugado billete de veinte dólares que le había entregado la señorita Worley y lo alisó. A continuación extrajo del bolsillo posterior de su pantalón un fajo de billetes capaz de amordazar a un caballo y colocó en su superficie los veinte dólares, sujetándolo con una goma.

Finalmente, emprendí el regreso.

En el hotel busqué al taxista que había llevado a nuestra cliente. La recordaba. Habían ido a la manzana ciento veintitrés de la Avenida de Atwell.

—Un edificio muy grande, de estilo colonial, antiguo —explicó.

Recordaba que la fachada tenía columnas blancas y una arcada.

Cool se preparaba para ir a almorzar, poniéndose el sombrero ante el espejo. Era notable que una mujer de edad mediana, dura y maciza, cuya personalidad hubiera apagado cuanto se plantara en la cabeza, se preocupase por situar un palmo de tela en un ángulo determinado. Tal vez intentaba tener un aspecto retrechero.

—Hola, querido Donald —me saludó sin volverse—. Has estado trabajando, ¿verdad?

—Sí.

—Eso es lo que le gusta a Berta de ti —continuó, mimosa—. Eres activo; la hierba no crece bajo tus pies cuando tenemos un caso. ¿Qué has descubierto, amor?

—¿Notó las iniciales de la pitillera? —indagué.

Dio media vuelta, completamente alerta.

—¿Qué les pasa?

—C. H. —indiqué, lacónico.

—Bien, ¿y qué?

—Nos dijo que se llamaba Beatriz Ballwin —le recordé—. Las iniciales eran C. H. No me gusta.

—¿Qué no te gusta, querido? —preguntó Berta con acento

ominoso.

—¿Por qué no?

Suspiré, dispuesto a aclarar sus ideas.

—Escucha. Viene alguien a explicarnos que la esposa de Gerald Ballwin proyecta espolvorear de veneno el café de su marido. Se da por sentado que nosotros hemos de protegerle. ¿Cómo es posible impedir que una mujer administre a su esposo una cucharada de arsénico en la intimidad del desayuno? No se conseguirá estando de plantón frente a la casa.

—¿Y bien? —insistió Berta.

—Sería necesario estar sentado a la misma mesa —dije—, y cogerla del brazo en el momento en que fuera a endulzar el café con azúcar, darle un cachete en la mano y decirle: «Mala, mala». Y eso no es factible.

—¿Adónde apuntas, Donald? Explícaselo a Berta.

—Ante todo es imposible entrar en la casa; en segundo lugar, es imposible asistir al desayuno y, en tercero, es imposible dictaminar que lo servido sea arsénico o azúcar hasta que el individuo comience a retorcerse.

—Adelante —gruñó Berta.

—Pero suponga que alguien pretende echar vidrio molido en el café de Gerald Ballwin —puntualicé—. Nos envía una persona a contarnos que la mujer de Gerald se dispone a borrarle del mapa. Mientras andamos a ciegas, el desdichado siente dolor de estómago y se reúne con sus antepasados, como tan poéticamente dicen los chinos. Nosotros declaramos que la agencia había sido alquilada para protegerte. Así llevamos a cabo dos cosas; concentramos las sospechas en su mujer y demostramos que somos unos chapuceros.

—¿Y qué, amor? —arrulló Berta.

—Pues que no me gusta —gemí—. Las iniciales de la pitillera prueban que la joven es una impostora.

Berta, sacando una llave del bolsillo, se acercó al escritorio. Abriendo el cajón del dinero, blandió un pulcro montoncillo de billetes de diez dólares y aulló:

—Y esto responde que es un cliente.

Disparó los billetes al cajón, echó la llave a éste y se fue a almorzar.

capítulo tres

TELEFONEÉ a un par de individuos que trabajan con diversas agencias encargándoles que no perdiesen de vista a la señora Ballwin. Uno vigilaría de día y otro hasta la medianoche. Desde luego, no creía yo que la dama entrase en una droguería a comprar veneno «a fin de limpiar el sótano de unas ratas molestísimas», pero no quería correr riesgo alguno.

Después de almorzar me detuve en una charcutería. La recorrí lentamente hasta descubrir una caja de cartón recién abierta que contenía un par de docenas de tubos de pasta de anchoas. No conocía aquella marca y compré la caja.

Me dirigí a la casa de Ballwin (2319 de la Avenida Atwell) y, saltando del auto, subí los escalones de la fachada. Apreté el timbre sin vacilar.

Un mayordomo apareció en la puerta. Tendría veintiséis o veintisiete años y su aspecto era atractivo, aunque su boca denotaba debilidad de carácter. Llevaba el uniforme como quien acaba de estrenar un traje.

—¿Es usted el mayordomo? —pregunté simplemente para ver cómo reaccionaba.

—El mayordomo y el chofer. ¿A quién desea ver?

Le dediqué la más selecta de mis sonrisas.

—Represento la Pasta Zesty. Buscamos señoras de prominente situación social, representativas de la ama de casa de la alta burguesía americana, con objeto de llevar a cabo una campaña de publicidad…

—La señora Ballwin no siente el menor interés… —comenzó a decir, a punto de cerrar la puerta.

—No me entiende —le interrumpí—. No vendo nada. Sólo deseo que la señora Ballwin nos permita hacerle una fotografía que se

publicará en las revistas más importantes de la nación con el epígrafe: «Dama de la sociedad emplea la Pasta Zesty para los entremeses». Me llamo Lam y soy el jefe del departamento de publicidad.

El mayordomo titubeó.

—Me parece que… —murmuró con aire de duda.

Volví a cortarle.

—Si desperdicia la oportunidad de que la señora Ballwin demuestre su verdadera posición en todas las revistas nacionales, no tardará en servir a los clientes de una taberna. Llévele el recado y tráigame la respuesta.

Se ruborizó. Consiguió contener las palabras que iban a escaparse de sus labios.

—Espere —ordenó dándome con la puerta en las narices.

Regresaba cinco minutos después.

—La señora Ballwin le recibirá —anunció con glacial dignidad y con una expresión que indicaba más claramente que las palabras lo mucho que desaprobaba el asunto.

Se había llevado un desengaño. Aguardaba la ocasión de mandarme a paseo y, en cambio, le ordenaban que me introdujese en la casa.

A través de un pasillo me guió a una salita de estar. La dueña de la casa entró como una reina. No perjudicaba al contemplarla. Rayaría en los treinta y uno o treinta y dos años, pero conseguía de momento, hasta que se la observaba con cuidado, aparecer algo más joven.

—¿Es usted el señor Lam? —preguntó—. Tenga la bondad de sentarse. Soy la señora Ballwin. Por favor, explíqueme qué se propone.

Se mostraba cordial sin comprometerse. Según las circunstancias, sería cortés y graciosa o fría y altiva. Se sentó con las piernas juntas, la falda bien extendida sobre ellas, sonriendo lo imprescindible. Sus ojos estaban alerta.

Destapé la caja de pasta de anchoas.

—Nuestra firma prepara una campaña de publicidad —repetí—. Tardará cuatro o cinco semanas en estar dispuesta, pero, cuando la pongamos en marcha, dominará toda la nación. Nuestra pasta, la «Zesty», es la más excelente y sabrosa, elaborada con anchoas

importadas de primera calidad. En cuanto se prueba, se ha de reconocer su superioridad sobre las demás. Le daré esta caja para que la pruebe. Le suplico que lo haga. En tal caso la usará con regularidad y, entonces, quizás consienta en que le hagamos una fotografía.

—¿Y qué fin tendrá la foto?

—Se publicará en una página destacada en todas las revistas con el pie siguiente: «Joven dama de la buena sociedad que emplea la "Pasta Zesty"».

Enmudecí para darle tiempo de digerir la idea. Noté que había dado en el blanco lo de «joven dama». Adoptó una postura más cómoda, cruzando las piernas, y su sonrisa se hizo más cordial.

—Comprenda que no se comprometerá a nada —proseguí con soltura—. Acepte esta muestra de nuestra pasta, pruébela y cerciórese de si le gusta. En caso de que decida emplearla, nos alegraremos de ello. Algunas empresas buscan fotografías de personas conocidas como señuelo —agregué—. No es esa nuestra intención. Buscamos gente sobresaliente, no por su riqueza o su posición social, sino por su personalidad y popularidad.

—¿Por qué recurre a mí?

—No me lo pregunte —sonreí—. Es cosa de la oficina general. Hace tiempo que proyectan esta campaña y han realizado investigaciones exactas. Desean señoras que hagan atractiva una fotografía, con suficiente personalidad para cautivar los ojos del lector. Nos tienen sin cuidado un montón de aristócratas que parecen sufrir anemia. Nos interesa la vitalidad, la gracia, el gancho y la seducción.

La señora Ballwin comenzó a balancear una pierna.

—¿Y cree usted que yo los tengo? —preguntó.

La miré con admiración, discretamente, durante un instante.

—Sé que los tiene. Más aún, la directiva opina lo mismo.

—Pues… Me gustaría hablar de ello a mi esposo, pero no veo motivos para que… si, desde luego, me gusta la pasta. No recomendaría nada que no…

—Estoy seguro —afirmé con gravedad—. Por eso le dejaré esta caja. Así podrá probarla sin precipitación.

La señora Ballwin se inclinó para apretar un timbre.

—Si no le molesta, prefiero que venga mi secretaria —se excusó

—. Anhelo que no haya un malentendido.

—No lo habrá.

Se recostó en el respaldo, con los ojos entornados y las largas pestañas proporcionándoles un aire de seductor misterio.

—Me parece que fue idea suya —insinuó.

—¿Qué, por favor?

—Creo que usted lo planeó todo. Es un modo inteligente, ingenioso y agradable de anunciar el producto. Tiene cierto dinamismo que… bueno, que parece convenir con su carácter.

Fingí sentirme embarazado.

—Me limité a hacer unas indicaciones a la directiva —dije con modestia.

—Esa idea de buscar personas con bastante personalidad para… como usted dijo, cautivar los ojos del lector…

Rió guturalmente.

Giró la puerta. Entró la joven que había estado aquella mañana en el despacho de Berta Cool.

—La señorita Carlota Hanford, mi secretaria —presentó la señora Ballwin—. El señor Lam.

Carlota se inmovilizó un segundo. Recobró el dominio de sí misma, mientras yo me levantaba para inclinarme.

—Encantado de conocerla.

—¿Cómo está usted, señor Lam? —dijo con perceptible frialdad.

La señora Ballwin sonreía radiante.

—El señor Lam representa una pasta de anchoas deliciosa, la «Zesty». Nos regala una muestra para que la probemos. Si opinamos que puedo recomendarla, me hará una fotografía. Durante un aperitivo o algo por el estilo, ¿verdad, señor Lam? —indagó volviéndose en mi dirección.

—Es una idea estupenda —aprobé—. Sirviendo entremeses a sus amigos íntimos.

La señora Ballwin afirmó:

—Creo que lograremos arreglarlo.

Miró a su secretaria; frunció el ceño y levantó los ojos hacia el techo como si deseara alejarnos de su lado de visión mientras se concentraba.

—¿Cuándo me retratarían, señor Lam? —inquirió.

—Eso depende de que le agrade la pasta ¿Cuánto tardará en

cerciorarse de que le gusta?

La señora Ballwin hizo un gesto a Carlota Hanford, que apretó un timbre. El chofer-mayordomo surgió en el umbral.

—¿Llamó, la señora?

Ella le contempló con lánguida y semidivertida apreciación.

—Sí, Wilmont. Llévese estos tubos de pasta de anchoa. Ponga un poco de ella en las galletas que sobraron anoche y tráiganos combinados. ¿Cómo los prefiere, señor Lam?

—Corriente.

—El mío con martini, Wilmont —dijo la señora Ballwin—. Carlota no bebe.

—Muy bien, señora.

El mayordomo salió de la habitación muy erguido.

—¿Su apellido es Wilmont? —pregunté—. Creo haberle visto en otra parte.

—Se llama Wilmont Mariville. Chofer y mayordomo en una pieza. Como mayordomo es muy inexperto —aclaró, sonriendo con sutileza—. Pero como chofer es sumamente diestro. En la actualidad el tráfico es tan espeso, que supone un gran esfuerzo nervioso utilizar el auto con los fines más sencillos.

Me mostré conforme.

—Y además —prosiguió la señora Ballwin— trato de ayudar a los desmovilizados. Muchos de ellos tropiezan con grandes dificultades en lograr empleos satisfactorios. Wilmont mejora rápidamente. Dentro de dos o tres meses será un mayordomo perfecto. Aunque sospecho que no le gusta. Conducir le vuelve loco. Es un chofer sin igual.

Incliné la cabeza.

—Haga el favor de perdonarme un momento, señor Lam —declaró de pronto la dueña de la casa.

Me levanté cuando abandonó la habitación.

—¿Qué se propone con esta patraña? —exclamó Carlota Hanford en un irritado cuchicheo.

—¿Y por qué nos mintió acerca de su identidad? —repuse.

Sus ojos relampaguearon, pero yo sonreí.

—No se preocupe, Carlota. Le estoy poniendo unas esposas psicológicas.

—Me llamo señorita Hanford —se indignó.

—Bueno, bueno. ¿Qué otras funciones tiene Wilmont además de mayordomo y chofer?

Ella levantó la barbilla, esforzándose por remedar la imagen de la cólera altiva.

—No protestaré si no quiere que siga adelante —insinué.

—No deseo que se detenga, naturalmente. ¿Por qué supone que me gasté el dinero? Pero ¿no se da cuenta de lo peligroso que es todo esto?

—No.

—Pues…

Buscaba palabras con que completar la frase, cuando volvió la señora Ballwin.

—Dentro de un momento nos servirán los combinados, señor Lam —dijo.

—¿Su esposo se dedica al negocio de fincas? —indagué.

—Sí.

—Tiene una subdivisión, creo.

—Por lo visto está usted al corriente de todo.

—Es lo imprescindible en estos casos. Pero mi compañía está interesada en usted. Desde luego, emplearemos a su marido como parte del fondo de su vida.

Se echó a reír.

—Tiene usted mucho tacto, ¿verdad, señor Lam?

—Así lo espero.

—Quedamos que no habrá obligación y que las fotografías no se utilizarán a no ser que yo acceda. ¿No es así?

—Sí, en términos generales.

—¿Por qué sólo en términos generales? —se sorprendió.

—No la retrataremos sin su permiso —aclaré—. Cuando lo tengamos, las fotos pasarán a ser propiedad de la compañía.

La señora Ballwin reflexionó un instante.

—Supongo que no hay nada que objetar.

Wilmont compareció con los combinados y las galletas. La señora Ballwin mordió con cautela una de ellas y la paladeó como si catase el sabor de la pasta de anchoas. No se hubiera molestado tanto aunque fuera la campeona mundial de los catadores de pasta de anchoas.

—¡Estupenda! —exclamó.

Hice una reverencia.

Levantó la copa y clavó sus ojos en mí por encima del borde. Sus pupilas eran brumosas e insinuantes, con una luz de lánguida diversión, la misma que había advertido en ellos cuando observaron a Wilmont Mariville. Me pregunté si reservaba aquella mirada para los hombres que la interesaban.

El mayordomo estaba tieso y embarazado.

Carlota Hanford contenía su cólera.

La señora Ballwin y yo apuramos los combinados, repetimos y comimos cuatro o cinco galletas con pasta de anchoas.

—¿Le gusta? —curioseé.

—Decididamente —repuso con energía—. Creo que esta pasta es de calidad superior. Pero quiero consultar a mi marido antes de aceptar en definitiva su proposición.

—Lo comprendo.

—No obstante, no creo que haya ninguna dificultad.

Me sonrió. Contesté su sonrisa intentando producir la impresión de que una mujer de sus encantos jamás tendría dificultades con el sexo fuerte.

—Y si mi esposo no hace ninguna objeción —añadió— ¿cuánto tardaríamos en empezar?

—Muy poco.

—¿Será muy largo?

—No, lo haremos rápidamente.

—¿Pasaría mucho tiempo antes de tomarme las fotografías?

—No. Seguramente dentro de cinco o seis días. Tengo que ponerme en comunicación con la oficina del Este y buscar un fotógrafo.

—¿Los retratos se publicarán muchos meses después?

—Sólo unas semanas.

—Entiendo —murmuró y añadió, con fina carcajada que intentaba ser despreocupada—: Claro que nadie sabe lo que puede ocurrir. A lo mejor salgo de la ciudad o…

—No necesitamos más que las fotos y su permiso —indiqué sonriendo—. Perdone que lo diga, pero usted es muy decorativa y estoy convencido de que el lector de las revistas recibirá un verdadero impacto. Eso es precisamente lo que buscamos.

—Estoy convencida de que podremos arreglarlo. Hablaré con mi

marido. ¿Dónde podré avisarle?

—No paro un momento en la oficina. Será preferible que la llame yo… mañana por la mañana.

—Muy bien. Telefonéeme hacia las diez y media. Si aún no me he levantado, Carlota, mi secretaria, le dará la respuesta.

Su acento indicaba que la entrevista había terminado. Me levanté y salí. El mayordomo me entregó el sombrero. Esperé a que me abriese la entrada. Irradiaba hostilidad como una estufa ondas caloríferas.

—Buenas tardes —le deseé.

—Buenas tardes, señor.

Aguardaba que cerrase de un portazo. Pero lo hizo con la misma suavidad que si fuese un ladrón.

capítulo cuatro

SUBÍ al auto de la agencia y bajé lentamente por la avenida. En la primera travesía conduje a la acera y esperé vigilando la calle por el retrovisor. Un coche se acercaba rápidamente. Doblé sin prisas hacia la calle de la derecha.

El automóvil estuvo a punto de pasarme. De pronto oí chirriar sus neumáticos en el pavimento y un claxon sonó con impaciencia.

Me volví simulando toda una gran sorpresa.

Carlota Hanford se hallaba al volante del Chevrolet. Continuaba enfadada. Frenó delante de mí y se apeó aproximándose. Sus tacones repiqueteaban veloces.

—Hola —saludé—. ¿Por qué conduce…?

Me interrumpió con un gesto de exasperación.

—¡Me pone usted enferma! ¡Cuánta estupidez! ¿Qué espera sacar de esa absurda comedia?

—Nos contrató para que Gerald Ballwin no fuese envenenado, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. Eso era lo único que deseaba y no que se presentase en la casa fingiendo representar una pasta de anchoas y pidiendo fotografías. ¿Qué hará cuando…?

Enarqué las cejas.

—Pienso tomar las fotografías.

El coraje la puso lívida.

—¡Tuvo que meter las narices y averiguar quién era yo! Ahora todo está perdido.

—¿Porque sé quién es usted?

—Porque no quería que se entrometiese.

Le ofrecí un paquete de cigarrillos.

—¿Quiere uno?

Hizo un ademán violento.

—No. Estoy demasiado furiosa para fumar.

—No se quede en la acera. La gente pensará mal —la advertí—. Entre. Así podrá contarme todo lo que se le antoje.

Abrí la portezuela. Dudó un momento y se dejó caer en el asiento, junto a mí.

—Bonitas piernas —comenté.

Me fulminó con los ojos.

—En cuanto a su personalidad, Carlota, supe que usted no era Beatriz Ballwin desde que vi las iniciales de su pitillera.

—Para usted soy la señorita Hanford —replicó.

—Y por lo que se refiere a impedir el envenenamiento de Gerald Ballwin, creo que he realizado una cosa inteligente.

—Me alegro de que *usted* lo crea.

—Lo malo es, Carlota, que…

—Señorita Hanford —gritó.

—… Que usted nos quiso engañar —proseguí sin hacer caso de la interrupción—. Pensó que saldría del paso asegurando que era Beatriz Ballwin, que quería esto y lo otro y que jamás sospecharíamos su verdadera identidad. Debió de tomarnos por tontos.

—¡Tomarlos! —exclamó—. Estoy convencida de que usted lo es.

Me encogí de hombros.

—Considere la cuestión del modo siguiente. Demos por sentado que Dafne Ballwin tiene el propósito de mezclar matarratas en las papillas de su marido. Usted recurre a nosotros para que lo impidamos. ¿Cómo lo lograremos? ¿Estando junto a la mesa con un cedazo o escondidos en el ropero? ¿Esperaremos a que Gerald meta la cuchara en las gachas y correremos entonces hacia él con un bigote postizo, diciendo: «Alto, querido Gerald. Sospechamos que vas a engullir media droguería»?

—No sea idiota.

—No intento más que ofrecerle una imagen que usted pueda comprender.

—No me importa cómo lo haga —aseveró Carlota—. Si yo pudiera impedirlo, no le hubiese entregado una cantidad que tanto me costó ganar.

—¿Cuál es su sueldo?

—Eso no es cosa suya.

—¿Está segura que le costó tanto ganar ese dinero? ¿No pudo ganarlo otra persona?

—¿Qué quiere decir?

—Sólo hago unas preguntas.

—¡Pues, por esta vez, métase en sus asuntos!

—Entonces declaro que consigue el pan a costa de sudores —suspiré—; y usted no disfrutará de la vida trabajando para Dafne Ballwin. Imagino que debe ser una arpía en ciertas ocasiones.

—Es… —comenzó a decir Carlota, pero se mordió la lengua.

—Continúe —la animé.

—Nada.

—Y fue un buen bocado, para una chica que trabaja, el que nos entregó como anticipo —comenté estudiándola con interés—. ¿Cuánto le pagan, Carlota?

—¡Sería capaz de abofetearle! —chilló.

—No lo haga. No sacaría nada. ¿Cuánto le pagan?

Carlota se mordió los labios.

—No es asunto suyo.

—Doscientos cincuenta dólares es un montón de billetes, incluso para una empleada decidida a que su jefe no tenga una mala digestión.

Me miró con los ojos relampagueantes.

—¿Qué insinúa?

—¿Yo? Nada, Carlota. Es un simple comentario.

—Pues resérveselo.

Examiné la punta de mi cigarrillo.

—Estoy dispuesto a hablar, si usted baja de las nubes y me escucha.

—Soy toda oídos.

—No ha bajado aún de las nubes —sonreí, moviendo la cabeza.

—En lo que le atañe, no me propongo bajar de ellas —me desafió.

Exhalé una bocanada de humo.

—Bueno, hable —dijo, algo aplacada.

—Oiga, Carlota, sea razonable —comencé con dulzura—. Usted desea que yo ejecute algo imposible. Quiere que evite que Dafne Ballwin envenene la comida de su marido. Y no puedo evitarlo. No se puede estar detrás de la silla de Gerald, probando cuanto se lleve

a la boca. Ni seguir a su mujer a la cocina para comprobar que no aliña su ensalada con cianuro. Tendremos que idear otro método.

—¿Por qué no lo hizo?

—Lo hice.

—Como un tonto —afirmó.

—Sí, lo hice, Carlota —insistí—. Una mujer del tipo de Dafne es vana y está orgullosa de su aspecto, de su posición, de su atractivo físico y…

—No me dice nada nuevo —me interrumpió con rabia.

No me inmuté por el cumplido.

—La visito ofreciéndole la oportunidad de que su retrato aparezca en un rebaño de revistas —continué despacio—. Ni siquiera le explico el tamaño que tendrá la fotografía ni las dimensiones de nuestro anuncio. Sus ojos se encienden y se ve inmediatamente a toda página exprimiendo un tubo de la «Pasta Zesty» sobre una galleta salada. Y, por si le interesa, lo que le hizo tragarse el anzuelo fue lo de dama *joven* de la buena sociedad.

—¡Dios mío! —fingió sorprenderse Carlota y agregó con afilado sarcasmo—: ¡Qué inteligente es usted, señor Lam!

—Se tragó el anzuelo —proseguí impasible—, y por lo mismo la situación ofrece algunos factores nuevos. Fue perceptible que ella los consideraba atentamente mientras yo hablaba.

—¿Cuáles factores? —preguntó, interesada en cierto modo.

—Ante todo, sentía ansiedad porque yo llevase a cabo la idea que le había presentado. Deseaba que su fotografía apareciese en las revistas y ser proclamada dama joven de la buena sociedad.

—¿Y por qué no? —exclamó Carlota con acento de desprecio—. No se necesita ser muy astuto para que prenda esa idea.

Le sonreí con amabilidad.

—No, Carlota. La estratagema consiste en obligarla a reflexionar.

—¿Y qué se consigue con ello?

—Una mujer a punto de lograr una publicidad gratuita en una infinidad de revistas de primera categoría no permitirá que le ocurra nada a su esposo.

—¿Por qué no?

—Porque, querida, si su marido fallece mientras la propaganda se realiza, estará de luto y no podrá aparecer en las revistas como

representante de la buena sociedad sirviendo tapas en una reunión.

Carlota guardó silencio, reflexionando.

Di media vuelta y eché una ojeada al retrovisor. Por casualidad noté que se acercaba un auto velozmente.

—Tuve que hacerlo, Carlota —expliqué—. Tuve que inventar un procedimiento…

—Cállese. Estoy pensando —ordenó con sequedad.

Permití que diese trabajo a su cerebro. Se volvió hacia mí en el instante en que el coche pasaba junto a nosotros. Lanzó una apagada exclamación.

Dafne Ballwin ocupaba el asiento posterior del enorme Packard que susurraba a nuestro lado. Wilmont iba al volante.

—¡Dios mío! —gimió Carlota—. ¿Cree que nos ha visto?

—Nos miraba directamente, pero no dio señales de habernos reconocido —la tranquilicé.

—Tampoco lo hubiera hecho. Es inteligente. ¿Por qué no pensé en que esto podría ocurrir? Cometí una estupidez en quedarme hablando con usted en la avenida de Atwell a doce manzanas de la casa.

El hombre que había encontrado para que siguiese a la señora Ballwin nos rozó con su antiguo Ford. Si me vio, no lo demostró.

Contemplé a los dos coches que se alejaban. No había mucho tráfico y era difícil que mi hombre cumpliera mis órdenes sin ser notado. Pero hacía cuanto podía.

Carlota observó los dos vehículos. Y descubrió la verdad.

—¿Ha mandado que la siguieran? —preguntó.

—Sí. ¿Por qué no?

—¿Para qué? —se extrañó—. ¿Qué espera averiguar?

—Quién es su amante.

—No lo tiene.

Me reí, amenazándola con el dedo.

—No sea cándida. Una mujer no echa arsénico en los pasteles para su marido si no tiene amante.

—Le digo que se equivoca.

—Y yo repito que acierto.

—La conozco mejor que usted.

Lancé un profundo suspiro.

—Entonces, ¿a qué viene hablar de veneno? ¿Codicia el seguro?

—No… Lo ignoro —tartamudeó Carlota.

—¿Ha habido alguna fricción entre ella y Gerald?

—¡Oh! No una fricción exactamente —se apresuró a explicar—. Lo de siempre. Se sacan mutuamente de quicio, disputan y luego ambos procuran enmendarse. Pero en la casa el ambiente está tenso. Se comprende que Gerald se alegra de irse de ella.

—¿Quién es su amante? —insistí.

Me miró casi con piedad.

—No lo tiene.

—¡Bonito cuadro! —exclamé—. Dafne pretende envenenar a su marido. En su casa reinan el odio y la discordia. Está dispuesta a correr el riesgo de ser acusada de asesinato en primer grado para barrerle del paso. No hay ninguna razón para ello salvo que no le gusta. Por lo demás, sigue fiel. De otra parte está Gerald, hombre guapo, de pelo ondulado y patillas cinematográficas, con una secretaria que usa faldas cortas, un jersey ceñido y…

—¡Cielos! —gritó Carlota—. ¿No podría ser por eso? ¿Supone que Ethel Worley es…?

La contemplé en silencio.

—Hable —me ordenó.

—Personalmente, opino que usted se extralimitó —comenté.

—¿En qué? —preguntó sonrojándose.

—Al fingir sorpresa y al simular comprender de improviso. No estuvo mal, sólo que exageró un poquito.

Clavó una mirada indignada en mis ojos. De pronto los suyos se dulcificaron y rompió a reír.

—¿Bien? —pregunté.

—Usted gana, Donald —confesó—. Pensé que lograría evitar que lo descubriese. Se trata de Ethel Worley. Ignoro si Dafne lo sabe.

—Mejoramos —la aprobé—. Reserve sus dotes dramáticas para cuando la prueben en Hollywood.

—Aceptaré ahora un cigarrillo —indicó, extendiendo la mano.

Se lo entregué y le ofrecí una cerilla encendida. Inhaló con fuerza; después cambió de posición en el asiento con un rápido y gracioso movimiento, doblando las rodillas bajo su cuerpo.

—¡Bonitas piernas! —elogié por segunda vez.

—¿No puede pensar en otra cosa? —exclamó, tirando de su falda.

—Adelante —la acucié—. Iba a hablarme de Ethel Worley.

—No me gusta comadrear —afirmó—. Por lo demás, no sé nada a ciencia cierta. No son más que sospechas.

—De acuerdo. ¿Qué sospecha?

—El señor Ballwin está fascinado por Ethel Worley. Creo que sólo se trata de eso —puntualizó—. Sin duda, no es más que un escarceo. Dafne se porta como si no tuviera la más mínima idea de lo que sucede. Nunca menciona a Ethel en presencia de su marido.

—Es un modo muy sensato de aceptar las cosas —alabé.

—¿Cómo? —se sorprendió Carlota.

—Espera en segundo término hasta obtener la prueba. Luego le hará aflojar cuanto dinero pueda por vía de compensación. Las mujeres inteligentes lo hacen a cada paso. Lo del veneno no suena tan lógico. Dafne, en mi opinión, no tiene un pelo de tonta.

—Yo diría que es lista —aseveró Carlota—. Lista y despiadada.

—¿Hay mucho dinero?

—No lo sé. Supongo que bastante. Hace dos o tres años el señor Ballwin intervino en un negocio que podía rendir grandes beneficios o una montaña de pasivos, por lo cual puso casi toda su fortuna a nombre de Dafne. Me parece que se redactó entonces una carta declarando que la donación se hacía por simple conveniencia, de modo que podía recobrar sus bienes cuando quisiera. Pero…

Entendí.

—¿Exige ahora la devolución?

—Creo que sí.

—¿Y qué dice ella?

—Que debe tener alguna protección.

Fruncí el ceño.

—Sigo sin comprender lo del envenenamiento.

Carlota se encogió de hombros.

—Le he explicado cuanto sé.

—No estoy muy seguro —repliqué—. ¿Qué hay sobre Wilmont?

—¿El chofer?

—Y mayordomo —agregué.

—No es más que un muchacho… simpático.

Noté su vacilación.

—¿Es amigo de usted?

—¿Por qué lo pregunta? —se asombró.

—¿Lo es?

—No.

—Intentó ganar tiempo para contestarme, ¿no? —me reí.

—No —repuso Carlota con sequedad.

—¿Es el amante de Dafne Ballwin? —proseguí.

—¡No sea necio! —protestó la joven.

—¿Lo es? —insistí.

—No.

—Pero ¿a ella le gustaría que lo fuese?

—Sí.

—Eso está mejor.

Clavó en mí una aguda mirada y objetó:

—Entienda que no es más que una impresión basada en cosas…

—¿Cosas que Wilmont le ha contado? —pregunté al ver que se interrumpía.

—Sí, en cierto modo —confesó.

—Muy bien —dije—. Pues yo tengo la impresión de que se portará como una niña buena hasta después de que le tomen las fotografías publicitarias. Desde luego, no es más que una conjetura, pero no puedo hacer otra cosa. Procuraré retrasar la visita del fotógrafo. Así conseguiremos la ocasión de saber algo más de lo que ocurre ahora.

—¿Por cuánto tiempo lo logrará?

—Depende de las circunstancias, de ella y de las oportunidades que se nos presenten. Una semana, tal vez dos, tres o más.

—Me… me equivoqué respecto a usted —confesó Carlota—. Es inteligente.

—No se ponga así. No es más que pura rutina. No puedo estar en la casa vigilándola. Empleé este ardid a fin de detenerla psicológicamente. Ahora me interesa saber algo sobre el cuñado, Keetley.

—¿Keetley? —se sorprendió Carlota.

—Sí. Háble me de él.

—Es hermano de la difunta Anita Ballwin, primera mujer de Gerald. Hará tres años que falleció.

Mis cejas tuvieron propensión a levantarse en aquel instante.

—Supongo que Gerald esperaría el año de rigor antes de volver a casarse…

—Sólo medio año, me parece.

—¿Qué me cuenta de Keetley? —inquirí.

—Apenas sé nada sobre él —murmuró Carlota pensativa—. Hubo una época en que parecía lleno de promesas, pero empezó a apostar en las carreras… y creo que se emborracha con alguna frecuencia. En cuanto se hace con dinero, torna a caer en el vicio. Entonces recurre al señor Ballwin en busca de unos dólares, pero sin ir a su casa, pues Dafne le aborrece.

—¿Tiene algo para apretar las clavijas a Gerald?

—Lo ignoro. A veces me lo pregunto.

—Gerald siempre llena su bolsillo.

—Eso creo.

Hubo una pausa.

—¿Ethel Worley le odia? —pregunté.

—Sospecho que sí, pero no puedo asegurarlo.

—Por lo visto ignora muchas cosas —comenté, mirándola de hito en hito.

—Y por lo visto usted quiere saber demasiadas —me desafió.

Hice un ademán de resignación.

—¿Qué siente Keetley por Dafne?

—La odia —afirmó Carlota.

—¿Por qué?

Cambió de pensamiento en el momento en que se disponía a hablar.

—¿Es que Dafne andaba en escena antes que Anita muriese? —barrunté.

—Sí.

—¿De qué falleció Anita?

—Murió, simplemente.

—¿Cuál fue la causa de su muerte?

—Lo desconozco. Hubo una complicación muy grave… Eso es cuanto puedo decir.

—¿Fue repentino?

—Sí.

—¿Era usted secretaria de la señora Ballwin en aquella época? —inquirí, observándola de soslayo.

—No. Sólo hace seis meses que estoy empleada.

Dejé transcurrir en silencio unos segundos. Después pregunté de

pronto:

—¿Fue envenenada Anita Ballwin?

—¿Cómo osa hacer semejante acusación? —se enfureció.

—¿Acusación? —repetí con aire inocente—. Me limitaba a preguntar.

—Murió de muerte natural —accedió a responder la joven—. Hay… tenía un médico. El certificado de su muerte lo encontrará en los archivos.

—Pero ¿Keetley aborrece a Dafne?

—Me parece que sí. Él… Creo que su hermana sabía lo de Dafne… Es decir, tal vez Anita trató de ella con el señor Keetley.

Se me escapó un suspiro.

—Si hubiera puesto usted sus cartas sobre la mesa desde el principio nos hubiéramos ahorrado muchas molestias.

—Es que temía que usted me traicionase. Comprenderá lo que ocurriría si alguien supiese que he estado en su compañía.

—¿Existe de veras esa sobrina, Beatriz Ballwin?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Bastante buena. Es artista.

—¿Sabía que usted nos visitaría?

—Sí. Le comuniqué que me aprovecharía de su identidad por algún tiempo. Es una chica encantadora.

—¿Y si hubiera ido a verla?

—No hubiese logrado nada. No le hubiera recibido. Lo arregló todo de forma que ella me protegiese.

Medité esta declaración unos segundos y después exclamé:

—Oiga, Carlota; no podremos seguir así indefinidamente. El cuento de la campaña publicitaria frenará los acontecimientos por algún tiempo. Pero cuando se termine, estamos listos.

—Lo comprendo. Sólo quiero… bueno, opino que los próximos días serán los críticos.

—Cuando recurrió a nosotros, habló de una semana.

Carlota afirmó. Nada más.

—Seguramente podré alargar el plazo hasta diez días o dos semanas, pero eso es el límite.

Tornó a afirmar.

—¿Entiende? —insistí.

—Sí.

—¿Y espera que suceda algo dentro de una semana?

—Opino… que… que todo se habrá resuelto para entonces.

Me incorporé en el asiento.

—Bueno. Regrese a su auto y me iré a trabajar.

—Lo siento —murmuró Carlota.

—¿Qué?

—Haberme portado así —dijo mirándome suplicante—. Pensé que usted lo había estropeado todo. No tenía idea de cuan cuidadosamente había trazado sus planes.

—¿Marcha todo bien ahora?

—Desde luego, Donald. Gracias.

Me acarició la mano y se apeó sonriendo. Un segundo después subía a su coche y se alejaba.

capítulo cinco

BERTA firmaba la correspondencia en su despacho cuando entré.

—Hola, querido Donald —me saludó—. Has estado trabajando, ¿verdad?

Afirmé. Berta devolvió las cartas a la secretaria y le encargó:

—Dóblelas. Asegúrese de que las coloca en el sobre correspondiente y de que cada uno de ellos lleva el sello adecuado. Quiero que salgan en el correo de la tarde, ¿entiende?

—Sí, señora Cool.

Berta la despidió con una lúgubre sonrisa y se volvió hacia mí. Me dejé caer en una butaca diciendo:

—¿Acaso cree que no sabe qué debe hacer con las cartas?

—No lo sabe —me desafió Berta.

—Le repite lo mismo cada vez que despacha la correspondencia.

—Es necesario —gimió Berta—. ¡Dios mío! No sé qué les pasa en la actualidad a los empleados. Las mecanógrafas trabajan en sueños, pensando en sus cosas aporreando la máquina un mínimo porque tienen que vivir. En cuanto se les dice una palabra más alta que la otra, dan un brinco y la dejan a una plantada. Las agencias de empleos nos mandan otra tan mala como la que se ha marchado, y ésta ocupa la plaza de otra que hizo lo mismo que ella. ¡Malditas sean! Son tan independientes como los políticos al día siguiente de las elecciones.

—Es la antigua ley de la oferta y de la demanda —la consolé.

—¿De qué diablo hablas, Donald? Hay demanda, pero no oferta. ¿Qué has estado haciendo, querido?

—Me he dedicado al caso Ballwin.

—¿Y qué has descubierto?

—Nuestra cliente no es Beatriz Ballwin. Se llama Carlota Hanford y es secretaria de Dafne Ballwin.

Los ojuelos sagaces de Berta se estrecharon.

—¿Por qué nos mintió?

—Por una docena de motivos.

—Bien, menciona uno.

—No le gusta la mujer para quien trababa.

—¿A quién no le sucede lo mismo? —tronó Berta—. Fíjate, por ejemplo, en mi secretaria. ¡Dios mío! Le pago el doble de lo que vale y apuesto a que me odia a muerte.

Preferí callar.

—¿Qué tiene que ver el odio de esa chica por Dafne Ballwin? —gruñó Berta.

—Cabe que Gerald Ballwin, temiendo ser envenenado, obligase a la secretaria de su esposa a contratarnos para protegerle.

—Sí, claro está —concedió Berta— aunque no comprendo por qué no vino él mismo.

—Tal vez porque es un buen hombre de negocios.

—¿Qué pretendes insinuar?

Abrí las manos impulsivamente y dije:

—Sospecho que tiene el bolsillo bien forrado. No le va mal la venta de fincas.

—¿Y qué?

—Por consiguiente, le hubiéramos podido cargar algo más que…

Berta captó la idea inmediatamente.

—¡Que me maten! —exclamó, mientras sus ojillos grises relucían de codicia—. ¡Maldito sea! ¿Supones que…?

—No es más que una explicación —la calmé.

—Y la única que me gustará. ¿Cuáles son las otras?

—Tal vez otra persona quiera envenenar al señor Ballwin y desee orientar las sospechas hacia su mujer —contesté—. Al contratarnos para que ésta no le envenene, descarga dos golpes sobre Dafne. Si sucede algo, la policía averiguará que hemos intervenido. Nos hará una visita y, enterada de que tratábamos de proteger a Gerald de su costilla, se lanzará inmediatamente sobre ella.

—Eso significaría que el dinero invertido carecería de utilidad para la persona que lo gastó si Gerald Ballwin no es envenenado —dedujo Berta.

—Lo que es, precisamente, lo que intentó insinuar.

Berta se balanceó en su silla giratoria, que protestó indignada. De repente se irguió, rígida y alerta.

—Donald querido, ¿sabes qué? —disparó.

—¿Qué?

—Ambas explicaciones significan que la chica que estuvo aquí… ¿Dijiste que se llama Carlota Hanford?

Respondí que sí con la cabeza.

—Pues bien, significa que esa preciosidad nos está tomando el pelo. El dinero no es suyo, sino de otra persona que se lo entregó.

—Todas mis explicaciones apuntan en esa dirección —indiqué.

—¿Por qué?

—Porque no creo que el dinero sea suyo. Tenía demasiado. ¿Qué haría usted si trabajase por ciento cincuenta o doscientos dólares al mes con una mujer y sospechase que se disponía a envenenar a su marido?

—Probablemente nada —aseguro Berta—. Quizá se lo contase a la policía cuando todo hubiese sucedido. O me volviese loca y se lo soplase a la presunta víctima. O recurriese preventivamente a la policía.

—Exacto. Pero no acudiría a una agencia de detectives privados y aflojaría doscientos cincuenta dólares de sus ahorros por proteger al marido de la mujer con quien trabaja.

—No, a menos que estuviese enamorada de él.

—En tal caso, avisaría al interesado y no a una agencia de detectives. De todos modos, Carlota afirma que Ballwin está chiflado por Ethel Worley, su secretaria.

—¡Que me aspen! —repitió Berta.

—¿Desea saber qué he estado haciendo? —pregunté.

—¡No! —gritó Berta—. Tú cuida de la investigación, que yo me encargo de los ingresos. A partir de ahora me dedicaré a investigar un medio para que esa hipócrita suelte más machacantes.

—No le será fácil conseguirlo —le advertí—. Ya han concertado un trato.

—¿Fácil? —rugió Berta—. ¿Qué diablo sabes tú de dinero? Lo gastas con tanta generosidad como un perro se sacude de encima el agua de lluvia. No sacarías jugo ni a una sandía, y yo toda mi vida lo he sacado hasta de papeles secantes. Ahora déjame pensar.

En mi despacho expliqué un chiste a Elsie Brand y esperé con

paciencia el informe sobre Dafne. Su seguidor no telefoneó hasta las cinco, notificándome que había sido relevado y que tenían que contarme algo. ¿Lo hacía por teléfono?

Le mandé que acudiera a la oficina.

Llegó al marcar los diez minutos que le había concedido. Le ofrecí asiento en una butaca, notando que parecía muy contento de sí mismo. Abrí fuego.

—Bueno, ¿adónde fue?

El hombre carraspeó y repuso:

—El chofer frenó en el Edificio Pawkette, donde ella entró. Yo me paré ante un caño del servicio de incendios, seguro de que usted pagaría gustoso la multa, y conseguí subir en el mismo ascensor que la mujer. Estaba absorta, evidentemente preocupada por llegar cuanto antes a su destino. Sin duda era muy importante.

—¿No fingía? —intercalé—. ¿No la descubrió e intentaba…?

Mi ayudante sacudió la cabeza con énfasis.

—A veces tratan de hacerlo, pero no son buenos actores —me aseguró—. Miran a hurtadillas y se detienen de vez en cuando para cerciorarse de si los seguimos. La gente no sirve para eso.

—Tal vez esta mujer sí.

—Tal vez, pero no lo creo —dijo con acento de duda.

—De acuerdo. ¿Qué hizo?

—Fue directamente a su dentista. Recibí una sorpresa.

—¿A su dentista?

El hombre afirmó.

—¿Quién?

—El doctor
Jorge L
. Quay.

—¿Cuáles son sus señas?

—Edificio Pawkette, 695.

—Perfectamente.

—Verá —continuó mi auxiliar con cierta timidez—; tengo una muela estropeada e imaginé que yo también podía hacerle una visita.

—Fue arriesgado —le amonesté.

—En circunstancias ordinarias, desde luego; pero la mujer continuaba ensimismada. Parecía una sonámbula.

—Prosiga —gruñí, poniendo su afirmación en tela de juicio.

—Entré después de ella en la clínica del doctor Quay. Percibí inmediatamente que entre ella y la enfermera existía cierto antagonismo. La señora Ballwin no tomó asiento. Saludó con altivez a la enfermera. En la antesala había un individuo de aire impaciente que dijo a la joven: «¿Hará pasar a alguien más antes que a mí?», o algo por el estilo, y ella le sonrió, contestando: «Esta señora recibe un tratamiento muy especial». El paciente gritó exasperado que, a pesar de tener hora, habían permitido entrar a dos personas. Entonces la enfermera rogó a la señora Ballwin que se sentase. Pero ésta no sólo se negó a hacerlo, sino que le ordenó, como si fuera la dueña del cotarro, que avisase al dentista de su llegada. La enfermera desapareció. Oí voces airadas y regresó indicando a la Ballwin que entrase. Tenía los labios apretados y sus ojos chispeaban.

—¿Qué hizo el otro paciente? —curioseé.

—Se marchó.

—¿Cuánto estuvo dentro la señora Ballwin?

—Unos diez minutos.

—¿Salió algún paciente al entrar la señora Ballwin?

—¿Cómo?

Me había entendido, porque se ruborizó pero creí necesario aclarar mi pregunta.

—Debía de haber alguien en la clínica. ¿Qué fue del que gemía en el sillón de las torturas?

—No lo sé —tartamudeó mi hombre—. Me parece que la mujer se metió en el laboratorio. No me quedé en la antesala.

—¿Por qué?

—Bajé a la calle y esperé en mi auto, con el motor en marcha. Seguí a la Ballwin en cuanto salió.

—¿Le multaron por haberse detenido ante la boca de incendios?

—No. No estuve en el edificio más de tres minutos, aguardé unos veinte a que reapareciese.

—¿Qué más?

—Recorrió varias tiendas. Durante un rato perdí su rastro. Por lo visto mandó al chofer que la llevara a un almacén y que la recogiese más tarde. Perseguí el automóvil con el propósito de regresar con él cuando la fuese a buscar. Él encontró sitio para estacionarse, pero

yo no. Di un par de vueltas a la manzana; a la tercera el coche había desaparecido. Me moví como un loco sin lograr localizarlo y salí como un rayo hacia la Avenida de Atwell. La Ballwin llegaba diez minutos después con un montón de paquetes. El chofer se hizo cargo de ellos. Supuse que estaba enfadado. Se portaba como si se hubiera sentado en un macizo de ortigas. No me moví hasta las cinco, en que fui relevado, y entonces le telefoneé a usted. Pensé que le gustaría saber lo del dentista.

Reflexioné unos segundos.

—¿Sabe el nombre de la enfermera de Quay? —pregunté lentamente.

—La señora Ballwin la llamó Ruth.

—¿Cómo es?

Mi ayudante entornó los ojos.

—Es difícil decirlo cuando van de enfermeras —dijo pensativo —. Es pelirroja, tendrá veintisiete años y da gusto mirarla. Tiene algunas pecas y produce la impresión de que podría ser un caramelo o el diablo con dolor de estómago según se la trate.

—O según ella trate a los demás —corregí.

Mi hombre aceptó la enmienda.

—¿Es muy alta?

—Corriente y lo mismo sirve para el peso. Medias y calzado blanco. Tengo la impresión de que tiene un tipo estupendo.

—¿Y su nariz? ¿Es respingona o ganchuda?

—Recta.

Consulté mi reloj.

—Quizá llegue a tiempo —murmuré.

Busqué el número de la clínica del doctor Quay y lo marqué. Tardé algo en obtener contestación.

—Aquí el doctor Quay —contestó al fin una voz femenina.

—Usted no me conoce… es decir, no soy cliente del doctor, pero ¿podría darme hora para arreglarme una muela? —indagué.

—Llame mañana —me respondió con sequedad—. El doctor se ha ido a su casa.

—¿Usted es su enfermera?

—Sí.

—¿Y no es posible indicármelo?

—Debo consultar con el doctor Quay.

—Oiga —supliqué—, ¿cuánto tiempo va a estar ahí?

—Diez minutos escasos —replicó con firmeza—; y no sacará nada hablando conmigo. No… no tengo autoridad para señalar horas.

—¿No regresará el doctor esta tarde? —gimoteé.

—¡No! Llame mañana, por favor. Adiós.

Cortó la comunicación con energía. Volví los ojos a mi auxiliar.

—Estará en la clínica sólo diez minutos. Es un poco más de las cinco y media. El dentista ha cerrado el gabinete y ella no acepta la responsabilidad de señalar horas —le informé e indagué perplejo—: ¿Supone que arregla sus cosas antes de marcharse?

—Quizá la hayan despedido —repuso mi hombre con acento significativo.

Me puse en pie y le dije:

—Bien. Péguese como una lapa a la señora Ballwin hasta que yo diga basta. Telefonee siempre que pueda. Si no estoy aquí, dicte sus informes a mi secretaria, si tienen importancia. Y venga a darme el parte todos los días.

Le seguí hasta la calle. Subí a nuestro auto y me dirigí al Edificio Pawkette. Me detuve frente a la entrada, con el motor en marcha vigilando sin apearme a cuantos salían de la casa.

A aquella hora eran pocas las personas que cruzaban la puerta en uno y otro sentido. Los que se iban eran en su mayor parte hombres de negocios que se habían retrasado para ultimar algún detalle después de la salida de los empleados.

Una joven con un paquete tal vez aceptase ir en el auto de un desconocido, si éste empleaba una técnica distinta de la corriente. Contaba con una probabilidad contra diez de lograrlo.

Mis únicos triunfos consistían en una decena de minutos y en unos cuantos litros de gasolina.

Apareció una apuesta pelirroja, con un bolso tan abultado que las costuras amenazaban reventar y un bulto envuelto en papel de periódico.

Abrí la portezuela del automóvil y calculé la distancia. ¿Bastaría una carrerilla por la acera, un encontronazo, un paquete deshecho en el suelo, palabras de contrición, ayudar a recoger las cosas y la oferta de llevarla en un santiamén a su casa?

La estudié con atención y decidí que no.

Su modo de andar me produjo la sensación de que no se encaminaba a la parada de autobuses. El paquete era demasiado grande y pesado, su conducta, su manera de avanzar…

Me quedé inmóvil.

Se había detenido junto a la hilera de coches cercana al edificio. Me arriesgué a dar la vuelta a la manzana y acorté la marcha, hasta casi detenerme, al llegar al sitio desde donde podía observar los automóviles.

Se destacó de ellos uno que, si no en un montón de chatarra, no incurriría nunca en las iras de la Policía de Tráfico. Enfiló hacia el Oeste, facilitando que la escoltase sin llamar la atención.

No podía arriesgarme, porque ignoraba la distancia que habíamos de recorrer, sin embargo, tenía la certeza de que no vivía en el vecindario, pues le hubiese sido más fácil tomar el autobús que alquilar mensualmente un espacio en el lugar de estacionamiento. Desde luego si esperaba ser despedida habría… Deseché el pensamiento en cuanto se me ocurrió. No aguardaba ser puesta en la calle; en caso contrario, hubiera tenido sus cosas preparadas y se hubiese ido a las cinco en punto.

Fui en pos del automóvil por uno de los bulevares del centro, en el que espesaba el tráfico. Un autobús me ofreció la oportunidad que ansiaba. Comprendí que el enorme vehículo se echaría hacia la izquierda. La joven se hallaba en el callejón adyacente, sin fijarse en él. Cuando lo hizo, se volvió hacia la izquierda tocando indignada el claxon. Lancé mi auto adelante permitiendo que embistiera su trasera.

Percibí un chasquido, la sacudida del impacto y el agudo chirrido de un salvabarros al ser desgarrado.

El gigantesco autobús pasó inalterable junto a nosotros, invencible, poderoso. Unos pasajeros aplastaron los rostros contra las ventanillas. Éste fue el único indicio de interés.

Ordené a la joven con un ademán que se aproximase a la acera. Mientras guiaba hacia el bordillo, oí el roce del salvabarros contra el neumático trasero de la derecha. El retrovisor me permitió comprobar que la rueda delantera de la izquierda de la muchacha se agitaba como una hoja. El resto del tráfico nos rezagó, después de lanzar la protesta de sus bocinas. El accidente había tenido por lo menos dos docenas de testigos, que se volatizaron como si

tratasen de batir una marca mundial de velocidad.

Salté del auto y anduve hasta el de la joven.

—¿No vio que el autobús iba a dirigirse a la izquierda? —exclamé sin darle tiempo a que hablara.

—¿Y usted? —replicó ella—. ¡Me cortó el paso sin cederme un centímetro!

—Entonces debió usar los frenos para que el autobús siguiera adelante.

—Su obligación era esperar —protestó, refiriéndose al autobús —. Yo tenía prioridad.

—Considerémoslo desde el punto de vista del conductor —la invité con una sonrisa—. Si hubiese de esperar a que todos los autos pasasen, después de descargar un pasajero, tardaría todo el día en recorrer seis manzanas.

—Usted y yo no haremos buenas migas —aseguró sombría.

—Entonces, echemos un vistazo a los desperfectos y sabremos quién no las hará —propuse.

Como esperaba, el coche de la agencia tenía un salvabarros abollado. No era la primera vez que empleaba aquella estratagema para trabar conocimiento con una persona a la que no se podía abordar con métodos normales. Es notable la astucia de los sospechosos para estropear los planes más cuidadosamente meditados; en cambio, todos pican mediante el sistema del accidente. Era la tercera vez que el salvabarros necesitaba reparación.

Lo aparté de un tirón del neumático y me encaré con la joven.

—Creo que eso es todo —dije.

—A mi rueda delantera le ha ocurrido algo —replicó—. Baila.

Saqué mi permiso de conductor.

—Me llamo Ruth Otis —se presentó, leyéndolo por encima.

—¿Lleva su licencia?

Abrió su bolso y me la ofreció con desdén.

—Ya no vivo en esa dirección. La actual es Lexbrook, 1627.

—Eso queda bastante lejos.

—¿Y qué? —me desafió.

—Nada, salvo que no creo que su auto pueda llegar a ella.

Ruth me miró un segundo y, de improviso, se echó a llorar. Cometí el error de apuntar el número de su permiso de conducción

en mi agenda. Se puso furiosa.

—¿Por qué es tan puntilloso y leguleyo? —sollozó—. Si supiera conducir, no habríamos tropezado, tenga la culpa quien la tenga. Y no creo que sea mía. Ni siquiera se fijó usted en el autobús hasta que chocó conmigo y creo recordar que su velocidad era excesiva.

Señalé la trasera del coche de la agencia.

—No choqué con usted, hermana. Usted me embistió.

—No, fue al revés.

—¿Cómo me las compuse para hacerlo?

Se encogió de hombros, más indignada aún.

—Lo ignoro. Sin duda, dio marcha atrás.

Sonreí con superioridad. Ruth buscó un lápiz y un cuadernito en su bolso para copiar la matrícula de nuestro auto. Le temblaba tanto la mano, que apenas conseguía trazar la cifra.

—Será mejor que no olvide mi permiso de conductor. Me llamo Donald Lam.

Me la arrancó de la mano y apoyó su cuadernito en el salvabarros delantero de su automóvil, copiando cuidadosamente mi nombre, edad, señas, altura, peso y color de mi pelo y de mis ojos.

—Y el coche va a nombre de Cool y Lam —indiqué afablemente —. Es una sociedad.

—¿Qué dirección tiene?

—La hallará en el certificado de registro colocado en el interior de mi auto. Será preferible que usted misma lo vea.

—Gracias. Seguiré su consejo.

Una vez en el asiento de conducción, retorció el certificado hasta que consiguió leer su contenido, del que extrajo todos los datos pertinentes.

—No lo tome tan a pecho —la aconsejé con amabilidad—. Las compañías de seguros se encargarán de esta cuestión.

—No estoy asegurada.

Le permití darse cuenta de mi sorpresa.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Porque yo lo estoy —suspiré.

—Sigo sin ver la diferencia.

—Me duele pensar que mi compañía de seguros le cobrará los

gastos.

Ruth procuró sonreír, sin abandonar su acento de desafío.

—No se preocupe. Me tiene sin cuidado. Mi abogado pasará la cuenta a su compañía.

—¿Por qué no, en resumidas cuentas? —repuse cortésmente—. Bien considerado, quizá haya mucho en su favor. Pasando por alto el hecho de quién tenía prioridad de paso, debí darme cuenta de que usted estaba casi pegada al autobús. Tal vez no hubiera sucedido nada, si no le hubiese escatimado el espacio.

—¿Qué se propone? —preguntó Ruth con suspicacia—. ¿Intenta presentarlo de modo que yo cobre de su compañía?

—Quizá.

—Pues, no. Lo justo es justo. No empezaré a jugar sucio por ahorrar el coste de un salvabarros y de un eje torcido o lo que sea.

—Usted cree que yo tengo la culpa, ¿verdad? —indagué después de carraspear.

—Sí.

—Entonces, si yo creo lo mismo, ¿qué tiene de malo? —exclamé —. Eso no es estafar a los del seguro.

—Sí, lo es. Estoy convencida de que usted tuvo la culpa y usted debe estarlo de que yo la tuve. Eso es lo lógico.

—Bueno, no discutamos —me rendí—. La llevaré a su casa.

—Gracias —replicó—. Iré sola.

—Como usted guste —accedí alegremente—. ¿Llamo a un taxi?

—No se moleste.

Di unos pasos, pero me volví.

—Perfectamente. Pero veo que tiene algunas cosas en su auto. Asegúrese de que lo ha cerrado cuando lo deje. Y, si toma un taxi, no estará de más que se lleve los paquetes. En realidad, no hay ninguna parada de taxis en una milla a la redonda. No es asunto mío, desde luego, pero le costará mucho lograr que uno venga aquí a esta hora, aunque telefonee. Tienen mucho trabajo a la salida de las oficinas.

Ruth contempló los bultos y estudió el coche de la agencia. Me quité el sombrero.

—Si no quiere venir conmigo, me marcharé. Puede…

—¿Por dónde pasará? —me interrumpió.

—Iré por todo el bulevar.

—¿Hasta Lexbrook?

—Sí.

—Está bien. Acepto —declaró de pronto.

Dudé un momento como si me dispusiera a decirle que mi invitación había sido mera cuestión de cortesía. Mi vacilación tenía por objeto informarla de que no sentía un gran interés.

—De acuerdo —dije al fin, con alguna brusquedad—. Suba.

Mantuve abierta la portezuela mientras Ruth sacaba de su automóvil el bolso y el paquete de papel de periódico. Se acomodó en el asiento. No hablamos. Luchó por un momento con las lágrimas; después su rostro se transformó en una máscara sombría.

—Creo que le pasa algo a la parte posterior —exclamé de improviso.

Conduje hacia la acera y me apeé a examinar la sección mencionada, a la que propiné algunas sacudidas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ruth, cuando reaparecí.

—No encuentro nada anormal, aunque tengo el presentimiento de que no marcha como debiera —contesté, perplejo—. ¿Le importaría bajar un momento a observar mientras yo avanzo un poco? Deseo convencerme de que las ruedas traseras están en línea recta con las delanteras. Cerciórese usted de ello. Recorreré unos metros y volveré a recogerla.

Descendió al bordillo sin decir una palabra. Me aparté unos treinta metros y regresé marcha atrás.

—No he notado nada.

—¿No oscilaban las ruedas posteriores? —insistí.

—No.

—¿Forman línea recta?

—Sí.

—Eso me alivia —exclamé, indicando que entrase en el vehículo —. Temía que el chasis se hubiera desencuadernado.

—Creí que estaba asegurado —comentó Ruth con ironía.

—Lo estoy, pero este auto me ayuda a ganarme el pan. Lleva mucho tiempo sin arreglar una avería del tipo de un chasis dislocado.

—¿A qué se dedica? —preguntó Ruth sin mucho interés.

—Soy investigador privado.

—¿Detective particular? —exclamó con los ojos relucientes.

—Exacto.

Guardó silencio durante unas cinco o seis manzanas. Por fin dijo con alguna cautela:

—Debe ser muy divertido.

—Sí…, para los legos.

—Emocionante.

—A veces.

Pero no se dio por vencida.

—Por lo menos es distinto de los empleos rutinarios que tenemos la mayoría.

—¡Oh! También tiene sus momentos aburridos. Y no nos falta la rutina, por ejemplo, cuando se trata de seguir a personas y cosas por el estilo —eché un vistazo a mi reloj y proferí—: ¡Dios mío!

—¿Qué pasa? —indagó Ruth, consternada.

—Tenía que telefonear a mi despacho. Mi socio me espera en él para informarme de algo que me interesa. El accidente me lo hizo olvidar. Hace diez minutos que debí llamarla.

—¿La… a ella? —se sorprendió la muchacha.

—Sí.

—¿Su socio es una mujer?

—Dio en el clavo B. Cool —expliqué—. La «B» significa Berta. Edad mediana, setenta y tantos kilos, más dura que un huevo de Pascua y más difícil de manejar que un rollo de espino artificial, Espere, por favor, mientras telefoneo.

—¿Desde dónde lo hará?

Señalé un restaurante.

—Tendrán teléfono, probablemente, el único de este barrio.

Eché una mirada inquisitiva al establecimiento. Era un pequeño y bonito restaurante chino que se había mudado a aquel distrito atraído por los alquileres bajos y numerosa clientela.

Un segundo después regresaba junto a Ruth.

—No la encontré. Probablemente volverá dentro de diez o quince minutos. Berta es muy especial; se pone como loca cuando tardo en llamarla. Me gustaría quedarme en un sitio desde donde pudiera telefonearla a cada momento. Oiga, ¿le importaría entrar a esperar conmigo? Cerraremos el coche. Eso es un restaurante chino; sirven una comida bastante buena. A ver si le gusta mi proposición: si se queda conmigo hasta que logre telefonear, la convido a cenar.

—¿Y si no acepto?

—Entonces tendrá que esperar aquí hasta que pase un taxi. Y tiene muchas probabilidades de aguardar largo rato —agregué con tristeza—. Siento todo esto, señorita Otis.

—Hace bien. Deseaba llegar a casa, pero ya es tarde —me recriminó.

—¡Qué lástima! —exclamé mirando mi reloj con impaciencia—. ¿Qué le parece lo siguiente? Si acepta mi invitación, cerraré el coche para que sus cosas estén seguras; si la rehúsa, lo cerraré de todos modos mientras busca un taxi. Una vez lo encuentre, avíseme y se lo abriré. Posiblemente tendré que trabajar duro y deseo llenar mi estómago. En mi oficio corremos a salto de mata.

En tanto que hablaba, hacía tintinear las llaves del auto.

—Está bien. Le acompañaré —decidió, finalmente.

Entramos en el restaurante, ocupando una mesa cercana a la cabina telefónica, en la que fingí marcar el número del despacho. Colgué por último con energía, recobré la moneda y me deslicé por el asiento de cuero que rodeaba la mesa circular.

Apareció un camarero con té y pastelillos de arroz. Entonces pregunté a Ruth si le gustaba la comida china y me informó que sentía debilidad por los platos preparados con huevos.

—Creo que se llaman *foo yung ha* —dijo.

Comprendí que sólo conocía los manjares chinos corrientes. Regresé a la cabina telefónica con exagerada impaciencia y de nuevo no obtuve contestación. Una vez en la mesa, me hice cargo de la minuta, arrebatándosela de las manos.

—Ordenaré la cena, si no le importa —ofrecí—. Encargaré algo que tal vez no ha probado, pero cuyo gusto le encantará.

No aclaré que se necesitarían por lo menos veinte minutos para prepararlo.

—Muy bien —repuso Ruth.

Mandé que nos sirvieran entremeses chinos, *sohn keau tau*, pollo y piña, langostinos fritos, costillas de cerdo con salsa dulce y agria y más té.

El camarero se retiró y dedicamos nuestra atención a las tazas.

—Lo único que he probado en un restaurante de este tipo —me explicó— es *chop suey* y huevos *foo yung ha*.

—Casi todo el mundo suele encargarlos.

Aquí terminaron los comentarios sobre la cocina oriental. No me sorprendió oír decir a Ruth:

—¿Le gusta tener a una mujer como socio?

—No me importa.

—¿Fue premeditada su sociedad?

—No. Berta dirigía una agencia de detectives. Yo estaba sin dinero y recurrí a ella en busca de empleo.

—¿Y poco a poco llegaron a ser socios?

—Sí.

—¿Cómo lo consiguió? —inquirió Ruth.

—Pues… no lo sé —confesé—. Creo que se debió a la casualidad. Nos hicimos cargo de algunos asuntos importantes y Berta pensó que me necesitaba para resolverlos. Antes de que nos asociásemos, ella se había dedicado a casos rutinarios: buscar direcciones para ciertas empresas, investigaciones en pleitos de divorcios y obtención de informaciones para abogados en litigios por daños y perjuicios.

Ruth no pasó por alto mi mueca.

—¿No le agrada esa clase de trabajo?

—No.

—¿Cuál prefiere?

—El que ahora tenemos.

—¿Cuál es?

—Pues una porción de ellos —repuse cautamente.

—¿Dónde está el cambio?

—No lo sé. Comenzamos a ganar dinero y por ahora vamos en aumento.

—Una cosa lleva a la otra, supongo. El éxito les proporciona más trabajo, ¿eh?

—Es posible.

—¿Y un poquillo de propaganda?

—Sí.

Me tendió la taza para que volviese a llenarla. Y de pronto, sin que nada lo justificase, declaró:

—Hoy perdí mi colocación.

—¿Renunció a ella?

—Me despidieron —repuso Ruth con amargura.

—La compadezco. ¿Qué pasó? ¿No servía?

Ruth se rió con tristeza y contestó:

—Por lo visto servía demasiado. Me preocupaban más los intereses de mi jefe que… que a él mismo.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté con dulzura.

—Por una mujer.

—¡Entiendo! —exclamé con acento significativo.

A Ruth no le gustó el tono de mi voz.

—No, no lo entiende —estalló—. Esa mujer llevaba a mi jefe a la ruina. Es arrogante. Es… es egoísta y se porta como tal.

—Ya —murmuré—. Naturalmente, la situación era extraordinaria. Usted está enamorada de su jefe y él de esa mujer.

—Pero ¿qué dice? —chilló—. ¿Enamorada de mi jefe? ¡Le aborrezco con toda mi alma!

Hice un gesto de sorpresa.

—Entonces, ¿por qué se marchó?

—Le dije que no me había ido, sino que me despidieron.

A renglón seguido se echó a llorar. Yo hice lo de cajón. Le di unas palmaditas en el hombro, diciendo:

—Vamos, vamos. Olvídelo.

—¡Imposible! —gimoteó Ruth, y añadió tartamudeando—: Me pone frenética. Ella se entrometía en su carrera y cuando yo le dije…

—Pensó que usted se daba demasiado tono, ¿verdad?

—No sé qué pensó. Se contentó con despedirme. Sospecho que ella se lo mandó.

—Bueno, no me lo diga si no quiere.

—Necesito contárselo a alguien.

—Pero yo soy un desconocido.

—Por eso se lo explico. No me gustaría confiárselo a mis amigos.

—Y además soy detective. Quizá trabaje en un caso relacionado con lo que usted me dice.

Ruth lanzó una carcajada nerviosa, cargada de lágrimas, echando exageradamente la cabeza hacia atrás. Después se secó los ojos con un pañuelo que sacó del bolso.

—Cuando me enfado, lloro, y, cuando me doy cuenta de que lloro, me enfado más todavía.

—¿Está enojada con su jefe?

—Con mi antiguo jefe —corrigió Ruth—. No tanto con él como

con la injusticia de la situación.

—¿A qué se dedica?

—A una carrera.

—Y presumo que esa mujer es cliente suya, ¿no?

—Se equivoca. Es dentista, no abogado.

No me amilané por mi supuesta equivocación.

—¿Va ella a menudo a su clínica?

—Ésa es la verdad —afirmó Ruth más airada—. Y lo hace como la reina de Saba en una visita de inspección. Quiere tener primacía sobre los demás. Los pacientes no lo soportan, naturalmente. Bien, creo que es inútil que prosiga contándole mis cuitas.

—¿Por qué no? Eso la aliviará.

—No. Ya dije bastante, quizá demasiado —declaró Ruth con firmeza—. Hablemos de otra cosa, de su oficio, por ejemplo. ¿La señora Cool es de edad mediana?

—Sí.

—¿Dura?

—Como el diamante.

—¿Cómo consigue entenderse con ella?

—A veces no lo logro.

—¿No le ataca los nervios relacionarse con una persona que… bueno, con la cual no se entiende?

—Apenas —contesté con indiferencia—. Es un buen ejercicio. Impide que me vuelva blando.

—¿No discute con ella? —se extrañó.

—No.

—¿Qué hace?

—Lo que se me antoja y dejo que Berta discuta.

Me miró pensativa.

—Es usted muy raro. Tiene usted algo… es decir, es tan tranquilo que… que cualquiera diría que se puede hacer con usted lo que se quiera, pero, en el fondo, tiene la calidad del acero.

—¡Oh, no lo crea! —protesté modestamente.

—Apuesto a que la señora Cool lo cree. Me gustaría hablar con ella para averiguar qué opina.

—Después de todo no tiene importancia.

—En efecto.

Me trasladé a la cabina telefónica y marqué el número de la

agencia, repitiendo la comedia de esperar y fruncir el ceño. Al cabo de un rato recobré el níquel.

—¿Sin respuesta aún? —indagó Ruth.

—¿Estará enfadada la señora Cool porque no la llamó cuando convinieron?

—Estoy seguro.

El camarero nos sirvió y empezamos a comer. Durante la cena sorprendí a Ruth dos o tres veces contemplándome con interés. No traté de tirarle de la lengua. Presentía que, si lo hacía, despertaría sus sospechas.

—¿Cuánto supone que me costará arreglar mi coche? —preguntó de repente.

—Veinte o veinticinco dólares.

—¡Bah! —exclamó—. No bajará de setenta y cinco a cien dólares.

—No será tanto… Oiga lo que le propongo —dije de pronto—. Yo pagaré los desperfectos.

—¿Sí? —se sorprendió.

Afirmé con la, cabeza.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque empiezo a pensar que tuve la culpa.

Hubo una pausa.

—No entiendo cómo sucedió —dijo Ruth—. Conducía enfadada, pensando en el doctor Quay… ¡Oh, se me escapó!

—¿Qué?

—Su nombre.

—No tiene importancia —aseveré—. Debo llamar de nuevo a la oficina.

Repetí nuevamente las operaciones anteriores y esperé, no más que por rutina, a que sonase la señal de llamada. Cuando iba a colgar, el teléfono emitió un sonido metálico. Lo pegué a mi oído, dispuesto a escuchar.

—Hola.

No imaginaba que hubiese alguien en la oficina a aquella hora, pero el graznido que brotaba del aparato indicaba la presencia de alguien. En cuanto hube hablado tronó, exasperada y furiosa, la voz de Berta Cool.

—¿Dónde te has metido?

—En un restaurante. ¿Qué hace usted ahí?

—¿Que qué hago? —aulló Berta—. ¡Tiene gracia! ¿Qué hago? Intento evitar que esta agencia se convierta en el hazmerreír de toda la ciudad, superhombre. ¡Malditos seáis tú y tus ideas de haber puesto esposas psicológicas a la señora Ballwin!

—¿De qué habla? —me asombré.

—¿Cómo? —rugió Berta—. Hablo del envenenamiento de Gerald Ballwin.

—¿Es que…?

—Sí, definitivamente —chilló Berta—. ¿Por qué crees que estoy en mi despacho? Carlota Hanford reclama la devolución de su dinero, asegurando que somos deliciosamente incompetentes. Gerald Ballwin ha sido envenenado y debemos pagar. Ven sin perder un segundo.

—Ahora mismo —le prometí y corté la comunicación.

Ruth Otis me vio llegar con una extraña expresión.

—¿Qué sucede, señor Lam? —preguntó.

—Nada.

—Dio un salto en la cabina como si le hubiesen pinchado. La voz de su comunicante resonaba en todo el establecimiento. Se la comprendía perfectamente. ¿Habló con la señora Cool?

—En efecto, ella era.

—Por lo visto, le chillaba.

—No lo niego.

Ruth carraspeó y continuó con cierta vacilación:

—No pude evitar oír algo. Transformó el teléfono en un altavoz.

Me mostré de acuerdo.

Los azules ojos de Ruth Otis buscaban los míos. Su peculiar e intensa mirada me obligó a repasar cuanto Berta había dicho. Por fin me enteré de a qué se debía.

—¿No se llama el envenenado Gerald Ballwin? —preguntó Ruth.

—¿Por qué?

—La mujer que le conté es la esposa de Gerald Ballwin.

—¿Sí? —mascullé sin comprometerme.

—¿Es Gerald Ballwin el envenenado? —insistió Ruth con impaciencia.

—Lea mañana la Prensa —soslayé—: Ahora estoy ocupado. Tengo que pagar la cena, batir unas cuantas marcas de velocidad

hasta su casa y estar lo antes posible en mi oficina.

—Gerald Ballwin envenenado —dijo Ruth lentamente.

Echó atrás su silla, apoyando las manos en la mesa, y repitió la frase. Su rostro se cubrió de un matiz amarillento característico. Aferrando el mantel, comenzó a tambalearse mientras las piernas se le doblaban.

Antes de que yo pudiera dar la vuelta a la mesa, yacía desmayada en el asiento de cuero.

El camarero, después de echar una ojeada, corrió a la cocina farfullando en su idioma materno. Diez segundos más tarde una mujer, una joven, un viejo y dos muchachos nos rodeaban, lanzando al unísono un torrente de agudas palabras chinas.

Empapé de agua una servilleta, con la que abofeteé suavemente el rostro de Ruth hasta que volvió en sí. La puse en pie y arrojé un billete de cinco dólares sobre la mesa. Estaba aún mareada cuando la piloté hacia el auto.

capítulo seis

EL achacoso coche de la agencia se portó como un héroe al ser lanzado calle abajo.

Ruth Otis, a mi derecha, bajó el vidrio de la ventanilla a fin de que el aire le diese en el rostro.

—No comprendo cómo me ha ocurrido.

No contesté.

—Dígame, señor Lam, ¿por qué le interesa la familia Ballwin?

—¿Pretende deducir nombres de la simple resonancia de un teléfono? —repliqué.

—Dijo que había sido envenenado.

—Puedo mencionar dos docenas de apellidos que sonarían igual que Ballwin en tales circunstancias.

—Pero el veneno… Eso… eso lo aclara todo.

—¿Qué aclara?

—Nada.

Me absorbí en la tarea de conducir.

—Alguien le habrá contratado para investigar algún aspecto del asunto —prosiguió Ruth, sin darse por vencida.

Guardé silencio.

—¿Temía usted que…? ¿Sabe algo acerca del doctor Quay? Me refiero a la presencia de la señora Ballwin en su clínica.

—¿Por qué se empeña en hablar de esa señora? —exclamé, sin apartar la vista de la calzada.

—Me pregunto si usted me seguía —dijo Ruth meditabunda— y si el autobús le pilló en una trampa cuando intentaba adelantarme… ¿O fue una coincidencia?

No dije nada.

—No me responde —protestó.

—Oiga, hermana. Sólo me interesa depositarla sana y salva en su

casa —contesté con acento protector—. Charla usted como una colegiala.

—Hace un momento usted ansiaba hablar —replicó Ruth. Sus ojos me invitaban a que se lo explicase todo. Era todo oídos—. Y ahora se niega a decir esta boca es mía.

—Conducir a esta velocidad requiere bastante concentración —aclaré—. Me hubiera molestado tener que abandonarla en la acera, esperando hasta que un castigador la llevara en su coche. Entonces no le resultaría la situación tan fácil como yendo conmigo.

Esto le dio que pensar hasta que llegamos a la Avenida de Lexbrook. Las ruedas chirriaron al tomar la curva y frené en seco delante del 1627 antes de que tuviese ocasión de recobrarse.

Era una pequeña casa de pisos destinada originalmente a albergar a personas que trabajasen en el barrio, pero con la escasez de viviendas la ocupaban gentes empleadas en el barrio comercial.

Ayudé a Ruth Otis a apearse y recogí el envoltorio de papel de periódicos.

—Yo lo llevaré —indiqué—. Le costaría abrir las puertas con ese estorbo.

—No, no, no se moleste. Tiene prisa.

—Será cuestión de un segundo.

Franqueó la entrada de la calle. La escalera nos llevó al corredor del segundo piso, al fondo del cual abrió una habitación.

—Número diez. Debe de ser el último de la casa —comenté.

—Lo es.

La seguí al interior. Era pequeño y macilento, de paredes oscuras y mobiliario teñido con el color llamado convencionalmente «roble». Tenía el indefinible husmo que rememora la presencia de distintas personas durante años… Un pisito triste e insignificante que se había convertido en una mina de oro para el propietario.

Ruth abrió una ventana. Me libré del paquete y extraje de mi cartera dos billetes de veinte dólares y uno de diez, que deposité sobre una mesa mientras me daba la espalda.

—Fue usted muy amable al traerme a casa, señor Lam —exclamó—. Siento… siento haberme portado como una tonta, pero recibí una conmoción cuando… He tenido muy mal día —concluyó, riéndose nerviosa.

—No se preocupe. Es comprensible.

—¿Sería pedirle mucho que no contara nada? —me rogó titubeante.

—¿De qué? —pregunté, enarcando las cejas.

—Ya lo sabe… Mi desvanecimiento…

Simulé meditar.

Ruth se me acercó. Sin duda había estado meditando lo que debía hacer. Sus ojos azules patentizaban su ansiedad.

—No dirá nada, ¿verdad? —repitió.

—No tiene importancia. Tranquilícese.

Entonces descubrió los billetes encima de la mesa.

—¿Qué es esto?

—El dinero del accidente —respondí—. Reconoceré que tuve la culpa e incluiré la factura entre los gastos.

—No… no puede hacerlo.

—Ya está hecho.

Volvió a derramar lágrimas.

—Anímese, Ruth —le aconsejé con acento alegre—. Ya es mayorcita.

Salí al pasillo, bajé corriendo la escalera y salté al coche de la agencia. Le di la vuelta y me lancé hacia la oficina.

Berta Cool se balanceaba en su crujidera silla cuando penetré en su despacho particular. Al verme apartó de un tirón de su enjoyada mano el cigarrillo de su boca.

—Bien, bien, bien. He aquí al genio en persona.

—Lo adivinó —repliqué sin inmutarme y me dejé caer en una butaca.

—¡Dios mío! —rugió—. No sé por qué acudo siempre a la brecha cuando tus maravillosas ideas te salen al revés.

—A qué viene eso.

—¿A qué viene? —chilló Berta, estentórea—. ¿A qué viene? Una mujer nos contrata para que impidamos que la señora de Gerald Ballwin envenene a su marido, por lo cual nos paga doscientos cincuenta machacantes y mañana nos entregará otros tantos. Y tú, como siempre, te largas a afirmarle que no tiene por qué preocuparse, porque has entregado a la presunta asesina un par de docenas de tubos de pasta de anchoa. Luego desapareces, dejando que yo cargue con el mochuelo.

—¿Cuál mochuelo?

—¿Qué mochuelo? Vuelve en ti. Tu número no está en la guía de teléfonos. No paras de cambiarte de casa. A veces ni siquiera sé dónde encontrarte. Confieso que no sé cómo te las arreglas. Dios sabe lo que cuesta a las personas decentes hallar vivienda y tú que estás soltero… Yo, en cambio, tengo mi teléfono a la vista: B. Cool, *domicilio*.

»No hubiera contestado de no pensar que tú me llamabas. Y era nuestra cliente, completamente trastornada. Tenía que venir a la oficina sin pérdida de tiempo y consentí porque esa buena moza aflojará un cuarto de millar de dólares mañana mismo. Pues bien, comparece y no a humo de pajas.

—¿Qué dijo?

—Deseaba ponerse al corriente de los disparates que estábamos haciendo —estalló Berta con la potencia de una carga de trilita—. Afirmó que eras un detective de pega y estuve de acuerdo. Lo enredas todo sin necesidad. Es lo mismo que si llevases un letrero anunciando que eres un detective particular alquilado para husmear en las casas. ¡Vaya unas ideas más preciosas! ¡Así te veas condenado a comer pasta de anchoas toda la vida!

—Baje de la parra y cuénteme lo que ha pasado —ordené imperturbable.

—¡Rayos y truenos! Ha pasado lo que debíamos evitar. Tu maquiavelismo precipitó los sucesos. La señora Ballwin decidió que no le quedaba mucho tiempo; luego apareces tú y le ofreces la oportunidad de ejecutar lo que ansía.

—¿Qué?

—Una buena ocasión de envenenar a su marido. ¡Tú y tu pasta de anchoas!

—Cuando se determine a hablar, estaré dispuesto a oírla.

—Está bien, amor mío —disparó Berta, como si las palabras fueran algo sólido y contundente—. Lo deletrearé. Debí comprender que tu formidable cerebro es incapaz de entender el lenguaje corriente. Necesitas una sinopsis. ¡Maldición! Lo que necesitas es una niñera.

»Gerald Ballwin volvió a casa y Dafne —ante testigos, desde luego—, emitió arrullos sobre la maravilla que había ocurrido: se publicarían fotografía suyas en todas las revistas recomendando una excelente pasta de anchoas, con la que iba a preparar algunas tapas

a fin de que su marido la probase.

»En efecto, las ofreció en una bandeja. Tomó una y entregó otra al infeliz. A continuación se puso a edificar castillos en el aire sobre la base de las fotografías, loca de alegría a causa de tus embustes.

»Una mujer sensata no se lo habría tragado, pero bastó para engañar a Gerald Ballwin, por lo menos antes de que tuviera la posibilidad de reflexionar, mientras Dafne repetía en todos los tonos que siempre aseguró que daba resultado ser una buena y amable ama de casa y que su personalidad comenzaba a rendir beneficios. Había logrado lo que tanto soñara y por lo que tanto trabajara. Era famosa como *joven dama de la buena sociedad*.

»Entretanto, el alcornoque de su marido le sonreía por encima de la pasta de anchoas. Tomaron un combinado. Gerald estudió los tubos de pasta, los probó y elogió. Al cabo de un rato se puso verde: le dolía el estómago. Indudablemente, uno de los tubos estaba en malas condiciones. Su mujer llamó al médico y describió los síntomas. El matasanos le aseguró que sufría una intoxicación; le dio unas órdenes médicas, le aconsejó que guardase el tubo como prueba, porque debía haber sido falsificado y que el gusto disimulaba el hecho, etc.

—¿Qué ocurrió a continuación? —pregunté atajando sus sarcasmos.

—Carlota Hanford, que había estado comiendo con ellos, telefoneó a otro médico, le dijo que Gerald Ballwin había sido envenenado, pidió una ambulancia, llamó a la policía y armó un jaleo enorme, con el que consiguió que Ballwin llegara a tiempo al hospital. Quizá se salve. Le están lavando el estómago y haciendo otras porquerías.

Fruncí el entrecejo.

—¿Carlota llamó a la policía?

—Exacto.

—¿Y la señora Ballwin?

—Se largó —contestó acusadora Berta—. Tomó las de Villadiego.

—¿Cuándo?

—Por lo visto cuando Carlota notificó a la policía que Gerald había sido envenenado. Comprendió que había fracasado y abandonó la casa.

Me pellizqué, reflexivo, el lóbulo de la oreja.

—¿La busca la policía?

—Eso tengo entendido. Probablemente encontrarán una tonelada de veneno en sus tarros de crema de tocador —condescendió a explicar Berta, y volvió a la carga—. Lo importante es que nos contrataron para impedir lo que ha sucedido y no hemos conseguido más que anticiparlo. Incluso proporcionamos la pasta de anchoas y… y supongo que la cargaste a la lista de gastos.

—Claro.

Berta exhaló un gemido desgarrada.

—Eso es lo malo en ti. En lugar de adquirir un tubo, le regalaste dos docenas. Cuando tenemos dinero empiezas a gastarlo como si las calles estuvieran pavimentadas de oro; lo echas a los pájaros, a la basura y hasta lo quemas.

—Aún no lo sabe todo —afirmé—. El Coche de la agencia sufrió un accidente.

—Está asegurado, gracias a Dios.

—La mujer con quien choqué no presentará reclamaciones —continué con sangre fría ilógica dadas las circunstancias—. Le pagué cincuenta dólares de nuestro bolsillo.

La silla de Berta crujió amenazadora al librarse del peso de su propietaria.

—¿Cómo?

—Lo que oye: le entregué cincuenta dótales —repetí innecesariamente.

—¿Por qué?

—Porque planeé el accidente. Creí que tal vez estuviera relacionada con el caso y quise abordarla sin despertar sospechas. Conduje de modo que aplasté la delantera de su coche. Como no podía utilizarlo, yo…

—¡Muerte y condenación! —aulló Berta, arrancándose la colilla de los labios y lanzándola a través de la estancia—. No sólo lo hace todo de la forma más costosa, sino que, aunque estamos asegurados, derrocha cincuenta dólares. ¿Conque no encontraste otro sistema de conocer a esa chica más que chocando con ella? —preguntó con mordacidad—. ¡Cielo santo! Ve por la calle con los ojos abiertos. Todas las noches nacen diecisiete millones doscientas ochenta y seis mil cuatrocientas noventa y una parejas. Ve a cualquier baile y, si

no te acompaña una joven, te presentarán una envuelta en papel de seda, con un lacito, en menos de diez segundos. Toca el claxon junto a las aceras y tendrás el auto lleno de mozas en un santiamén, a pesar de los crímenes y violaciones de los últimos días. Quítate el sombrero sonriendo y pregunta a una muchacha dónde cae la calle Veinticinco y Broadway y ella te echará una mirada y te dirá: «Voy en esa dirección. Si no le importa acompañarme, le dejaré en el sitio preciso».

»Hay millones y millones de métodos de abordar a las mujeres, pero tú los rechazas. Aspiras a ser original. Tu mollera tiene que inventar algo extraordinario. Y se te ocurre emplear uno consistente en estropear un auto y en desprenderte de cincuenta dólares ¿Has gastado más dinero?

—Dos hombres se encargan de vigilar a Dafne.

—¿Sí? —gritó Berta cayendo en su silla—. Y no trabajan gratis. *Dos*, precisamente.

Los dedos de Berta se crisparon.

—Uno de día y otro de noche.

—Pues debemos felicitarnos de que, gracias a tus esfuerzos, el envenenamiento se haya anticipado —suspiró—. De no ser así correríamos a la bancarrota. Si la señora Ballwin hubiera esperado hasta mañana, hubieras conseguido transferir los doscientos cincuenta dólares a los bolsillos de nuestros conciudadanos, cediéndome el cuidado de descubrir el medio de pagar el alquiler y los empleados.

—¿Qué hay de Wilmont Mariville, el mayordomo? —indagué.

—¿Qué ha de haber? —tronó Berta.

—¿Sirvió las tapas?

—Pues no lo sé. Supongo que sí —contestó desconcertada—. ¿No es esa la obligación de los mayordomos?

Opté por no responder a la pregunta y proseguí:

—¿Cómo está Carlota?

—¿Cómo está? Tuviste la suerte de no hallarte aquí para enterarte de su estado. Dijo algunas cosas sublimes sobre ti. En el interior del auto, como un personaje, le elogiaste sus piernas, le diste coba, aseguraste que habías amanillado psicológicamente a la señora Ballwin, que no podría hacer nada hasta que se tomasen las fotos… cuando, en realidad, adelantabas el envenenamiento e

incluías en la cuenta de gastos la pasta que sirvió para llevarlo cabo. Es estupendo. No… ¡Dios mío! ¿Quién será ahora?

Alguien aporreaba con fuerza la entrada de la oficina.

—Será otra vez Carlota Hanford —continuó Berta—. Permitiré que entre para que se las entienda contigo. Estoy harta de escudarte. No volveré a explicarle que ocurrió lo imprevisto, porque ella no nos lo contó todo.

Algo se me fundió en el pecho.

—¿Hizo eso? ¿De veras? —pregunté.

La puerta exterior tornó a sufrir el vapuleo.

—Claro que sí —exclamó Berta con altivez—. Te regañaré, pero no permito que una mocosa se ría de la agencia. Le puse los puntos sobre las íes. Le dije que sabía de sobra que tú no hubieses fallado en lo que te proponías si ella no nos hubiera ocultado algunos detalles. La puse a la defensiva y… Querido, averigua quién nos estropea la puerta.

—Juraría que es la policía —la avisé.

—Me tiene sin cuidado, aunque sea el rey de Inglaterra —replicó Berta con dignidad—. Pagamos el alquiler de esta oficina y ese salvaje la está haciendo añicos.

Crucé la antesala y entreabrí la puerta.

—¿A qué viene ese alboroto? —indagué.

El sargento Frank Sellers apoyó todo su peso en la entrada, exclamando:

—¡Vaya! ¡Si es mi amigo Donald! ¿Cómo está, muchacho?

Preparé mi mano para recibir su demoledor apretón.

—¿Dónde está Berta? —agregó.

—Ahí dentro —le informé, contándome los dedos.

—Me alegro. Hace mucho que no los veo. ¿Cómo les va?

—A pedir de boca. Pase. ¿Se trata de una visita oficial?

Sellers se echó el sombrero hacia atrás y me lanzó una mirada dolorida.

—¿Así se trata a un viejo amigo? Vengo a charlar con usted y empieza a mostrarse antipático.

—¿Quién es, Donald? —gritó Berta desde el otro lado de la puerta de su despacho.

—Respóndale usted mismo —invité a Sellers.

El sargento atravesó la habitación y abrió el despacho.

—¡Hola, Berta!

—¡Caramba, caramba! —sonrió Berta.

—¿Cómo marchan las cosas? —se interesó Sellers.

Ocupó la butaca de los clientes y, colocando los pies sobre el escritorio, sacó un cigarro de su bolsillo.

—¿No ha mejorado su educación desde la ultima vez que nos vimos? —le amonestó Berta, mimosa.

—Entiendo. El sombrero —rió Sellers—. Casi lo había olvidado.

Se destocó, pasándose los dedos por su cabello espeso y lacio, me guiñó un ojo y raspó una cerilla contra la suela de su enorme zapato.

—¿Y la salud, Berta?

—Por lo que le atañe, podría haber muerto hace seis semanas —se quejó Berta—. ¿Cuál es el motivo de su repentino interés?

—A decir verdad, me refería al estado de los negocios —aclaró Sellers burlón—. Como la conozco bien, sé que primordialmente le importan los billetes y lo demás permanece en segundo término.

—¡Váyase al infierno! —chilló Berta, pero sus ojillos chispeaban de placer.

Sellers la examinó con aire de aprobación.

—Berta, cuando se decida a abandonar los negocios y trabajar para el Estado, será una matrona espléndida. En serio. Tiene experiencia, sabe dar consejos y, en caso de apuro, es capaz de emplear los puños.

—¡Desde luego! —admitió Berta.

—Pues… hace más de una semana que me propongo hacerles una visita —dijo Sellers—, pero ya saben cómo son las cosas. Tenemos mucho trabajo. Cuanto más aprisa cazamos criminales, tanto más rápidamente aumenta su número. Es como querer vaciar el mar. Las cárceles están llenas; si deseamos meter diez hombres entre rejas, debemos dar libertad a otros diez.

—Bonita hora de hacer visitas de cumplido —comentó Berta.

—No se impaciente, muchacha. Decía que hace una semana que intento verlos. Entonces ocurre lo de Ballwin y, como por lo visto ustedes se relacionan con él, capitán me dice: «Frank, tú conoces y te entiendes bien con ellos. ¿Por qué no vas a enterarte de lo sucedido? No seas severo ni amenaces. Sé cortés y formula preguntas. Sabemos que cooperarán con nosotros».

Berta me echó una mirada, sin hablar.

Yo encendí un cigarrillo.

Evidentemente, el silencio desagradó a Sellers. Se quitó el cigarro de la boca y contempló el techo con las manos cruzadas en la nuca.

—Yo creo que el capitán envejece —dijo—; ya conocen estos asuntos. No tratamos con guante blanco a la mayoría de las agencias. Tienen la obligación de ayudar a la policía llegado el caso. Les apretamos las tuercas cuando no se apresuran a poner las cartas sobre la mesa en cuanto hay algo podrido. Pero el capitán me ordena que sea amable y suave con ustedes.

Ninguno de nosotros dos hizo comentarios.

—Por consiguiente, ¿cuál es la situación en lo que respecta a Ballwin? —agregó Sellers, apartando los ojos del techo para clavarlos en Berta.

Ésta me señaló con un movimiento de cabeza.

—Donald tiene la palabra. Yo sólo percibo el dinero.

Los glaciales ojos del sargento me buscaron. Sus pupilas, bajo sus hirsutas cejas, tenían un brillo profesional.

—Adelante, Donald.

—Reserve esa mirada perforadora para los criminales, sargento —me reí.

Alejó el cigarro de su boca a fin de lanzar una bocanada de humo.

—¡Oh, no tiene importancia, Donald! —exclamó—. Hago ejercicios con usted, porque quizá concluya en un calabozo. Hable. Empiece por el principio y no se olvide.

—Una mujer compareció en la oficina —referí—. Deseaba que interviniésemos en los sucesos de la causa Ballwin. Cobré doscientos cincuenta dólares, o, mejor dicho, los cobró Berta, y comencé las pesquisas.

—¿Qué hizo? —preguntó Sellers.

—Hice seguir a la señora Ballwin para ver lo que llevaba entre manos y luego imaginé el medio de entrar en la casa.

—Ésa es la razón de que comprase la pasta de anchoas —continué—. Pensé que daría resultado la estratagema de tomar fotografías para una campaña publicitaria.

—Entonces, ¿adquirió la pasta de anchoas? —puntualizó Sellers.

—Sí.

—¿Dónde? —especificó el sargento.

—En una charcutería de la calle Cinco.

—¿Cómo se llama?

—Lo ignoro, pero podría volver a ella. No era muy grande.

Sellers se rodeó en un halo de humo.

—¿Y por qué la pasta de anchoas? —curioseó.

—Le confieso que busqué algo que ella no pudiera comprobar. De momento pensé en comprar algunas cremas faciales en una perfumería. Pero lo malo es que esos fabricantes son de fácil acceso. Nadie, en cambio, había pensado anunciar la pasta de anchoas por ese procedimiento, y al ver los tubos en la charcutería se me ocurrió que el método resultaba excelente.

—¿No me engaña? —masculló Sellers.

—No.

—¿No buscaba deliberadamente algo que pudiera servirse en galletas mezclado con arsénico?

—¿Cree que estoy complicado en el envenenamiento? —sonreí.

—Sólo pretendía cerciorarme —farfulló Sellers.

—Le he dicho la verdad.

—¿No pudieron sustituir la pasta? —prosiguió el sargento.

—¿Cómo?

—Si alguien sabía que compraría pasta de anchoas…

Le interrumpí negando con la cabeza.

—¿No le sugirieron esa idea? Reflexione con cuidado —me aconsejó Sellers—. No sería extraño que alguien le viniese con el cuento de que sería posible entrar en la casa con un pretexto de ese género y mencionase de paso la pasta de anchoas. Tal vez sucediera la semana pasada y la insinuación prendiese en su espíritu…

—Nones —repliqué con acento definitivo.

—No lo comprendo —reconoció Sellers.

—¡Qué diablos! Es uno de los rasgos típicos de Donald —intervino Berta—. A nadie se le hubiera ocurrido. Lleva su firma.

—Desde luego —admitió Sellers—. Después, esta misma tarde, visitó a la señora Ballwin con esa patraña y la caja de pasta, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Piensa que la engañó?

—Lo creí entonces.

—Opino que fue más lista que usted —se regocijó Sellers—. ¿Quién es la mujer que aflojó doscientos cincuenta dólares?

Sacudí la cabeza.

—No podemos divulgar los nombres de nuestros clientes.

—Será mejor que coopere con la policía —me recordó Sellers—. No jugamos a los acertijos. Se trata de un asesinato.

—¿Asesinato? —repetí con acento de duda.

—Bueno… No ha muerto todavía, pero… nunca se sabe cómo terminan los envenenamientos.

—¿Está convencido de que lo fue?

Sellers afirmó con la cabeza y respondió:

—Del todo. Ese sujeto engulló galletas saladas, pasta de anchoas y arsénico. Los laboratorios de la policía han examinado el contenido de su estómago.

—Pudieron emplear otro procedimiento para envenenarlo —objeté.

—Claro. ¿Cómo nos atreveremos a jurarlo? —profirió Sellers sarcástico—. La víctima quizá tenía el hábito de morderse las uñas, y la manicura, cuándo esta tarde se las arregló, las espolvoreó de arsénico para que sufriera retortijones en cuanto les hincara el cliente. O tal vez llenaron de arsénico un tubo de pasta.

—¿La han analizado? —indagué.

Sellers me miró con piedad.

—Bueno, bueno. Sólo quería saberlo —me excusé.

El sargento aplicó una cerilla encendida a su cigarro hasta que tiró satisfactoriamente y volvió al ataque.

—¿Dijo que había hecho seguir a la señora Ballwin?

—¿Adónde fue?

—Al dentista y a diversas tiendas. Eso es todo.

Sellers no se desanimó.

—¿No se detuvo en una farmacia?

—Es posible. Podremos consultar al hombre que la seguía, se limitó a decir que había ido de compras.

—Deme el nombre de ese individuo. Más tarde hablaré con él —ordenó Sellers.

—No tengo nada que oponer —repuse—. Se llama Sam Dawson. ¿Le conoce?

—No le recuerdo de momento. Le interrogaré después. ¿Quién es el dentista?

—El doctor
Jorge L
. Quay, Edificio Pawkette.

Sellers sacó su cuaderno y apuntó los nombres y las señas.

—¿Cuándo terminó el turno de Dawson?

—A las cinco. Informó a las cinco y media —contesté en tono oficial.

—¿No habrá salido la mujer después de esa hora?

—De noche la vigila otro hombre.

Sellers me miró con fijeza, exclamando:

—¡Ah! ¿Tan importante era?

Me encogí de hombros.

—Pues no creí que el asunto se prolongase más de dos o tres días. Me interesaba saber si tenía algún lío amoroso.

—Ya, comprendo. De aquí que apostara otro auxiliar.

—En efecto.

—Desde las cinco hasta… ¿hasta cuándo? —insistió el sargento.

—Hasta medianoche —respondí—. Los turnos son más breves por tratarse del primer día. Mañana Dawson comienza a las ocho hasta las cuatro de la tarde; y el de noche desde esa hora hasta las doce.

—¿Y desde entonces hasta las ocho?

—Supuse que no le pasaría nada al marido durante esas horas.

Sellers bostezó.

—Donald consigue que todos los casos sean sencillos —dijo a Berta—. Tira una pelota con efecto diciendo que lo hace directamente y sin malicia, y, cuando se le acusa, perjura que el viento tuvo la culpa, porque él la lanzó en línea recta.

—Si cree tener gracia, se equivoca —repliqué.

—No lo creo —repuso Sellers—. Tendrá que dar bastantes explicaciones. La señora Ballwin combinó el arsénico y la pasta de anchoas ante sus propias narices.

—Sea sensato —rogué—. No podía estar junto a Gerald Ballwin probando químicamente cuanto se metía en la boca. Hice lo que pude.

—Naturalmente. Le era imposible predecir lo que ocurriría —me

aplacó Sellers—. Me pongo en su sitio, Donald, pero el capitán es muy curioso. Se pregunta cómo logró introducir la pasta de anchoas. Yo lo entiendo por lo que me ha contado, pero no sé si conseguiré hacérselo comprender. La señora Ballwin necesitaba algo con que llenar de veneno el estómago hambriento y vacío de su esposo. Según pienso, el arsénico trabaja con mayor rapidez y eficiencia en tales condiciones. Si lo hubiera echado en la sopa o en el primer plato, sobre los que se agregaría la cena, hubiera necesitado mucho más arsénico. Entonces no habría resultado fácil, porque Ballwin tal vez hubiese vomitado. Pero antes de comer, con el estómago desembarazado, basta una dosis concentrada para surtir efecto. Y esa pasta fue una verdadera inspiración. Tiene un sabor fuerte capaz de disimular un kilo de arsénico.

—Imaginaba que era insípido.

—El arsénico varía —aclaró Sellers—. Algunas personas al tragar un manjar envenenado con él se han quejado de un gusto ardiente, pero si yo deseara emponzoñar a alguien sin riesgo emplearía el inocente método que sigue: una apetitosa galleta salada, arsénico con pasta de anchoas y un buen apetito. Es una combinación infalible.

—Bueno, bueno; no discutamos más —me rendí.

—Tiene usted razón —convino Sellers—. El hombre que vigilaba a la señora Ballwin esta noche debió de dormirse.

—¿Por qué?

—Porque ella se marchó y…

—¡Alto! —intercalé—. No esté tan seguro. Quizá la haya seguido, sin tener la ocasión de informarme.

Sellers retiró las manos de su nuca y se incorporó en la butaca.

—Hijo mío, eso es formidable —elogió con énfasis—. Si su hombre no ha perdido de vista a la señora Ballwin, el capitán le dará un beso en la frente. ¡Rayos! Incluso si le burla, podrá decirnos lo que hace, qué medios emplea, si se ha dirigido al aeródromo, si va en coche, si ha tomado el autobús o ha ido a la estación. Eso nos sería de gran ayuda.

—No se mueva de aquí —le recomendé—. Nos informará tarde o temprano.

—Aunque, si vio llegar la ambulancia y los guardias —objetó Sellers—, tal vez se marchó a su casa.

—Éste no —aseguré—. Es bueno, veterano en el oficio. Cuando se le asigna la vigilancia de una persona, no se da nunca por vencido. Nos avisará cuando termine. ¿Hubo mucha actividad en la mansión de los Ballwin, Sellers?

—Apenas —me contestó el sargento—. Carlota Hanford, la secretaria de Dafne, telefoneó a la policía. Por lo visto la señora Ballwin había avisado a un médico, describiéndole todos los síntomas, y el galeno diagnosticó una intoxicación. Prescribió por teléfono un tratamiento adecuado en los casos de dolencia por comida en mal estado. Pero Carlota sabía de qué se trataba. Llamó a otro médico ordenándole que acudiera con urgencia, pues era un caso de envenenamiento por arsénico, después pidió una ambulancia y luego reclamó la presencia de la policía. Esa chica hizo una porción de cosas como un relámpago. Si Ballwin se salva, lo deberá a su rapidez mental y a su determinación. No se anduvo por las ramas. Fue derecha al grano.

Me froté la barbilla.

—¿Dijo que era un caso de envenenamiento por arsénico?

—Sí.

—¿Y fue verdad?

—Sí.

Enarqué las cejas y pregunté con blandura:

—¡Qué casualidad!

—Opino lo mismo. No se preocupe, Donald. Los policías no somos tontos —sonrió Sellers.

—¿Y el mayordomo? —proseguí respondiendo a su sonrisa.

—Sirvió las galletas, pero, según creo, la señora Ballwin se encargó de prepararlas —indicó Sellers—. Ballwin se cuidaba de los combinados. Tenía las manos ocupadas por el batidor. Su mujer le hizo abrir la boca y le metió una galleta en ella; después tomó una para sí. El mayordomo depositó la bandeja en una mesa y se marchó a echar un vistazo a la cena.

—¿Estaba presente Carlota? —inquirí.

—Sí, lo estaba. Tal vez Ballwin deba la vida a su presencia y a su modo de reaccionar.

—¿Comió galletas Carlota?

—Sí —gruñó Sellers.

—¿Se encuentra mal?

—No. No olvide que la señora Ballwin entregó a su maridito la que quería.

—¿Qué opina del mayordomo, sargento?

—Detesta su oficio, pero acaso espere llenarse el bolsillo. Confíe en nosotros, Donald. No somos tan tontos.

—¿Qué pasó después de telefonear Carlota?

—Creó una conmoción. Mientras telefoneaba, Dafne Ballwin comprendió que peligraba y desapareció.

—Pues no… —comencé a decir.

El teléfono sonó agudamente. Berta lo apartó de sí.

—Será mejor que responda —aconsejó Sellers—. Saben que estoy aquí y, por otra parte, tal vez sea su hombre a punto de informar sobre Dafne. ¡Eso sería colosal!

Berta levantó el aparato.

—¿Diga? —escuchó y mandó—: Un segundo; no se retire.

Hizo una señal al sargento.

—Para usted, Frank.

El teléfono pasó a la manaza de Sellers.

—Hable. ¿A quién han matado?

Escuchó un rato. Su rostro se enfoscó al mirarme. Por ultimo cortó la comunicación.

—Donald, uno de mis detectives dice que ha descubierto un hombre ante la casa. Quiso despedirle, pero él le mostró sus credenciales y aseguró que trabajaba para usted.

—Entonces es que no se ha movido —comenté.

—Y la señora Ballwin se le ha escurrido entre los dedos —agregó el sargento desdeñoso—. ¿Qué hago? ¿Le mando a la cama?

—Se negará, a no ser que se lo ordenemos Berta y yo —contesté sonriendo—. Es un ardid muy viejo el de querer despedirlos. Como ya le he dicho, es un veterano. No se apartará un palmo.

—Pues ella se le escapó.

—Seguramente se fue por la parte de atrás. De todos modos, ese hombre no tiene un pelo de tonto. Vamos a hablar con él, Frank.

—No tengo nada que oponer —accedió Sellers—. Después quiero interrogar al que siguió a la señora Ballwin por las tiendas. Reconozco que sus hombres pueden ser muy útiles, Donald. Si entró en una droguería o farmacia, lo sabremos. En marcha.

—Le acompañaré en mi coche —respondió—. Deseo volver aquí.

—Yo le traeré —prometió el sargento—. No quiero retrasarme precediéndole a través del tráfico. Mi sirena nos abrirá paso. Vamos, vamos.

—Te esperaré en la oficina, Donald —indicó Berta ya amansada —. Llámame en cuanto lo hayas aclarado lodo.

—Muy bien —contesté—. Adelante, Frank.

capítulo siete

JIM Fordney, mi ayudante de noche, era un veterano espléndido. Nada le cogía desprevenido, nada alteraba la tersa superficie de su calma.

Se cuenta que cierta vez él y otro individuo perseguían a una mujer por una acera cuajada de personas, unos pasos detrás de ella y a uno y otro lado. De improviso la mujer desapareció, se volatilizó. Su compañero perdió la cabeza. Fordney retrocedió al sitio en que la mujer se había esfumado e investigó concienzudamente. Por último pisó la cubierta de una carbonera.

Así descubrió que la vigilada había plantado el pie en ella y, rodando por la especie de tobogán que servía para lanzar el carbón, yacía en los montones de éste sin sentido, y con un tobillo roto.

Fordney avisó al gerente del edificio, buscó una ambulancia con la que llevó a la mujer al hospital, frente al cual montó guardia a pesar de que la desventurada tenía un tobillo astillado.

Es posible dudar de la veracidad de la anécdota, aunque bien pudo suceder. Era un rasgo típico de Fordney.

El arrugado rostro de Fordney se contrajo en una sonrisa al vernos llegar a Sellers y a mí.

—Pensé que tal vez vendría —me explicó—. Me proponía informarle, pero temí que esa señora huyese durante mi ausencia.

—Ya ha huido —afirmó Sellers.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a Fordney que parecía no haber oído al sargento.

—Tengo anotada la hora en que se presentó la ambulancia y la de la aparición de la policía. Hace un momento vino uno de ellos a mandarme que me fuese, pero me negué a moverme.

—Según parece, la Ballwin le dio el esquinazo, Fordney —dije.

Fordney lo negó.

—Habrá salido por la fachada posterior —insinué.

—¿Saltando una tapia de dos metros y medio? —rió Fordney.

—Quizá salió por la puerta.

—No; lo hubiera visto —objetó Fordney—. Desde aquí puedo vigilar la entrada de esa tapia.

—Tal vez apartase los ojos de ella un par de minutos.

Fordney sacudió lentamente la cabeza.

—Mis ojos están adiestrados para ver cualquier movimiento.

Me volví hacia Sellers.

—¿Está seguro de que se marchó?

—¡Claro! —exclamó el sargento—. Tenemos las llaves de la casa de Gerald Ballwin y mis hombres están ahora allá.

—¿La han registrado bien? —indagó Fordney.

Sellers le estudió pensativo. Se dispuso a decir algo, pero se contuvo.

—Echemos una ojeada, Frank, no más para cumplir con el expediente —propuse.

—Preguntaremos a los muchachos —contestó el sargento—. Vamos.

Fordney se acomodó en el automóvil.

—¿Desea que espere? —inquirió.

—Sí —contesté.

—¡Diablos! ¿Por qué? —chilló Sellers.

No le dije nada.

Cruzamos la calle hacia la escalinata de la casa. Un agente de paisano estaba a la puerta. La abrió Sellers.

—Hola, sargento. Pase.

—¿Cómo os va? —preguntó Sellers.

—Aún no hemos encontrado nada. Sólo somos dos.

—Está bien —dijo el sargento—. Daremos una vuelta por las habitaciones.

Entramos en la sala de estar en la que había hablado con la señora Ballwin aquel mismo día y recorrimos el comedor y el *office* antes de llegar a la cocina.

El otro agente registraba la despensa.

—¿Has descubierto algo? —quiso saber Sellers.

—Nada, sargento. Pero sigo buscando.

—A ver si encuentras un azucarero de repuesto o algo por el

estilo —aconsejó Sellers—. Uno de los mejores modos de esconder una cosa es ponerla a la vista de todo el mundo.

—No paso nada por alto —repuso el agente—. Incluso compruebo el contenido de estos botecitos: pimienta, pimentón, nuez moscada y otros condimentos.

—Muy bien. ¿Estuviste en el piso?

—Sí, hemos recorrido todo el edificio. Después bajé a registrar más detenidamente.

—¿No hay nadie?

—Ni un alma.

Sellers me miró.

—¿Han estado en el sótano? —pregunté.

El policía se volvió hacia mí con escasa cordialidad, reforzada por un barniz de insolencia.

—Sí —contestó con sequedad.

—Repasemos, por si acaso —recomendé a Sellers.

—Desde luego, me proponía hacerlo.

El detective tornó a contemplarme con frialdad disgustado por el pensamiento de que yo insinuaba que la búsqueda había sido eficiente.

—¿Y la servidumbre? —indagué.

—Había tres personas —me contestó Sellers—; cocinera, criada y mayordomo. Los condujimos a la jefatura para interrogarlos. Estoy convencido de que no saben nada, pero no nos interesaba que anduvieran por la casa mientras buscábamos el veneno. Eso no es nada nuevo para usted. La lealtad mal entendida a veces obliga a los criados a estropear los indicios.

—Subamos al piso.

A través de la escalera llegamos a los dormitorios y cuartos de baño.

La primera alcoba contenía prendas masculinas. Indiscutiblemente era el de Gerald Ballwin. Tenía dos grandes roperos y un baño. Estaba cerrada la puerta que daba a otro dormitorio.

Encontramos el de la señora Ballwin inmediatamente después. Había otro ropero, un tocador y luego el baño, que a su vez comunicaba con otro aposento contiguo, hacia el fondo de la casa.

Probé las puertas y examiné los distintos roperos. Después me

acerqué a la que estaba cerrada con llave.

—Comunica con la otra alcoba —me informó Sellers—. Es curioso que le hayan echado el cerrojo.

—Abrámosla —propuse.

—Está bien. ¿Por qué no?

Probó el tirador un par de veces.

—Por lo visto no está cerrada por este lado, sino por el otro —comenté—. Frank, ¿supone que no es ésta la puerta del dormitorio de Ballwin?

—Tiene que serlo —contestó el sargento—. Está en la porción delantera de la casa, exactamente antes de éste…

—Pero fíjese en la disposición de estos roperos —indiqué—. En el otro lado también los había. No creo que las habitaciones estén adyacentes. Comprobémoslo.

Recordé la situación de los roperos y las dimensiones de la casa. Medí a zancadas el corredor y penetré en el aposento de Ballwin, midiendo la distancia que me separaba de la puerta, cuyo tirador meneé en vano.

—La misma historia —dije—. Cerrada por dentro. Frank, entre los dos dormitorios hay un baño. Las dos puertas tienen el cerrojo corrido desde el interior.

Sellers me lanzó una mirada elocuente y su enorme mano me hizo retroceder.

—Apártese —ordenó.

Retrocedió tres metros, encogiendo el hombro y pegando el codo a su cuerpo, y se lanzó contra la puerta como un jugador de *rugby* embiste las líneas adversarias.

El tirador se desgajó con un crujido agudo y desgarrador.

Era el cuarto de baño. Una mujer reposaba desmadejada en el suelo, con el vestido revuelto. Su cara se aplastaba contra el pavimento; estaba despeinada. Con un brazo rodeaba la base del lavabo; tenía el otro alargado y sus dedos extendidos parecían querer arrancar las suaves y blancas baldosas octagonales.

El suelo estaba sucio. La mujer había sufrido un violento vómito antes de que su debilidad la desvaneciera.

Le cogí la muñeca. El pulso no palpitaba. La epidermis estaba pegajosa. Desde mi nueva situación me era posible ver sin obstáculos su cara. Era Dafne Ballwin.

El sargento Sellers soltó un interminable torrente de insultos dedicados en su mayoría a la estupidez del zoquete que no había descubierto el cuarto de baño intermedio.

Oí pasos precipitados en la escalera. Compareció el agente que registraba la cocina con el revólver empuñado. Sin duda había percibido el estruendo producido por Sellers al derribar la puerta y llegaba decidido a perforarme o a darme un culatazo, según las circunstancias.

Se quedó boquiabierto al ver el destrozo, y el baño y la figura yacente.

—¿Ha descubierto algo, sargento? —tartamudeó.

—¿Qué si he descubierto? —aulló Sellers—. Fíjate en esta mujer moribunda. Algunos de vosotros no debisteis jamás abandonar la vigilancia callejera. ¿Cómo no te diste cuenta de la existencia de este cuarto?

—¡Cielos! Sargento, creí que la puerta ponía en comunicación los dos dormitorios. Además estaba cerrada por ambos lados. Pensé que era prueba de que no se llevaban bien y que el fiscal desearía que no la tocásemos para demostrar que se habían peleado.

—¿Cómo está, Donald? —me preguntó Sellers, dando la espalda a su consternado subordinado.

—No le encuentro el pulso, pero respira —respondí—. Está casi tan fría como el suelo. No anda muy lejos de la muerte.

—¡Muévete! —gritó Sellers al detective—. Pide una ambulancia… No, se morirá si esperamos a que llegue. Llévala al automóvil y condúcela a un hospital inmediatamente. Haz que le laven el estómago. ¡Pronto! Di al médico que sufre envenenamiento por arsénico. ¡Métete eso en la mollera!

El policía enfundó lentamente el revólver.

Sellers se inclinó sobre Dafne y, pasando un brazo por debajo de sus piernas y otro por los hombros, la levantó sin el menor esfuerzo Una vez en la calle, cambió de pensamiento. En vez de ponerla en el auto de la patrulla la depositó en el suyo.

—Yo la transportaré al hospital —dijo a su subordinado por encima del hombro—. Continúa buscando el veneno en la casa. No dejes entrar a nadie bajo ningún pretexto, ¿entiendes?

—Sí, sargento.

Sellers volvió la cabeza para chillar:

—Procura hacer algo como Dios manda. Si esta mujer fallece, me veré en un aprieto. Si los periódicos saben lo ocurrido por tu conducta, te atizaré tan rápido y tan duro, que te preguntarás qué te ha golpeado.

Sellers acomodó a la mujer en el asiento y se volvió interrogador hacia mí que mantenía abierta la portezuela. Hice un ademán afirmativo y subí al coche para sostener a Dafne.

—Tendrá que aguantarla firme —me avisó Sellers, precipitándose hacia el volante.

Afirmé un pie contra el respaldo del asiento delantero.

Sellers puso el motor en marcha, dio suelta a la sirena y encendió el reflector rojo. Arrancó con tanto ímpetu, que fui lanzado hacia atrás.

El retrovisor me indicó que un coche trataba en vano de seguirnos.

Me había olvidado de despedir a Jim Fordney. Tenía orden de seguir a la señora Ballwin y hacía los posibles.

Pero hubiera dado igual que se hubiese quedado inmóvil.

El sargento Sellers fue en segunda durante dos travesías. Luego clavó la directa y rompió a correr como un rayo con la sirena reclamando paso y el reflector rojo parpadeando como una pupila diabólica. Volamos entre el tráfico, patinamos en los cruces, esquivamos y nos retorcimos, a medida que el tráfico se espesaba, por la dirección opuesta, entre las vías de los tranvías, los coches parados en las bocacalles y ante conductores alelados que no sabían qué hacer.

Conseguí mantenerme tieso, pero no logré impedir que la señora Ballwin estuviera quieta. Su cuerpo recorrió todo el asiento. No obstante, me las compuse para que no fuese a parar al suelo.

El auto frenó con un alarido frente a un dispensario. Abrí la portezuela y quise ayudar a Sellers poniendo a la inconsciente mujer de modo que pudiera sacarla sin dificultad.

Pero su hercúleo vigor hizo fútiles mis esfuerzos. Rodeó la cintura de Dafne con un brazo y tiró de ella. Corría por la acera antes de que yo me hubiese apeado.

Corrí con todas mis fuerzas para sujetar la puerta del dispensario.

—Ya está bien, Donald —me dijo—. Espéreme en el auto.

Le obedecí, sentándome junto al volante.

Un cuarto de hora después un coche doblaba la esquina y se detenía detrás de mí. Descendí, dirigiéndome hacia él.

Era Jim Fordney.

—He hecho lo posible —se excusó—. ¿Ya está ahí dentro?

Afirmé con la cabeza.

—Me encargó que esperara y…

—Ya no es necesario, Fordney —contesté—. Sin embargo, deseo que haga una cosa.

—¿Qué?

—No pierda el tiempo. Muchas farmacias y droguerías habrán cerrado, pero habrá algunas abiertas. Empiece a partir del Edificio Pawkette y recorra todas las del barrio. Oblígueles a enseñarle su registro. Apunte el nombre y la dirección de cuantos compraron arsénico desde la semana pasada.

—Bien —repuso y agregó después de meditar—: ¿Por qué no comienzo por la Avenida de Atwell cerca de la casa de Ballwin?

—No. Ante todo, no creo que descubra nada; además, la policía ya se habrá encargado de hacerlo. Me importa tener cuanto antes su informe. Dedíquese al vecindario del Edificio Pawkette. Si tiene dinero, puede usarlo para facilitar las cosas.

—Muy bien. ¿Le telefoneo mañana?

—Llámeme a la oficina dentro de una hora —le ordené.

—De acuerdo. Me marcho ahora mismo. ¿Sólo le interesa el arsénico?

—Sí. Preocúpese únicamente de él. No tendrá tiempo para más.

—¿Nada de veneno contra ratas o algo parecido? —insistió Fordney—. Ya sabe que esas sustancias suelen contenerlo…

—Tengo la corazonada de que se trata de arsénico puro —repuse —. La necesidad nos impide abarcar otras posibilidades. Quiero resultados, y pronto. Limítele al arsénico.

Murmurando una despedida, Fordney subió a su coche y le dio la vuelta en el centro de la calle, encaminándose hacia el barrio comercial.

Esperé impaciente otros veinte minutos a que Sellers reapareciese.

—Bueno, Donald, aquí nos separamos —me dijo el sargento, con el rostro severo.

—¡Qué diablos! Quise traer mi coche para no verme plantado de esta manera. ¿No me llevará a la oficina?

—No.

—¿Cómo está la Ballwin?

—Sería prematuro decirlo.

—¿Arsénico? —insistí, obstinándome en tirarle de la lengua.

—La han sometido a un tratamiento para combatirlo. Después de lavarle el estómago le han administrado no sé cuál disolución de hierro que se combinará con el veneno que quede, inutilizándolo.

—¿Ha recobrado el conocimiento?

—No sea preguntón —gruñó.

Me enseñó su amplia espalda y volvió al dispensario. Bajé de su automóvil y anduve hacia la parada de taxis más próxima.

capítulo ocho

BERTA Cool continuaba en la oficina. Entré gracias a mi llave. Tenía abierta la puerta de su despacho a fin de sorprenderme en cuanto llegase, temiendo, sin duda, que me encerrase en el mío sin explicarle las noticias frescas.

—¡Hola, Donald! —me saludó con el dulce acento que usaba cuando temía o deseaba conseguir algo.

—Hola, Berta.

—¿Qué descubriste, querido?

—A Dafne Ballwin encerrada en el cuarto de baño —contesté—. Se sintió mala, cerró las dos puertas y se desplomó al suelo sin sentido.

—¿Veneno?

—Según parece.

—¿El mismo que su marido?

—Ésa es la opinión general.

Berta sonrió, llena de afecto.

—Siéntate, Donald. Toma un cigarrillo. Háblame de Frank Sellers. ¿Está enfadado con nosotros?

—Hará bien en no estarlo —repuse, encendiendo una cerilla—. Encontré a Dafne. Sus hombres habían pasado por alto el cuarto de baño.

—¿Cómo es posible? —exclamó Berta.

—A causa de la disposición de las habitaciones. Los roperos son grandes y no es fácil advertir que el baño está entre las dos alcobas si no se calculan las medidas. No es sorprendente que fallasen. Les apuraba el anhelo de descubrir el veneno. Creían que encontrarían un azucarero lleno de arsénico o algo similar.

—Si la señora Ballwin fue envenenada, es tan víctima como su esposo.

—Ése es el pensamiento que atormenta al sargento Sellers —afirmé.

—¿Qué se propone? —indagó Berta.

—Por eso me mandó a casa: para evitar que yo lo supiera.

—¿Qué haremos nosotros?

—Anticiparnos a la policía, si podemos.

—¿Por qué?

—No lo sé —sonreí.

Berta se puso meliflua.

—En resumen, ya no tenemos nada que ver con el caso, ¿verdad?

—¿Lo cree así? —repliqué, exhalando un chorro de humo—. Recuerde que el veneno estaba, en apariencia, en el tubo de pasta de anchoas que regalé a la señora Ballwin.

—¡Pero no pretenderán que tú eres el envenenador! —protestó Berta.

—Ignoro lo que pretenderán. Depende de la cantidad de veneno y de lo que descubran. Si encuentran arsénico en el resto de los tubos nos hallaremos en un aprieto.

—¿Por qué?

—Imaginarán que quise hacer negocio…

—¿Envenenando a tus clientes? —gritó Berta.

—Administrándoles el veneno suficiente para que enfermasen. Pero la dosis fue excesiva. Es difícil de decir. No cerraremos el asunto hasta que sepamos más.

—Pues no gastes *más* dinero —me avisó Berta, con una mirada diamantina.

—Podemos aprovechar el del anticipo.

—No lo lograremos si tú le echas mano. Para ti un dólar es menos que un centavo para el presidente de un Banco. No comprendo cómo no cambias. Sigues…

Alguien llamaba a la puerta de la oficina. Los primeros golpes fueron discretos, pero a poco se convirtieron en auténticos puñetazos.

—¡En nombre del cielo! —se exasperó Berta—. ¿Será otro policía?… Precisamente cuando deseaba hablar contigo, Donald.

—¿De qué?

—¡Oh! De muchas cosas. Entérate de quién es.

Me levanté a abrir la puerta.

Carl Keetley, perfectamente afeitado, con el vestido planchado impecablemente, me sonreía.

—Vaya, vaya. El propio señor Lam —exclamó risueño—. Quiero hablar un poco más con usted de esos solares.

—Entre.

—¿Quién es? —chilló Berta.

—Un individuo que ansía venderme un terreno —repuse.

La silla de Berta emitió un crujido.

—¡Mándale a paseo! ¡Cáspita! Tengo que hablarte y desapareces para recibir a un sujeto escurridizo y embustero.

—Pase —indiqué a Keetley—. Quiero presentarle mi socia.

—Parece muy amistosa —rió Keetley, acompañándome hasta la puerta del despacho de Berta, en la que se inclinó.

Berta estaba encarnada. Sus ojillos duros y chispeantes tomaron la medida a Keetley.

—La señora Cool, mi simpática socia. El señor Keetley —dije—. Berta, aquí tiene a Carl Keetley.

—Me importa un pepino… —comenzó a decir Berta.

—Cuñado de Gerald Ballwin —añadí.

Berta tragó saliva y alargó de pronto su mano a Keetley por encima del escritorio.

—¿Se dedica al negocio de fincas, señor Keetley? —preguntó con acento encantador—. Rinde mucho estos días. La tierra es lo único que está a salvo de la inflación. Supongo que la gente comprará sin tasa. Pero si los precios son altos creo que se debe tomar en consideración el alza constante de los terrenos y el hecho de que la inflación puede descontarse.

Keetley le estrechó la diestra.

—Es un honor conocerla, señora Cool —dijo, y agregó con soltura—: mi opinión personal es que sólo los primos compran terrenos en la actualidad. Pero su dinero es tan bueno como el de cualquiera. ¿Qué tipo de fincas le interesa, señora Cool?

Berta farfulló un rato antes de que su lengua tomara impulso para escupir las palabras.

—¿Con quién cree que habla?

—Desde luego —prosiguió Keetley sin inmutarse—, si prefiere tratar con un hipócrita que miente porque le beneficia no ser veraz,

la dejaré satisfecha en ese aspecto. Después de todo, como usted ha indicado con tanta justeza, la tierra es una buena inversión. La gente habla del oro, pero el oro no significa nada, porque nada produce. No es más que un patrón de la riqueza convenido por las naciones. El hombre carece de él. Ahora bien, señora Cool, la tierra es muy distinta. Se obtienen cosas de ella y es más preciosa que el oro por su cualidad inherente de transformarse en propiedad privada. Y si usted quiere…

—¡Largo de aquí! —vociferó Berta, Cogí a Keetley del brazo.

—Ahora que conoce a mi socia, podremos charlar en mi despacho.

—Bueno —contestó Keetley, y se inclinó rígidamente—. Fue un verdadero placer, señora Cool. Consuela encontrar en la actualidad a una mujer que dice lo que piensa.

—Si lo hubiera dicho —tronó Berta— le arderían las orejas.

—Claro está —exclamó Keetley en son de despedida— que lo único que aumenta el precio de los terrenos es la ansiedad de los compradores por adquirir algo que esté a salvo de la inflación. Hasta ahora no han experimentado la subida de coste que se manifiesta en los demás artículos. El suyo es lógico, debido a la demanda. No conseguiremos buenos precios en las fincas hasta que la inflación se insinúe en ellos. Sin embargo, podremos hablar en un momento en que no esté ocupada, señora Cool. Repito: encantado de conocerla. Buenas noches.

—¡Váyase al infierno! —gruñó Berta—. Donald, quiero hablarte. No…

—Tal vez el señor Keetley nos visite con el propósito de contratarnos —repuse—. Según entiendo, sus actividades en el negocio de fincas no son más que una ramificación.

Berta tragó aire dos veces y, por fin logró sonreír.

—No me haga caso. A veces soy algo grosera.

—¿Sí? —exclamó Keetley, y en su voz sonó un agradable y educado tono de sorpresa.

—De sobra lo sabe —aseguró Berta—, pero obtenemos resultados. Donald tiene sesos y yo soy un tanque cuando nos importa barrer las cosas que se oponen a nuestro paso. Si desea que investiguemos…

—Yo hablaré con él, Berta —atajé tirando del brazo de Keetley.

Berta sonrió heroicamente cuando salimos de su despacho.

En cuanto estuvimos en el mío, cerré la puerta. Keetley se sentó. Yo ocupé una esquina de mi escritorio.

—¿Qué ha sucedido? —disparó Keetley.

—¿Qué sabe? —repliqué.

—Nada. Pero me importa que ustedes lo averigüen.

—Hay varias agencias estupendas en esta ciudad —contesté—. Ésta no es una de ellas.

—¿Puede aceptar una oferta?

Sonreí y repuse deliberadamente:

—No dudo que su cuñado le servirá de garantía.

Keetley introdujo su mano recién manicurada en el interior de su chaqueta y la sacó apretando un inverosímil fajo de billetes.

—Mi garantía es dinero al contado, en papel verdoso emitido por los Estados Unidos. ¿Quiere trabajar para mí o no?

—Debemos hablar primero.

—Tiene la palabra.

—Renuncio a ella hasta que usted hable.

—Debería saber cuál es mi posición —rezongó Keetley.

—¿Cuál es?

—Me encuentro en el mismo centro de un estupendo lío.

—¿No será más explícito?

—Creo que lo sabe todo ya, ¿no?

Negué con la cabeza.

—En cierta época de mi vida trabajé como un negro.

No hice ningún comentario.

—Temo que eso me estropeó. Me cansé de trabajar.

—¿Le da asco?

—Sí, si quiere expresarlo de ese modo. Pero —continuó Keetley — siempre consigo unos dólares, aunque a veces necesito un pequeño préstamo. Lo cual ocurre cuando me entrego a la bebida y me pongo a hacer disparates sin usar la sesera.

—Debe ser una vida estupenda, con la única molestia de buscar el dinero necesario para pagar los impuestos.

Me sonrió y le devolví la sonrisa.

—¿Un cigarrillo? —ofrecí.

—Gracias.

—Me parece que hay una botella en la oficina.

Juntó las manos, las crispó.

—No, no quiero probarlo… hasta la próxima vez.

—Por lo visto, ha rehecho su fortuna desde esta mañana.

—En efecto.

—En lo que a mí respecta, podemos seguir de la misma manera toda la noche —le informé.

—No me atosigue —me rogó Keetley—. Estoy buscando la forma de abordar la cuestión.

—No me haría ningún mal que pusiera las cartas sobre la mesa.

—Lo comprendo —declaró Keetley, y añadió para sí—: Pero lo malo es que eso carece de sentido estético. Me arrebata la ocasión de ser elegante —describió un amplio ademán—. Se necesita dinero para mantener esta oficina. Es muy acogedora. El mobiliario es estupendo, las habitaciones, impecables. Se salen de lo corriente.

—¿Y qué? —le espeté.

—Que alguien le pagará para que pueda interesarse en la adquisición de solares —respondió.

—Eso es obvio.

—Lo es.

—¿Bien?

—¿Le contrató Gerald?

Me limité a dedicarle la más amplia de mis sonrisas.

Keetley sacudió la cabeza con aire melancólico.

—Hijo mío, temo que habré de hacer algunas deducciones. Y eso me repugna.

—¿Por qué?

—¡Oh! Supone concentración y cierto gasto de energía. El que lo invierta en elegir el vencedor de una carrera saldrá ganando. Contratarles requiere dinero.

—¿Se ha concentrado mucho para deducirlo?

—Calle —me rogó—. Empiezo por los elementos básicos. Una empresa de primera categoría y otro tanto digo de las oficinas. Les cuesta un ojo de la cara. Alguien les alquila para que husmeen. No; detesto la palabra husmear, porque a usted le desagradará. Seamos diplomáticos. Alguien le ha contratado a fin de que investigue algo concerniente a la vida doméstica de Gerald Ballwin. No pudo ser Dafne, pues uno de sus hombres la seguía esta tarde. Gerald no necesitaba un detective. Le falta cerebro para buscar uno. Y, desde

luego, esta mañana usted no holgazaneaba en su despacho… Un momento. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué tiene?

—Todo el asunto —vociferó Keetley triunfalmente—. Usted no haraganeaba esta mañana. Gerald sabía que le visitaría y le animó a que fuese para que me pescase. ¿Me persiguió, Lam, para ver qué hacía después de recibir el dinero de mi cuñado?

No hice más que sonreír.

—¿Conque es eso? —masculló Keetley pensativo.

—¿Tiene algo que ocultar? —pregunté.

—No sea niño —gimió—. ¿Y quién no? Usted, su socio, todo el mundo se encuentra en esta situación. Más aún; no me agrada la idea de que alguien se entrometa en mi vida privada. ¿Qué intenta Gerald? ¿Acusarme de chantaje? Jamás extorsioné a nadie.

—Si ha salido de pesca, será mejor que cambie de cebo —le aconsejé.

Sonó el teléfono. Lo descolgué. Berta también se había puesto al aparato.

—Yo responderé, Berta —dije—. Creo que es para mí.

—Hola. Señor Lam, soy Fordney —me saludó mi imperturbable auxiliar.

—Hola, Fordney. ¿Qué hay?

—Quizá me exceda, Lam, pero el individuo que se dedicó a la señora Ballwin me dijo, cuando le relevé, que no había ido más que a la clínica del doctor
Jorge L
. Quay, Edificio Pawkette, y a continuación estuvo en algunas tiendas.

—Exacto.

—Estoy al teléfono de la farmacia Acme —prosiguió Fordney—. Acabo de consultar su registro…

—¿Es el primer establecimiento que visita?

—No, he recorrido cuatro o cinco. Éste… éste es el sexto.

—Muy bien. ¿Ha descubierto algo?

—Ya sabe usted que acostumbro a no perder un detalle cuando se trata de lograr información —me anunció Fordney.

—Lo sé. ¿Qué ha descubierto?

—Aquí tienen registrada una venta hecha a las dos de la tarde —

respondió Fordney con acento monótono—. Trióxido de arsénico, adquirido por Ruth Otis, enfermera de un dentista. Es lo único reciente que he encontrado en la última farmacia abierta del barrio. Si usted…

—Venga inmediatamente —mandé—. ¿Puede?

—Sí, claro.

—Tiene valor ese informe —añadí—. No se lo dé a nadie más.

—En seguida llego —contestó Fordney, y colgó el aparato.

Berta Cool había escuchado la conversación por el teléfono de su despacho.

—¿Quién es Ruth Otis? —preguntó belicosa.

—No mencione nombres —ordené.

—¿Esa Ruth Otis significa algo para ti? —insistió.

—No es la ocasión de discutir eso —respondí tajante.

—¿Por qué no?… ¡Ah, ya!… Bueno.

Cortó la comunicación.

—Muy misterioso, ¿eh? —rió Keetley—. Estupenda presentación.

—¿Cómo?

—Esas llamadas secretas que muestran su modo de trabajar… Bonita preparación. Presumo que su socia le llama desde su despacho y usted hace lo mismo cuando ella tiene un cliente.

—¿Cómo lo adivinó? —simulé asombrarme.

—¡Caramba! ¡No me diga que no fingían! —murmuró.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado teatral.

—¿Y por qué no puede serlo la vida?

—Pero no por mucho tiempo —contestó Keetley—. La vida es uniforme, monótona, rutinaria. Su ritmo es lento y el carácter humano no cambia rápidamente. Por consiguiente, la naturaleza imprime sus cambios gradualmente. Apuesto a que los individuos como usted, con un oficio emocionante y romántico, se aburren mortalmente.

—¿Otra vez de pesca?

—No, sólo comento.

—Adelante, pues.

Keetley sonrió pensativo.

—El mayordomo resulta interesante —dijo con indiferencia—. A

Dafne le encanta tenerlo cerca; le esclaviza. Él odia su empleo, pero no le importa conducir. ¿Sabe una cosa, Lam?

—No. ¿Qué? —respondí.

—Dafne se complace en obligarle a realizar las cosas que le repugnan. Ella es un gato, un enorme y salvaje gato humano, y él su ratón. Su pasión por Dafne le deja inerme. Es su esclavo, y de aquí que le guste torturarle.

—Creía que no entraba en la casa —dije.

Me miró especulativamente y exclamó ambiguo.

—¿Acaso voy a matar la gallina?

—¿Se refiere a la de los huevos de oro?

—¿Debo puntualizar tanto?

—A veces es útil.

—¿Para quién?

—Para mí.

Keetley hizo una mueca.

—Me parece que sería capaz de acusarme para proteger a su cliente. ¿No accedería a cobrar una prima por decirme lo que ha averiguado? Alto, Lam; no se enfade. Le dejaría representar a su cliente del modo que quisiera. Sólo deseo que trabaje para mí informándome de cuanto descubra. Necesito conocer las pruebas. ¿Puede hacerlo?

—No.

—¡Vaya! ¡Es usted íntegro! —se sorprendió.

—Me es imposible servir a la vez a dos señores.

—¿Cómo sabe que hay dos?

—No lo sé.

Keetley sonrió.

Llamaron a la entrada de la oficina. Berta corrió a ella, anticipándoseme. Sonó la voz de Fordney preguntando por mí.

—¿Quieres recibir a este sujeto? —me preguntó Berta desde el umbral.

Fordney curioseó por encima de su hombro.

—Bueno, me marcho —dijo Keetley, incorporándose—. Vine a charlar un rato.

—Buenas noches —saludó Fordney—. ¿Espero?

—No, entre —respondí—. El señor Fordney, el señor Keetley —presenté—. El señor Fordney me telefoneó hace unos minutos.

Usted creyó que era una comedia.

—¿En serio? —preguntó Keetley a mi hombre.

—En serio —sonrió Fordney.

—Ya ha encontrado lo que yo deseaba, Fordney —dije—. Con eso basta. Ahora le daré un cheque.

—Igual es —repuso Fordney—. Prepararé un recibo y mañana se lo traeré. Entonces…

—No, no; lo saldaremos ahora mismo —exclamé, abriendo el cajón de mi escritorio.

—Eso es irregular, Donald —intervino Berta—. Lo indicado es que presente su recibo y lo arre…

—Tal vez mañana no esté yo aquí —la interrumpí.

Coloqué el talonario de cheques en un ángulo de la mesa y escribí en uno de ellos: «Siga a este individuo. Baje ahora mismo a la calle y esté apercibido».

Firmé y sequé la rúbrica con parsimonia, y lo entregué a Fordney.

Noté que Keetley observaba a Fordney mientras lo leía, pero el rostro de éste no delató la impresión que le producía lo escrito. Se guardó el cheque en el bolsillo después de doblarlo.

—Muchas gracias, señor Lam —exclamó con fervor—. Llámenme en cuanto tengan ocupación para mí. Siempre hago lo posible para satisfacer a las agencias que me emplean.

—Ya lo sé, Fordney —respondí.

Mi ayudante se despidió de Keetley con una indiferente fórmula de cortesía.

Una vez hubo salido, Keetley se encaró conmigo admirado.

—¡Atiza! Empiezo a convencerme de que son ustedes honrados. Ese individuo le telefoneó. ¿Trabaja en este caso, Lam?

—No, en otro distinto —contesté con suma gravedad—. Un cliente desea averiguar si la luna es de queso verde; Fordney se encargó de prender unos cuantos rayos lunares en un papel atrapamoscas y los ha enviado a un laboratorio para que los analicen.

—¡Es formidable! —se entusiasmó Keetley—. También me ha dado que pensar eso. Pero le aseguro que el análisis químico no tendrá éxito si no coloca el atrapamoscas en una caja cubierta de papel de plata.

—Ya se me ocurrió —afirmé—. Teníamos la caja preparada.

—¿Se han vuelto locos? —chilló Berta.

—Se trata de una broma —la apaciguó Keetley—. El señor Lam y yo nos entendemos perfectamente, ¿verdad, señor Lam?

—Espero que usted me entienda —repuse.

—Lo consigo, le aseguro que lo consigo. Ahora, buenas noches —hizo una reverencia a Berta y me estrechó la mano—. Buenas noches. Me gustan ustedes dos mucho.

Le contemplamos mientras cruzaba la antesala. Cerró la puerta al salir al pasillo.

—¿Qué quería ese tipo? —presunto Berta.

—Dijo que hablarme de unos solares.

—¡Narices! ¿Qué quería?

—Enterarse de si trabajábamos aún en el caso de Ballwin ahora que ha sido envenenado, o si habíamos renunciado.

—¿Con cuál motivo? —indagó Berta.

Cogí mi sombrero.

—No puedo perder el tiempo en acertijos, Berta. Debo hacer varias cosas.

—¿Adónde vas, Donald?

—A dar una vuelta.

Berta permanecía inmóvil, con el rostro enrojecido y los ojos relampagueando de ira, cuando cerré la puerta.

capítulo nueve

COMO había supuesto, la entrada del edificio de la Avenida Lexington tenía una cerradura muy sencilla, que no requería gran destreza para abrirla.

Entré, pues, con facilidad y, por la escalera, llegué al corredor al fondo del cual se hallaban las habitaciones de Ruth Otis. Llamé con suavidad.

Aunque sonó un roce detrás de la delgada hoja de madera, no sucedió nada. Volví a llamar, empleando sólo la punta de los dedos.

—¿Quién es? —preguntó Ruth.

—Se trata de su automóvil.

—¿No lo remolcaron al garaje?

Di la callada por respuesta.

Entreabrió un poco. Me miró con cautela antes de demostrar su sorpresa.

—¡Señor Lam! —exclamó, disponiéndose a abrir, pero acabó por cerrar del todo—. No estoy vestida.

—Échese algo encima.

—No. ¿Para qué viene a verme?

—Es importante —afirmé con gravedad.

Pasaron unos segundos, que invirtió en reflexionar. Por fin me franqueó la entrada. Se había puesto una bata sobre el pijama. Enfundaba sus pies con unas zapatillas forradas de piel. Cerca de la silla que había ocupado, después de prepararse para acostarse, se veía un periódico. La cama, que de día se empotraba en la pared, estaba bajada y disminuía el ya exiguo espacio libre de la habitación. La silla colocada bajo la luz era la única utilizable. Las demás estaban adosadas a la pared a fin de dar cabida al lecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Ruth—. Creí que había quedado arreglado lo del automóvil.

—Siéntese, Ruth —ordené—. Deseo hablar con usted.

Me lanzó una veloz ojeada y se acomodó en el borde de la cama. Ocupé la silla, apartando un poco la lámpara.

—No le gusta Dafne Ballwin, ¿verdad? —empecé.

—¿Acaso dije eso? —esquivó.

—Por favor, no andemos por las ramas —supliqué—. Es importante. Necesito información.

—¿Por qué?

—Porque es importante. Tanto en interés suyo como en el mío.

—¿Qué necesita saber?

—Cuáles son sus sentimientos para con Dafne Ballwin.

—La odio. Aborrezco a esa mujer —exclamó con pasión—. Y añadiré algo más. Si le ocurrió algo a su esposo, si fue envenenado… sé quién lo hizo.

—¿Quién?

—Ella.

—Supongo no habrá mantenido en secreto ese odio, ¿verdad, Ruth?

—No —contestó con acento desafiante.

—¿Tenía celos de ella?

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir? ¿Por qué había de tenerlos?

—Porque su jefe concentraba sus atenciones en Dafne.

—¿Intenta decir que estoy enamorada de
Jorge L
. Quay?

—¿No es así?

—¡Cielos, no!

—Pero está celosa —insistí.

Ruth vaciló un instante, como si se confesara consigo misma.

—Depende de lo que usted entienda por celos —dijo al fin—. La contestación es afirmativa, si alude a mi disgusto de verla entrar en la clínica como una reina, sin respetar mi autoridad. Pero si se refiere al lugar que ocupa en el corazón del doctor Quay, mi respuesta es «no».

—¿Se mostraba muy segura? —indagué—. ¿Se portaba como si fuera la dueña?

—Sí. Comparecía majestuosa, apartándome de su paso y conduciéndose como si yo no tuviera autoridad ni cargo en la

clínica —aclaró Ruth con voz ronca—. Se hubiera dicho que yo era una basura, que se debía barrer. Y no se molestaba en disimular. Los pacientes que aguardaban se daban cuenta, y eso me enfurecía.

—¿Tanto que fue a comprar veneno para vengarse?

Ruth me miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Donald Lam! Pero ¿qué dice?

—Digo que la señora Ballwin ha recibido una terrible dosis de arsénico.

Ruth se puso muy pálida, llevándose una mano al pecho.

—¿También fue envenenada?

—Sí.

—¿No lo fue su marido?

—Sí.

Me miró con fijeza y le devolví la mirada.

—¿Qué sabe usted? —exclamó Ruth.

—¿Y usted? —repliqué.

—¿Yo?

—Sí.

—Nada.

—¿No sazonó su comida con arsénico?

—¿Está loco?

—¿No usó en absoluto el arsénico?

—No, claro que no.

Me pellizqué el labio inferior y dije en tono sincero:

—Oiga, Ruth; me propongo darle todas las facilidades. Mis preguntas son amistosas. Pero ni las preguntas ni la conducta de la policía lo serán.

—¿Por qué me interrogará la policía?

—Porque compró arsénico en una farmacia —contesté—. ¿Para qué? ¿Qué hizo con él? Piense deprisa y responda del mismo modo.

Ruth abrió las manos con gesto de desesperación.

—¡Jamás compré arsénico! —chilló.

—El registro contiene su nombre.

—¿Cuál?

—El de la farmacia Acme.

Ruth meneó la cabeza.

—No fue arsénico.

—¿Qué adquirió?

—Un específico para el doctor Quay. Tenía un nombre latino.

—¿Recuerda cuál era?

Meditó un momento.

—Lo tengo escrito. Creo que lo conservo en mi bolso.

—Enséñemelo.

Se levantó en busca de su bolso, que revolvió un rato. Por fin, me ofreció una receta.

—Véalo usted mismo. *Arsenii trioxidum*.

—Es arsénico en su forma más letal —le expliqué—. Fue el que administraron a los Ballwin, mezclado posiblemente con pasta de anchoas.

—Pero… ¡Pero es imposible!

—¿Qué es imposible?

—Que les diesen ese veneno, es decir, que los envenenasen con el que yo compré.

—¿Por qué no? —pregunté con escepticismo.

—Porque cuando llegué a la clínica con él, el doctor Quay me ordenó que lo pusiera en un estante del laboratorio. En aquel momento atendía a un paciente.

—¿Lo adquirió ayer?

—Sí, por la mañana.

—¿Qué hizo con el paquete?

—Lo coloqué en un estante del laboratorio —repitió exasperada.

—¿Lo desenvolvió?

—No, no —afirmó Ruth—. Lo dejé tal como me lo habían entregado en la farmacia.

—¿Qué pasó después?

Ruth se encogió de hombros.

—Lo ignoro, pues… —se interrumpió y exclamó—. Sí, algo sé. Recuerdo haberlo visto, es decir, creo que era el mismo paquete, en el estante, cuando recogí mis cosas esta tarde. No lo habían tocado.

Sonreí, negando.

—¿Qué le sucede?

—Debieron abrirlo —aseveré—. Luego tornaron a envolverlo. Ya verá como lo abrieron para sacar el arsénico, que pasó a engrosar la pasta de anchoa extendida sobre las galletas que Gerald y Dafne Ballwin comieron. Mañana la policía comenzará a buscar en los registros de todas las farmacias y droguerías de la ciudad. Se pondrá

al corriente de todas las compras de arsénico efectuadas las últimas dos o tres semanas. Descubrirán su nombre. Cuando sepan que trabajaba con el doctor Quay y que éste conocía a la señora Ballwin; cuando sepan que usted la odiaba y que su odio se reconcentró al ser despedida por su culpa… Más aún, seguramente el doctor Quay negará haberle ordenado que adquiriese el arsénico o el estar enterado de que estaba en el laboratorio. Eso es lo qué la espera. Ahora bien, ¿cuál será su respuesta?

—No podré responder a eso.

—Entonces no estará de más que piense una contestación.

—No… no puedo. No hay ninguna.

—Creo que sí —repuse.

—¿Cuál? —preguntó Ruth con avidez.

—Anticípese al doctor Quay, poniéndole a la defensiva —aconsejé.

—¿Cómo?

—Acuda a la policía y cuente lo ocurrido; que estaba conmigo esta tarde cuando telefoneé a mi oficina y así se enteró de que Gerald Ballwin había sido envenenado. Ahora acuérdese de que ignora lo de su mujer. No sabe más que Berta Cool gritó por el aparato que Gerald sufría los efectos del arsénico. ¿Entiende?

—Creo que sí.

—Les explicará exactamente todo lo sucedido, salvo que vine por segunda vez esta noche. La última vez que me vio fue cuando subí los paquetes y dejé el dinero del accidente sobre la mesa. ¿Está claro?

—Sí.

—Llame a la Jefatura —añadí—, diciendo que desea hablar con el encargado del caso de Ballwin, a quien puede proporcionar cierta información. A continuación les expone lo que le aconsejo.

—¿Y después?

—Después cuelga el teléfono y, sobre todo, haga lo que haga, no se vista. Quédese tal como está, en pijama, con la bata y las zapatillas.

—¿Por qué?

—Porque tiene que dar a la policía la impresión de que no se le ocurrió avisarla cuando se enteró del envenenamiento de Ballwin —respondí marcando bien las palabras—. No pensó que hubiera

ninguna relación. Pero tiene razones para creer que el doctor Quay trata de librarse de Gerald. Se muestra muy amable con la señora Ballwin, o sea, que existe entre ambos una amistad distinta de la que une al dentista con sus pacientes. Y oculte especialmente sus sentimientos. No exagere su dulzura ni su ingenuidad, ni permita que deduzcan que aborrece a Dafne Ballwin. Sólo está resentida del trato del doctor Quay.

Ruth me indicó con un ademán que había comprendido.

—No recordó haber comprado el arsénico hasta el momento de meterse en la cama —proseguí—. Reflexionó entonces unos diez o quince minutos y, al fin, telefoneó a la policía.

—¿Cree que vendrán a verme?

—¡Vaya que sí! —exclamé—. Mandarán uno de sus coches a los cinco segundos de interrumpir la conversación. Los patrulleros tardarán en llegar de tres a cuatro minutos. Dé la sensación de que no esperaba que su informe produjera tanta actividad.

—¿Y después?

—Les cuenta la compra del arsénico, el haberlo colocado en el laboratorio del dentista y todo lo demás. Pero —destaqué—, dígales que no cree que Quay deshiciera el paquete, no está segura de ello, ni tampoco de cuando lo vio por última vez en el estante. De todas formas, opina que deben saberlo.

—¿Qué más? —preguntó Ruth en tono que demostraba su concentración.

—Pues irán a la clínica —presumí—. Descubrirán el arsénico y el doctor Quay se pondrá a la defensiva. Si tiene las manos limpias, dirá la verdad y usted quedará a salvo. En caso contrario, jurará que jamás la mandó a comprar arsénico, que desconocía que estuviese en el estante y así sucesivamente. Mas la policía esperará que mienta y le someterá a presión consiguiendo tal vez que hable. ¿Comprende?

Me lo aseguró así.

—Pues bien, olvide que estuve aquí —concluí—. Concédame cinco minutos para alejarme del vecindario y telefonee después. Recuerde: aguarde cinco minutos, porque le sorprenderá la rapidez con que se presentará el coche patrullero. No quiero que me vean en los alrededores. Existen muy pocas probabilidades de que me descubran. ¿De acuerdo?

Me respondió con una inclinación de cabeza. Le entregué una tarjeta, en la que había escrito mi dirección particular y mi número de teléfono, no incluido en la guía.

—Tenga. Si hay algún tropiezo, llámeme o acuda a mi piso. Y ahora me marcho.

Ruth saltó de la cama y avanzó hacia mí.

—Esta tarde chocó conmigo adrede, ¿verdad? —dijo con convencimiento.

Soporté su franca mirada sin avergonzarme.

—Sí.

—Lo supuse. ¿Por eso me dio el dinero?

—Sí.

—¿No resultará perjudicado personalmente? ¿Lo incluirá en los gastos de este asunto?

—En efecto.

—Me alegro —dijo con dulzura y agregó tras una pausa—: ¿Por qué vino a avisarme ahora?

—Porque usted me gusta. Presiento que el doctor Quay es un tipo de cuidado y no quiero que sea víctima suya.

La emoción ensombreció sus ojos. Sus brazos me rodearon el cuello con un gesto rápido e impulsivo. Sus labios se posaron agradecidos en los míos. Noté la fragancia de su cabello.

La abracé. Inmediatamente me rechazó. Di un paso hacia ella y retrocedió.

—No, Donald —suplicó con voz empañada—. No, por favor. Buenas noches.

Giré sobre mí mismo, caminando a ciegas hacia la puerta.

—Ha sido un reconstituyente maravilloso —murmuré.

—Gracias, Donald —dijo, con la voz aún ronca.

—Gracias a usted —repuse.

Y me lancé escaleras abajo en busca del auto de la agencia.

capítulo diez

LA oficina de Gerald Ballwin, propietario y gerente de la nueva urbanización de la West Terrace Drive se abrió exactamente a las ocho en punto.

Lo comprobé porque desde las siete esperaba en mi automóvil.

La encargada de abrir fue la esbelta y silenciosa joven que copiaba contratos a máquina durante mi visita de la víspera.

Le concedí dos minutos para que se quitase el sombrero, se empolvase la nariz y destapase la máquina de escribir. Después empujé la puerta.

Por la velocidad a que tecleaba se deducía que había puesto manos a la obra sin los preliminares usuales.

Levantó los ojos al verme entrar.

—Buenos días —me saludó.

—Hola. ¿Está el señor Ballwin?

—No. Tardará una hora y media en llegar.

—Su secretaria… ¿Cómo se llama?

—Worley.

—¿Está?

—Viene a las nueve.

—¿Y los dependientes?

—No hay ninguno de momento —me respondió—. Pero por lo general comparecen entre las ocho y las ocho y media.

Consulté mi reloj.

—Lo siento. No puedo esperar.

—¿Puedo servirle en algo?

—Deseo comprar un solar.

—Ayer estuvo aquí, ¿verdad?

—Sí.

—¿No salió con el señor Keetley?

—Exacto.

—¿Conoce entonces el solar que desea adquirir?

—No.

La joven enarcó las cejas cortésmente, como sorprendida.

Carraspeé antes de responder.

—El señor Keetley tiene un modo de abordar las cosas heterodoxo y poco convencional.

—Sí, lo supongo —contestó la muchacha con sequedad.

—Me llamo Lam, Donald Lam.

—Y yo Mary Ingram. Tal vez le gustará estudiar alguno de los planos. Puesto que ha visto los terrenos, podré informarle sobre ellos con el plano.

—Está bien —dije.

Hizo retroceder su silla y de un estante cogió un plano que extendió sobre el mostrador.

—Procuraré orientarle con la experiencia que poseo, señor Lam —anunció la señorita Ingram—. Es decir, si le interesa ponerse al corriente de ciertos detalles que se deben considerar al elegir un terreno en una nueva urbanización.

—Me encantaría conocerlo —murmuré.

La señorita Ingram trazó una línea sinuosa con un lápiz.

—Quizá no sea muy ético, pero creo que el arte de vender consiste en efectuar una transacción satisfactoria para ambas partes, que llene en especial de agrado al cliente.

—Un criterio muy elogiable —aprobé.

Me lanzó una rápida mirada, pero no descubrió ninguna expresión en mi rostro.

—Notará que en urbanizaciones encaradas con el paisaje, los terrenos orientados al panorama están sumamente divididos.

—Se comprende.

—El urbanizador piensa que de ese modo consigue más dinero. No obstante, nace el inconveniente siguiente: el edificio y el garaje tiene espacio de sobra, pero resulta difícil llegar a ellos y en tiempo lluvioso… Es un factor que se debe tener en cuenta. Por otra parte, habrá advertido que los solares dotados de buena vista se hallan en sitios inclinados, originando un problema arquitectónico muy peculiar: la porción posterior del edificio se encontrará mucho más alta que la fachada. Además, el garaje ofrece otro. O bien se lo

coloca en la fachada o se ha de trazar un camino en la pendiente, con resultado poco satisfactorio.

Afirmé con gravedad.

—La experiencia me enseña —continuó la señorita Ingram— que si una persona elige uno de los solares menos deseables a primera vista, pero en una superficie más uniforme, tiene espacio para construir la casa y el garaje de forma verdaderamente accesible. En suma, a la larga, el comprador se alegra de poseer un terreno de este género. Y encima su precio es más razonable. Cuando se anuncia por primera vez una urbanización, la gente recorre los caminos y admira el paisaje. Desde luego, un panorama bello tiene mucha importancia, pero quizá tenga más valor la comodidad. ¿No le parece, señor Lam?

Se me escapó un suspiro.

—Oiga, señorita Ingram. Es usted una buena chica. Me falta valor para seguir adelante.

—¿Cómo? —se aturdió la joven.

—Soy detective —confesé—. Gerald Ballwin y su mujer fueron envenenados anoche y busco detalles que aclaren el crimen. Imaginé que me informaría de más cosas usted que otra persona cualquiera. Y así me aproveché de la ocasión que me ofrece su negocio.

La señorita Ingram me miró con la menor expresión de sorpresa, pero en sus ojos brillaba el dolor.

—¿Le parece decente? —preguntó.

—No —dije.

Recogió el plano y lo lanzó desde el mostrador a un estante.

—Al fin y al cabo, le agradezco que me avisara —murmuró.

—No esconda el plano —supliqué—. Quiero dejar un depósito por un solar.

—¿Por cuál?

—El que usted me indique.

—¿Es otro ardid? —inquirió.

Busqué mi billetero.

—No llevo encima más que ciento cincuenta dólares. ¿Bastarían cien como depósito inicial?

—Le reservaría el lote hasta el primer pago. Generalmente reclamamos un tercio.

—¿Hay alguno que esté bien y no sea muy caro?

—Adquiera uno por dos mil quinientos dólares —me aconsejó.

—¿Cien dólares bastarán como paga y señal?

—Sí.

—Extienda el contrato —indiqué, depositando cinco billetes de a veinte en el mostrador.

—¿Por cuál terreno?

—Escójalo usted.

Me miró a los ojos.

—Señor Lam, ¿hace usted esto para… para serme agradable?

—Pensé que emplearía el disco acostumbrado y, de mi parte, intentaba hacerla hablar para sonsacarla.

—¿Y cambió de modo de pensar?

—Usted lo cambió —repuse—. Comienzo a creer que ganaré dinero siguiendo sus consejos.

Colocó de nuevo el plano sobre el mostrador. Buscó dos o tres números, consultó unas fichas en un casillero y trazó con lápiz encarnado los límites de un lote.

—Éste es excelente.

—¿A cuánto asciende su precio?

—A dos mil setecientos cincuenta.

—Prepare el contrato. Lo firmaré.

La señorita Ingram arrancó de la máquina el papel que estaba escribiendo, sustituyéndolo por un contrato impreso, cuyos blancos llenó con veloz eficacia. Después, comparó lo escrito con el número del solar en el plano.

—Como ve, el contrato ya ha sido firmado por el señor Ballwin —me explicó—. Firme aquí, por favor, señor Lam, y le daré un recibo por los cien dólares.

La obedecí.

De nuevo se puso a la máquina para redactar el recibo, que firmó por orden.

—No se lo recomendaría, señor Lam, si no estuviera completamente convencida de que es una inversión inmejorable.

—Lo creo —sonreí—. Ahora, ¿podría responder a algunas preguntas sin ser desleal a su jefe?

—Mi lealtad para con él consiste en procurar que las cosas de la oficina marchen bien y que el archivo esté en orden.

Fruncí el entrecejo.

—¿Qué hace la señorita Worley?

—La señorita Worley es la secretaria personal del señor Ballwin —contestó sin comprometerse.

—¿Se cuida también de la urbanización?

—Sí, en cierto sentido.

—¿De su correspondencia privada? —indagué.

—De parte de ella.

—¿Hace mucho que está con el señor Ballwin?

—Unos tres meses.

—¿Y usted?

—Doce años.

Modulé un silbido.

—Debe de conocer perfectamente el negocio.

—Así es.

Lo dijo sin vanidad ni énfasis. Y la creí.

—Perdone mi curiosidad —me excusé por anticipado—, pero ¿no es más remunerativo el empleo de secretaria particular del señor Ballwin, y más importante en líneas generales, que el de usted?

Me devolvió la mirada sin titubear y guardó silencio, muy discreto.

—Sí —contestó al fin.

—Sin duda conoció usted a la primera esposa del señor Ballwin.

—Sí.

—Y, por tanto, al señor Keetley.

—Sí.

—¿Le odia usted?

—No.

—La señorita Worley sí.

—Ya lo sé —respondió Mary Ingram.

—¿Verdad que aparece de tarde en tarde a dar un sablazo a Gerald Ballwin?

—Sí.

—Pero ¿usted no le aborrece?

—No.

—¿Por qué? —me sorprendí.

—Porque, sobre todo, el señor Keetley no es lo que parece. No se

emborracha regularmente. Finge hacerlo —sonrió la señorita Ingram—. No siempre necesita el dinero que pide. Creo que intenta exasperar al señor Ballwin.

—¿Por qué?

—Regístreme.

Callé por un momento.

—¿De modo que piensa que lleva algo entre manos? —pregunté al fin.

—¡Yo qué sé! —exclamó la señorita Ingram y agregó con un deje de ansiedad—: ¡Oh, señor Lam! ¡Ojalá lograse usted aclarar algunas cosas!

—¿Cuál, por ejemplo?

—¿Por qué hizo analizar el señor Keetley cabello humano?

—¿Eso hizo? —me asombré.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque escribió la carta en esta oficina —explicó a señorita Ingram—. Dijo que necesitaba una firma comercial.

—¿Qué carta?

—La que dirigía a unos químicos.

—¿La leyó?

—No. Ignoro su contenido. Sólo sé que la escribió durante la luna de miel del señor Ballwin… cuando se casó con Dafne. No llegó la respuesta hasta el regreso del señor Ballwin. La que entonces era secretaria suya abrió la correspondencia, entre ella iba esa carta, sin advertir que iba dirigida al señor Keetley. Hasta que comprendió que era un informe químico, no se dio cuenta de su error.

—¿Se enfadó Keetley al enterarse de que la había abierto?

—No le hizo mucha gracia.

—¿Cuánto tiempo lleva el señor Ballwin de casado por segunda vez?

La señorita Ingram sacudió la cabeza.

—Le responderán en el registro —soslayó.

—Desde el momento en que eso es posible, no será ningún secreto —objeté.

—Unos dos años. Dos y medio, más exactamente.

—¿Le contó su secretaria que había abierto la carta de Keetley?

—No lo sé.

—¿Murió de repente la primera señora Ballwin?

—Enfermó de improviso —puntualizó la señorita Ingram—. Mejoró durante un par de semanas y luego volvió a recaer.

—¿A qué se debió su fallecimiento?

—A algo relacionado con la gastroenteritis. Una dolencia muy grave.

—¿Le hicieron la autopsia?

—La cuidaba un médico. ¿No se elimina la necesidad de una autopsia cuando un facultativo extiende el certificado de defunción?

—Creo que sí. ¿La enterraron o la incineraron?

—Lo último.

—¿Y sus cenizas?

—Las aventaron en la montaña donde tenía una casita. La primera señora Ballwin era amante de la Naturaleza, en especial de los montes. Estudiaba la vida de las aves, en lo que era una autoridad.

—Entonces, no sería muy aficionada a alternar en sociedad —conjeturé.

—No.

—¿El señor Ballwin estaba muy ocupado con sus urbanizaciones?

—Sí.

Seguí presionando.

—¿Y la señora Ballwin se entregaba a su casita y al estudio de las aves?

—Sí.

—Debían de pasar bastante tiempo separados.

—Sí.

Orienté en otra dirección mis preguntas.

—¿Conocía el señor Ballwin a Ethel Worley antes de emplearla o medió una agencia de colocaciones?

—La conocía.

—¿Mucho tiempo?

—Unas dos semanas.

—¿Por casualidad? —continué en vista de su repugnancia a hablar de un tirón—. ¿O es que le demandó el empleo?

—Por casualidad.

—¿Por qué sigue trabajando aquí si le molesta la situación?

La señorita Ingram se irguió.

—Eso es un asunto personal, señor Lam.

—Claro que lo es. Mi pregunta también.

—Prefiero no contestar.

Me encogí de hombros.

—¿Es muy competente la señorita Worley?

Inesperadamente Mary Ingram dio suelta al torrente de palabras que había estado conteniendo hasta entonces. Y habló con gran pasión.

—Ethel Worley tiene una fachada preciosa, y supongo que comprende a qué me refiero. Los suéteres le sientan bien, tiene una gran figura, todo el descaro del mundo y una ignorancia absoluta, que jamás logrará remediar, de lo que compete a este negocio. Y como sabe que estoy al corriente de que no entiende una palabra, se da aires de gran señora en mi presencia. Pero siempre me ordena que haga su trabajo, no como un favor, sino como una reina a su esclava.

Se echó a llorar. Alargué el brazo por encima del mostrador para propinarle unos golpecitos cariñosos en el hombro.

—¿Y usted lo consiente?

La señorita Ingram afirmó entre lágrimas.

—Pero ¿no le sería posible cometer una equivocación adrede para que sufriera las consecuencias?

La atribulada joven sacó de un cajón de su escritorio un pañuelo de papel con el que se secó los ojos, se sonó y lo arrojó a la papelera.

—No podría —exclamó débilmente—. Sobre todo porque sería inútil. Ethel pensaría la mentira adecuada. Eso es lo de menos. Estoy aquí para ayudar al señor Ballwin, llevando a cabo mi trabajo de la mejor manera. Me paga el sueldo y yo hago lo que puedo. Creo que… creo que… he hablado demasiado —tartamudeó y rompió a llorar de nuevo.

Aguardé un segundo.

—¿El cabello que Keetley remitió pertenecía a su hermana? —pregunté.

—No. Mejor dicho, me parece que no. Lo envió medio año después de su fallecimiento. De todas formas no era un mechón,

sino un enredijo de cabellos como el que queda en un peine… ¡Oh! Soy una desdichada. He charlado por los codos.

—Le sentó bien descargar el pecho —la tranquilicé, mirando por la ventana, y comuniqué—: Por lo visto llega uno de los vendedores. Se acerca un coche. Vaya al lavabo a mojarse los ojos con agua fría y empezaremos de nuevo como si no hubiese ocurrido nada.

La señorita Ingram le dedicó una rápida mirada.

—No entiendo cómo pudo hacerme hablar —suspiró—. Debe de ser su aspecto. Parece comprensivo.

—Lo soy.

—Estoy nerviosa y trastornada hoy —se excusó.

—¿Sabe lo del señor Ballwin?

—Sí.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—Mejor, mucho mejor —sonrió.

—¿Y la señora Ballwin?

—No pregunté… —comenzó a decir—. ¡Dios mío! ¿Está mala?

—Sí. También fue envenenada.

—¿Una intoxicación?

—Ingestión de arsénico.

—¡Oh! ¡Lo que temía! —gimió Mary Ingram.

—¿Qué?

—El veneno. Temía que alguien intentase envenenar a… a la señora Ballwin.

—¿Por qué?

—No era más que una corazonada.

—¿Esperaba que también lo fuera el señor Ballwin?

—No, sólo su esposa.

—¿Por qué? —me obstiné.

—¡Oh!… Por su modo de tratar a la gente.

—Muy bien. Vaya a refrescarse los ojos —aconsejé.

Del coche que se detuvo junto a la estrambótica casita de la agencia no descendió un vendedor, sino Ethel Worley. Penetró como una céfiro en la oficina y me abrumó con la más magnética de sus sonrisas.

—¡Buenos días, señor Lam! —profirió ronroneando—. Ha vuelto.

Incliné la cabeza. Se volvió hacia el escritorio de Mary Ingram.

—¿Cómo? ¿Todavía no ha llegado esa chica? —exclamó con aspereza.

—Sí, está aquí, pero… Ahí viene.

La señorita Ingram salió del lavabo y se dirigió hacia su máquina de escribir.

—Buenos días, señorita Worley.

—¿Deseaba algo? —me preguntó Ethel acariciándome con la mirada.

—Sí, comprar un solar —repuse.

—Entonces, ¿vio algo que le atrajo?

—La señorita Ingram ya me ha atendido —contesté.

—¿Ya ha firmado un contrato?

—Sí.

—¿Puedo verlo, por favor?

Le entregué la copia que había guardado en mi bolsillo.

—¡Hum! —masculló Ethel—. Lote trece, manzana séptima. Señorita Ingram, ¿está segura de que se halla disponible?

—Segurísima —respondió Mary Ingram, poniendo un papel en la máquina—. He consultado el fichero.

—¿Le importaría dejarme un momento esta copia y su recibo, señor Lam? —preguntó Ethel—. Quiero comprobar una cosa.

Le cedí los documentos. Me lo agradeció con una sonrisa y un parpadeo que me pusieron la piel de gallina, y desapareció en el despacho de Ballwin. La señorita Ingram alzó los ojos del teclado.

—Por favor, no acepte otro solar, señor Lam —me suplicó llorosa.

—¿Otro solar? —protesté—. ¿Por qué? ¿Por qué voy a comprar otro solar?

—En lugar de éste —aclaró la señorita Ingram—. ¿No entiende lo que se propone? Quie…

Ethel surgió majestuosa del despacho.

—Señorita Ingram, en el escritorio del señor Ballwin hay un memorándum privado. Confirma mi idea de que ese solar no está libre.

Se aproximó al mostrador con un plano impreso y una vez más me beneficié de su sonrisa.

—Escuche, señor Lam —comenzó a decir Ethel—, lamento mucho lo ocurrido. El solar que le ofreció la señorita Ingram no está

en venta. Cómo se ha visto defraudado, haremos lo siguiente…

Levantó la mirada del plano para ejecutar maravillas con los labios y las pestañas, y prosiguió:

—Aquí hay unos terrenos que cuestan setecientos cincuenta dólares más que el elegido por usted. Éste es uno inmejorable. Pero cancelaron su adquisición cuando ya habían pagado parte del precio, por lo cual puedo cedérselo al mismo precio que el que deseaba.

Ethel enmudeció para buscar un talonario.

—Le extenderé un recibo por cien dólares —y ordenó a la señorita Ingram—. Prepare el contrato para el señor Lam por el solar tercero de la manzana diecinueve, sin olvidar que el depósito y los pagos ascienden a la misma cantidad que en el caso anterior.

Reinó el silencio. Mary Ingram, a continuación, me envió una mirada de impotencia y comenzó a introducir un contrato impreso en la máquina.

De pronto meneé la cabeza.

—No quiero ese solar, señorita Worley —protesté con energía—. Me atengo al que ya tenía.

—Lo siento, pero no está libre, señor Lam —repuso Ethel.

—Quizá lo esté cuando yo haya completado el pago y usted se halle dispuesta a cerrar el trato —repliqué.

—Pero, señor Lam, ¿no lo entiende? —trinó Ethel—. El que le ofrezco es infinitamente mejor. Está en una altura y goza de una vista perfecta…

—Si no obtengo ése, no quiero nada —anuncié.

—Vamos a tener muchas dificultades, señor Lam…

—Lo lamento, pero elegí ese terreno.

—Tendré que telefonear al señor Ballwin para que decida. En su despacho hay orden de que no lo ofrezcamos.

—No puedo evitarlo —respondí.

La voz de Ethel estaba alcanzando temperaturas glaciales.

—Muy bien. Llamaré al señor Ballwin —notificó y penetró en el despacho de su jefe.

Mary Ingram concentró en sus ojos todo el agradecimiento expresable.

—¿Qué se propone? —le pregunté.

—No hay ninguna orden en ese sentido —aseveró—. Yo sabía

que procuraría ponerme obstáculos.

—¿Por qué?

—Porque entonces sería ella la que le haría firmar el contrato y quien le entregaría el recibo del depósito. Rompería el que firmamos y el archivo demostraría que ella logró la venta.

—¿A tanto llegaría para coronarse de laureles? —me asombré.

—Y para impedir que yo los consiguiera.

La animé con una sonrisa.

—Pues bien, no se preocupe. No daré mi brazo a torcer —le prometí.

La señorita Ingram experimentó lo que es quedarse sin palabras. De pronto me tiró un beso. Fue un gesto de agradecimiento bastante torpe, como si no tuviera a menudo ocasión de repartir sus besos por línea aérea al sexo masculino.

Se abrió la puerta del despacho.

—Bueno, como usted quiera, señor Lam —dijo Ethel Worley con acento helado—. Tuve que telefonear al señor Ballwin a fin de obtener su permiso. De todos modos, el solar es suyo.

Pedí con el ademán la devolución del contrato y del recibo. Me los echó por encima del mostrador como si yo sufriera de fuerte halitosis, sudase y me hubiese hartado de ajos.

—¿Habló con el señor Ballwin? —pregunté con inocencia.

Lo afirmó.

—¿Cómo está?

—Muy bien —contestó Ethel fríamente.

—¡Cuánto me alegro! —exclamé—. Lo último que me dijeron es que dudaban de que se salvase.

—¿Cómo? —chilló Ethel.

—Ya sabrá que anoche le envenenaron —aclaré.

El color desapareció de su rostro. Sus manos se aferraron al borde del mostrador en busca de apoyo. Por un momento sospeché que se le doblarían las piernas, pero consiguió reponerse.

—¿Está usted seguro de que fue el señor Ballwin y no la señora Ballwin? —susurró.

—Los dos.

—¿Está seguro? —insistió.

—Sí.

—Gracias —murmuró.

Giró sobre sus talones, penetrando en el despacho, cuya puerta cerró cuidadosamente.

Doblé el contrato para guardarlo en el bolsillo. En aquella ocasión fui yo quien arrojó un beso a la consternada joven sentada a la máquina de escribir.

capítulo once

A LAS nueve y veinte llegué a la agencia y, saludando a la telefonista de la antesala, entré en mi despacho privado.

Jim Fordney se hallaba en él charlando con Elsie Brand, mi secretaria.

—El señor Fordney deseaba verle —me informó Elsie—. Supuse que usted preferiría que no esperase en la sala. El sargento Sellers habló por teléfono con la señora Cool y pensé que tal vez viniera.

—Es usted una chica lista —aprobé—. ¿Qué hay de nuevo, Fordney?

Elsie se retiró. Mi ayudante guardó silencio hasta que hubo desaparecido.

—Seguí a aquel individuo —me dijo.

—¿Lo notó?

—No. Andaba muy pensativo.

—¡Magnífico! Creí que le costaría mucho seguirle. ¿Adónde fue?

—Entró en el Edificio Pawkette.

Lancé un silbido.

—Subió en el ascensor —prosiguió Fordney—. Estacioné mi coche y, cuando me convencí de que estaría en el interior un buen rato, me dirigí al encargado del ascensor ordenándole que me llevase al piso sexto. Me indicó que firmase en el libro que había en el aparato y me preguntó a qué parte de él iba.

—¿Qué le contestó?

—Que el doctor Quay tenía que reconocer una de mis muelas. Me aseguró que no estaba, pero repliqué que me había citado, dándome toda clase de seguridades. El empleado se obstinó en que era inútil subir mientras el dentista no regresase. Mientras hablaba leí el registro. La última firma en él inscrita era «Compañía de Inversiones Alfa», con las iniciales «C. K.».

—Continúe.

—Permití que el encargado me convenciera. Le anuncié que saldría a esperar al doctor Quay —explicó Fordney con voz monótona—. Examiné el tablero. La Compañía de Inversiones Alfa tiene sus oficinas en 610. El doctor su clínica en el 695. ¿Habrá alguna relación o coincidencia?

—¡Que me aspen si lo sé! —proferí—. ¿Qué sucedió después?

—Volví a mi auto. Al poco rato apareció una joven. Desconozco cómo se las compuso, pero no firmó en el registro. No formulé preguntas para no despertar las sospechas del empleado nocturno. Si lo hacía, tal vez avisase a los inquilinos que había un detective por los andurriales.

Aprobé su decisión.

—Por lo tanto —continuó Fordney—, regresé a esperar en mi coche. Poco después salió la muchacha, llevando a Keetley pegado a sus talones. La chica tomó un taxi que la aguardaba. Un momento después Keetley la seguía.

—Sí.

—¿Lo hizo usted?

—¿Hasta dónde?

—A la estación de la Unión.

—¿Y luego?

—La joven despidió el taxi y entró en la estación. Keetley saltó de su automóvil y echó tras ella. Yo me arriesgué. Me apeé de mi cacharro dejando el motor en marcha. La chica introdujo una moneda en uno de los armarios patentados, de esos automáticos, en los que basta un centavo…

—Los conozco —interrumpí—. ¿Qué hizo entonces?

—Guardó algo en él, lo cerró con llave, que metió en el bolso, y tomó un autobús.

—¿Y Keetley?

—Por lo visto, había perdido su interés en ella. Se alejó en su automóvil.

A renglón seguido, Fordney sacó de su cartera una cartulina encarnada, que me entregó.

—Me multaron por dejar mi coche con el motor en marcha —explicó—. ¿Tiene algo que objetar?

—No —respondí—. La agencia se encargará de cubrirla.

—Muchas gracias. No sé si hice bien o no.

—Lo primero.

—Ahora bien —reanudó Fordney—, Keetley se dirigió a su casa, que está en los Pisos Prospect Arms. Me aseguré que vive en ellos. Su nombre está en un buzón. Piso 321.

Tintineó el teléfono.

Elsie Brand me anunció antes de contestar:

—Una joven le ha estado llamando. Se negó a dar su nombre o su número. Prometió volver a telefonear. En efecto, lo hizo cada ocho o diez minutos. ¿Le pongo en comunicación si es ella?

—Sí —y dije a Fordney—: ¿Qué aspecto tenía la mujer vigilada por Keetley?

—Buena figura, vestido gris, pelirroja y…

Elsie Brand, que había empuñado el aparato, me hizo un gesto, mientras decía:

—Un momento. El señor Lam hablará con usted.

Le señalé que esperara un segundo y recité a Fordney en tono llano:

—Un metro cincuenta y siete, cincuenta y dos kilos, medias oscuras, zapatos verdes…

—Es ella.

Cogí el teléfono.

—¿Diga?

—¡Oh, Donald! ¡Cuánto me alegro de encontrarle! —exclamó con alivio Ruth Otis—. Temí que no estuviera en la oficina en toda la mañana. No he parado de telefonear a su despacho y a su piso.

—Estuve fuera, trabajando. ¿Qué hay de nuevo?

—Deseo hablar con usted.

—¿Obedeció a mis órdenes de anoche?

—Precisamente por eso deseo verle.

—Hable ahora.

—¿Por teléfono?

—Sí. No…

Sin ser anunciado, empujó la puerta el sargento Frank Sellers, con el sombrero en la coronilla, un cigarro mojado entre los dientes y una bondadosa y alegre expresión esparcida por todo su rostro.

—No se moleste, Donald. Ni quiero interrumpirle —exclamó con su voz atronadora—. Siga. Berta me dijo que estaba en la oficina.

Sólo deseo hacerle unas preguntillas.

Ordené por teléfono:

—Trate de lo más importante; no se extienda demasiado. Tengo prisa.

—¿Entró alguien, Donald? —tartamudeó Ruth—. Me pareció oír…

—Sí. Prosiga.

Sellers se sentó en el borde de mi mesa y dijo:

—Hola, Fordney. ¿Cómo le va?

—Regular —respondió Fordney.

—Cállese —ordené—. Estoy hablando con una mujer. Un momento.

—¿Tiene una amiga? —rió Sellers.

—¿Cómo voy a saberlo? —protesté—. Primero debo hablar con ella. No puedo leer su pensamiento y ustedes alborotan tanto que no entiendo lo que intenta decirme.

Sellers se rodeó una rodilla con las manos y sonrió a Fordney.

—Quiere convencernos de que es un sultán. Pero probablemente se trata del Banco, que le pregunta qué significa su déficit de cinco dólares con diez centavos.

—Adelante —ordené a Ruth—. Veamos que le pasa.

—¿Recuerda el paquete de que tratamos? —me preguntó.

—Sí.

—Pues pensé que, a fin de cuentas, tal vez no hubiese sido… usado. Como tengo aún la llave de la clínica, me propuse enviarlo a… ya sabe a quién.

—Siga.

—Por consiguiente, en vez de armar tanto jaleo, fui a la clínica, rescaté el paquete y lo guardé en un sitio seguro, al que puedo ir en caso de necesidad.

—¡Toma! ¡Se ha metido en la boca del lobo! —la regañé.

—No, no, Donald. Se equivoca. Antes de hacer nada, comprobé si el específico estaba tal cual lo había comprado. En efecto, se hallaba en el mismo estado que cuando salió de la farmacia. Si ocurre algo, podré demostrar que no fue usado. Eso me librará de sospechas. Siempre estuve segura de que estaba intacto. Pensé que lo mejor que podía hacer, si era interrogada, consistía en presentar el paquete como se encontraba al principio, en la farmacia. Lo he

llevado a un lugar que nadie descubrirá a no ser que… que nosotros queramos.

—No puedo discutir eso ahora —contesté—. Anoche le di una dirección.

—¿Una dirección?

—Sí.

—No la recuerdo.

—A la que podría ir si…

—¡Sí! ¡Ya me acuerdo!

—Pues vaya a ella.

—¿Quiere que…?

—Vaya.

—Muy bien, Donald.

—Inmediatamente —insistí—. Y no se lleve nada consigo. ¿Entiende?

—Sí.

—Pues eso es todo —dije.

—Gracias, Donald —exclamó Ruth preocupada—. Nos veremos allí. Adiós.

Colgó, pero yo continué hablando como si tal cosa.

—Lo malo es que él tiene tres testigos y usted uno sólo… Sí, es verdad. Tiene tres testigos, él y los dos hombres que le acompañaban en el auto… ¡Claro que lo hará! Es lo corriente en ese tipo de accidentes. No tiene nada que ver quién goza de precedencia. Él asegura que la tenía, el otro pretende que ya estaba en el cruce cuando se le echó encima a gran velocidad. Busque esa dirección y abra los ojos… Ya sé que los testigos suelen desaparecer inmediatamente, pero siempre hay los habitantes del barrio y los propietarios de los pequeños establecimientos. Muévase.

Esperé un instante, como si escuchase, y exclamé:

—No cuente a nadie que tiene la libreta llena de nombres… Ahora tengo demasiado trabajo para volver a repetirlo.

Aplasté el teléfono contra su soporte y dije a Elsie Brand:

—Elsie, rechace esta clase de llamadas. Averigüe quién me telefonea…

—Lo siento —se excusó Elsie—. Creí que era la mujer del desfalco.

—No lo era —refunfuñé—. Era un maldito accidente de tráfico.

Sellers tenía un aspecto excesivamente bondadoso e ingenuo.

—¿Qué noticias hay, Donald? —me sonrió.

—Casi nada —contesté—. Me encuentro mal.

—¿Qué le pasa?

—Anoche no dormí.

—¿Lo impidió su conciencia?

Meneé la cabeza.

—Dolor de muelas.

—Le compadezco. ¿Por qué no va a un dentista?

—Lo haré en cuanto haya dado unas instrucciones.

—Sí, mala cosa —comentó Sellers—. El dolor de muelas destroza los nervios.

—¿Cómo están Ballwin y su mujer? —indagué.

—Ella continúa inconsciente. Él se está recobrando. No hay duda de que las galletas y la pasta de anchoas fueron envenenadas. Lo curioso es que en el laboratorio no descubren arsénico en ninguno de los tubos. Debió ser espolvoreado una vez la pasta estuvo en las galletas.

—¿Cuándo la pusieron?

—No lo sabemos —contestó Sellers pensativo—. Las preparó la propia señora Ballwin. Pero sigue sin sentido y es imposible interrogarla. La criada asegura que las había empezado a arreglar cuando la cocinera penetró en la cocina. Había una docena de galletas, pequeñas y cuadradas. La cocinera se encargó del resto, colocando la pasta en tiras y espirales.

—¿Cuánto tardaron en servirlas?

—Ése es el problema —exclamó Sellers—. Ballwin llegó con algún retraso y la cocinera las guardó en la alacena. La señora Ballwin le comunicó que cenarían fuera, por lo que no volvió a acordarse de las galletas.

—¿Cuánto estuvieron en la alacena?

—Quizá un cuarto de hora. No pasó de la media hora en todo caso.

—¿Y luego?

—El mayordomo las sirvió al estar Ballwin en casa. Éste mezcló los combinados. Su mujer le pidió que probara la pasta. Le gustó. Parecía de mejor humor que en los últimos días.

—¿Y el mayordomo? —pregunté.

—No se preocupe, lo pasamos todo por un cedazo —sonrió Sellers—. También hemos pensado en la secretaria de la señora Ballwin.

—Seguramente esta tarde sabrá más —vaticiné.

—Seguramente. ¿Qué opina de Keetley?

—¿Qué le pasa?

—Es un inútil, ¿no lo cree?

—Lo ignoro.

—¿No habrá estado apretando las clavijas a Gerald?

—En tal caso —reflexioné—; no envenenaría su gallina de los huevos de oro.

—Ya se nos ha ocurrido —respondió Sellers—. Quizá apuntase a la señora Ballwin.

—Es imposible descubrir el veneno, si estaba en las galletas y en la pasta de anchoas.

—¿Cómo?

—Nadie puede predecir quién comerá una o varias galletas. Si Ballwin hubiese tenido apetito y hubiera comido seis, y su mujer no más de tres, él hubiera empinado las botas y Dafne hubiese sufrido un regular dolor de vientre.

—Todo eso nos da que meditar —informó Sellers—. Esperaba que usted nos ayudase un poco.

—¿Cómo?

—Pues —carraspeó el sargento— usted es listo e ingenioso, Donald. Supongamos que usted se propusiera envenenar a una persona, supongamos que quisiera envenenar a un hombre sin matar a su mujer y pudiera llegar a la caja de las galletas…

—¡Váyase al infierno! —chillé—. Me duelen las muelas. ¿Cuánto arsénico tragaron?

—Lo bastaste para dar el pasaporte a un caballo. Si no hubiera dicho Carlota Hanford que se trataba de arsénico, los médicos no habrían salvado a Ballwin. Tuvo mucha importancia que intervinieran a tiempo. Su mujer, al encerrarse en el cuarto de baño, empeoró su situación. Tomó una dosis terrible. El asesino se propuso no correr riesgos.

—Le avisaré sí se me ocurre algo —prometí—. Ahora voy a que me reconozcan la dentadura.

Sellers saltó del borde del escritorio.

—Buena suerte, Donald —deseó—. Comuníqueme cualquier idea.

Me despedí de Fordney.

—Voy a ver qué es capaz de hacer un dentista con mi muela —dije a Elsie Brand.

capítulo doce

LA clínica del sacamuelas estaba en el sexto piso. Las puertas iluminadas tenían una de ellas un letrero de vidrio esmerilado:

«
DR
.
JORGE L
.
QUAY
, Dentista, particular».

y otra un cuadrado del mismo material con la inscripción:

«
DR
.
JORGE L
.
QUAY
, *Dentista*, entrada».

y en el ángulo de la izquierda:

«Sólo previo aviso».

Empujé ésta. La antesala era diminuta, provista de un canapé de mimbre, un par de sillas de respaldo alto y tieso y un montón de revistas maltratadas. A un lado un espejo, a cuya derecha se veía

una puerta. Estaba entreabierta.

Sonó un timbre en otra habitación al penetrar yo en aquélla.

—Pase —gritó un hombre.

Avancé por el pasillo hasta la habitación, en que una mujer, tendida casi en un sillón de dentista, tenía la boca abierta. El doctor Quay, alto y esbelto, se inclinaba sobre ella examinando su dentadura con un espejito cuando pregunté:

—¿Me dijo que entrara?

Sus ojos ardientes e inquietos parecieron clavarse en cada una de mis facciones.

—Mi enfermera se despidió ayer sin concederme ni diez minutos de plazo —exclamó irritado el dentista—. Procuro hacerme cargo de todo sin conseguirlo. ¿Cómo se llama y qué desea?

—Mi apellido es Lam —contesté—. Deseo concertar hora para que me vea una muela. Si es posible, me gustaría que me hiciera un examen previo y…

—Tome asiento en la antesala —me ordenó—. Le atenderé dentro de cinco minutos. Ahora mismo acabo.

Aguardé en la minúscula salita de espera.

Tres minutos después salía la ocupante de la silla del doctor Quay. Era una elegante y joven matrona, de unos treinta años, con un anillo de prometida y una sortija de boda, cuajada de diamantes, en su mano izquierda.

Sonreía débil, maliciosamente, y me pasó revista mientras se marchaba. Percibí el sonido de agua al lavarse las manos el dentista.

Desde mi sitio, podía ver el oscuro bulto de un hombre en la puerta de entrada, la sombra de alguien que acopiaba valor para penetrar o que esperaba la llegada de otra persona.

Quay se detuvo en el umbral, con una bata de manga corta y las manos olorosas de un antiséptico perfumado.

—Adelante, joven —me dijo—. Veamos qué le sucede.

La entrada se abrió, sonó el timbre. El doctor Quay frunció el ceño.

Era Carl Keetley.

—Buenos días —saludó el dentista.

—Hola —respondió Keetley, y me contempló sorprendido—. ¡Vaya! ¡Donald Lam! ¿Cómo está?

—No muy bien —contesté.

Keetley me estrechó la diestra. El dentista se apartó esperando que terminara. Observaba cortésmente al intruso.

—Trátele bien, doctor —recomendó Keetley—. Pocas veces habrá tenido un detective de primera categoría como paciente.

Quay se sobresaltó.

—Deseo hablar con usted cuando sea posible —agregó Keetley volviéndose al dentista.

El rostro de éste era tan inexpresivo como una hoja de papel secante blanco para estrenar.

—Siéntese —invitó—. Dentro de unos segundos estaré con usted.

Echamos a andar por el pasillo.

—¿Me hace el favor de repetir su nombre? —me rogó Quay.

—Donald Lam.

—¿Dirección?

Le entregué una de las tarjetas de la agencia: «Cool y Lam».

—Somos investigadores privados.

—Ya. ¿Para qué viene a verme?

—Por mi dentadura.

—¿Qué le pasa?

—Me gustaría que le echase una mirada.

—Tome asiento.

Ocupé el sillón dental. El doctor Quay ató un babero a mi cuello, echó atrás el apoyo de la nuca y examinó con un espejito el interior de mi boca. Luego exploró con un punzón largo y delgado las junturas de las muelas.

—¿Cuándo le reconoció un dentista por última vez? —preguntó mientras lo hacía.

—Jamás me he preocupado por eso —respondí con dificultad a causa del instrumento.

—Ya lo veo. Pero poco más o menos.

—Hará unos dos años.

—Es necesario que le reconozcan cada seis meses —exclamó Quay con autoridad—. ¿Qué le ocurre?

—Me duele.

—¿Cuál muela?

—Ésta de la derecha.

—¿Hace mucho?

—No ha parado en toda la noche. Es un dolor sordo, constante, como una palpitación.

El doctor Quay punzó, tocó y raspó.

—Sí, tiene un nervio al descubierto —diagnosticó al fin—. Tendremos que arrancarla y empastar dos o tres más. No estaría de más un examen con
rayos X
.

Casi me asusté.

—¿Es que no es una sola?

—Exacto.

—¿Cuántas? —pregunté levantando la cabeza.

—Veamos —murmuró Quay recurriendo al espejito—. Ésta… Recuerdo haber visto una pequeña cavidad… Sí, aquí está…

—¿Cuánto me costará? —puntualicé.

—¿Tiene eso mucha importancia? —repuso Quay con indiferencia.

—Naturalmente.

—De momento me es imposible decírselo. Tal vez deba someterla a un determinado tratamiento y haya que arrancarla.

—Ahora ya no me duele tanto —afirmé con vehemencia.

El doctor Quay llenó una jeringa con agua caliente y me roció la muela.

—¿Le molesta?

—Me proporciona consuelo.

Entonces utilizó agua fría.

—¿Y ahora?

—Apenas lo he notado.

—Entonces mejor será extraerla —decidió el dentista.

Suspiré, incorporándome.

—Doctor, hoy tengo que realizar una serie de cosas importantísimas. ¿No podría recetarme un calmante y arrancármela más tarde? Acaso unas pastillas…

—Desde luego, si tiene usted trabajo… —me interrumpió Quay —. Tenga este producto. Es Anacín. Tome las píldoras tal como están. Vuelva mañana por la mañana, a eso de las diez, y se la extraeré.

Me apresuré a abandonar el sillón.

—Mañana le inspeccionaré el resto de la dentadura —agregó el dentista—. Por lo que he visto, tendrá que recibir bastantes cuidados.

La puerta sé abrió y cerró, haciendo sonar un timbre. Quay frunció el ceño.

—Perdone, será otro paciente —gruñó—. Es un apuro no tener enfermera. He telefoneado a la agencia de colocaciones; dentro de un instante iré a hablar con cuatro o cinco aspirantes. Siempre es delicado contratar una enfermera nueva. Un minuto, por favor.

Quay se dirigió a la antesala. Me arranqué del cuello el babero y corrí tras él.

—El hombre que estaba aquí se acaba de marchar —me explicó —. Supongo que volverá ¿Le conoce usted?

—Sí.

—¿Quién es?

Aproveché la ocasión de vengarme.

—Se llama Keetley. Es cuñado de Gerald Ballwin.

—¿Su cuñado? —se asombró Quay—. La señora Ballwin es cliente mía. Ignoraba…

—Es cuñado por su matrimonio anterior. Es hermano de la primera esposa.

—Ya —murmuró Quay.

—Es muy simpático —comenté.

Quay no me hizo caso. Me abrió la puerta diciendo con acento definitivo:

—Mañana le sacaré esa muela. A las diez. Sea puntual, porque da la casualidad de que cancelaron una cita para esa hora. De otra forma, no conseguirá verme hasta dentro de tres semanas.

Carl Keetley me esperaba junto al ascensor.

—¿Cómo va su muela? —se rió.

—Mejor.

—¿Se la arrancó?

—No.

—Tuvo suerte.

—¿Por qué?

—Porque seguramente al doctor Quay le hizo muy poca gracia encontrarle en estos parajes —sonrió Carl Keetley.

Meneé la cabeza con vigor.

—Sí, después de su diplomática presentación, me dije que el doctor Quay se ponía innecesariamente violento —repliqué—. Presiento que no recibirá un gran desengaño si no vengo mañana.

—Ese dentista —me aseguró Keetley— no es tonto. No sería prudente intentar engañarle.

—¿Acaso dije que lo fuera? —exclamé.

—Tendrá que admitir que cuando un individuo que es detective privado decide comprar un solar en una urbanización dirigida por Gerald Ballwin, cuando le acomete de pronto un dolor de muelas y visita al dentista que cuida a la señora Dafne Ballwin, es ampliar demasiado el terreno de la coincidencia y de la casualidad.

—Pero no tanto —repuse— como el hecho de que la «Compañía de Inversiones Alfa» tenga sus oficinas tan ventajosamente situadas, que usted domina todo el pasillo, pudiendo ver quién entra en la clínica del doctor Quay.

—¿También sabe eso? —preguntó con suavidad.

—Sí.

—Interesante —murmuró Keetley—. No pierde usted el tiempo.

—Pensaba visitar hoy mismo esa compañía para comunicar que tengo unos dólares a su disposición.

—Eso hubiera completado el círculo —comentó Keetley—. Bueno, no nos quedemos aquí. Pasemos a mi oficina y discutiremos esa inversión.

Me precedió por el pasillo hasta un despacho espacioso situado al fondo del mismo. Abrió la puerta con la llave y, en lugar de cederme la entrada, exclamó irritado:

—¡Maldita sea! Otra vez olvidé de cerrar la radio. Estaba estudiando unos caballos.

Corrió hacia un aparato oblongo y dio la vuelta a un botón extinguiendo así una luz verde.

—Ocupe esa butaca, Lam.

Me dejé caer en un hondo sillón de cuero y eché una ojeada a la asombrosa «oficina».

En las paredes había grandes ampliaciones de caballos de carreras, convenientemente enmarcadas. Las fotografías no ocultaban ningún detalle interesante. En el extremo del despacho pendía un enorme mapa.

Al pie de la ventana se veía una gran mesa de dibujante, un

bastidor, tintas de colores y el suelo estaba alfombrado por tiras de celuloide pintado.

—¿Le gusta mi taller? —preguntó Keetley apartando la radio, que acababa de apagar.

—Me interesa saber qué hace aquí.

—Estudio los jacos.

Señalé la mesa de dibujante.

—Ya que es tan suspicaz —rió Keetley—, le descubriré un secreto. ¿Desea saber una cosa?

—¿Cuál?

—Coja el periódico —me ordenó Keetley—. Dígame qué caballos corren en la segunda prueba esta tarde.

Le leí los nombres. Keetley compuso una lista de números y abrió un cajón largo que había debajo de la mesa de dibujante, eligiendo varios trozos de celuloide.

Lanzó una carcajada y dijo en son de excusa:

—Esto le demostrará lo que puede hacer el ser humano cuando tiene tiempo de sobra y una naturaleza activa.

Amontonó varias tiras de celuloide numeradas y las colocó en una especie de caja que había en la mesa, junto a la ventana. Movió con cuidado unas diminutas perillas, que adelantaban las tiras a milímetros. Finalmente las tuvo ajustadas a su gusto.

—Mire ahora —me encargó.

Giró un interruptor. La luz iluminó intensamente un oblongo detrás del celuloide coloreado. Sin duda se trataba de una lámpara de cuarzo paralela a una rendija de la máquina.

Gracias a ella pude ver media docena de líneas ondulantes con puntos que subían y bajaban, agudamente en ciertas partes.

Keetley recomenzó el proceso de ajustamiento con tornillos graduados. Las tiras de celuloide se meneaban imperceptiblemente a sus hábiles y precisas manipulaciones. En sus bordes había garabatos cabalísticos, que, sin duda, se referían a pesos, distancias y estado de la pista.

Cuando las películas estuvieron como deseaba. Keetley las apretó y siguió las líneas que las llenaban.

—Será una carrera reñida —exclamó—. Vea que todas las líneas están muy justas, pero note también que esa de la derecha tiene un ángulo algo más alto que las demás.

Afirmé con la cabeza y pregunté:

—Significa —respondió Keetley— que ése es el caballo vencedor.

Sonrió al reparar en la expresión de perplejidad que yo procuré asumir.

—Para mucha gente —dijo— buscar el triunfador es un proceso largo, lento y dificultoso. Yo he preparado algunos detalles medios que representan las hazañas de los jamelgos en las pistas. Y puedo aumentarlos y disminuirlos según las circunstancias aconsejen. Por ejemplo, cuando se trata de un caballo que prefiere el terreno enlodado, elevo la curva de sus éxitos con esta perilla un determinado tanto por ciento, atendiendo al estado de la pista. Si le desagrada la tierra húmeda, muevo de otro modo la manija que registra ese aspecto particular. Cada vez que un penco interviene en una competición, evalúo su actuación según su curva o media de resultados. O, si lo prefiere, su promedio. Así consigo un conocimiento apropiado de cuál será su actuación.

»Desde luego, una carrera de caballos no es una proposición matemática, algo reducible a una certeza absoluta. Siempre interviene la suerte, hay ciertos imponderables o factores desconocidos. Pero en términos generales me sale bastante bien.

»Comprenderá que el secreto de la eficiencia consiste en apreciar correctamente la intervención del caballo cada vez que corre, para obtener datos uniformes que sean aplicables a los demás competidores. Pero, en resumidas cuentas, eso es lo que hacen todos los aficionados en sus horas de insomnio. Esto no es más que un atajo, una especie de inventario perpetuo de lo que cada jaco puede ofrecer a los mejores.

»Algunos de los escritores deportivos también estudian los animales, y cuando llegan a la misma conclusión que yo, no apuesto porque las circunstancias están en contra mía. Si un caballo es el favorito del público, no resulta acertado apostar por él.

—¿Y gana dinero con este sistema? —indagué.

—Da mucho trabajo, bastante diversión y rinde beneficios —rió Keetley—. Vea, por ejemplo, la segunda carrera de esta tarde. La curva prueba que *Fair Lady* vencerá por… bueno, será muy disputado. Yo diría que vencerá por un cuerpo e incluso por menos. Consultemos las autoridades periodísticas.

Cogió uno de los periódicos y retomó la lista con la ayuda del pulgar.

—Este redactor se decanta por *Satélite* —anunció y leyó otro diario—, y éste también, también el especializado. Por consiguiente, *Satélite* es el favorito.

—Bien, ¿y qué?

—Pues que *Fair Lady* es una buena apuesta. Dará dinero —contestó Keetley y de improviso me miró fijamente—. ¿Por qué husmeaba en la clínica del doctor Quay? ¿Sospecha de él, Lam? ¿O es que no quiere pasar a nadie por alto?

—¿Se debe a la casualidad que usted tenga su despacho en el mismo edificio y en el mismo piso? —repliqué.

—Sí.

—¿No sabía que era el dentista de la señora Ballwin?

—Claro que sí. ¿Tiene eso de malo?

—Y puede, dejando la puerta abierta, vigilar a todos los que entran y salen de su clínica.

—¡Caramba! —exclamó Keetley—. Si me importara eso, me bastaría con curiosear en su libro de consulta para saber quién ha de venir con tres semanas de anticipación. No sea obtuso. Alquilo este despacho porque quiero trabajar sin ser molestado. Disfruto en este ambiente apacible, dedicando mis esfuerzos a ser más listo que los demás.

—¿No tiene una racha de mala suerte? —indagué.

—De vez en cuando —confesó Keetley— me encuentro en un apuro. Entonces me porto como un loco. Mi razón cesa de actuar.

—¿Y entonces da un sablazo a Gerald?

—En ocasiones es usted insultante, Lam —protestó Keetley.

—Tengo un oficio… y un trabajo.

—¿Cuál?

—En este preciso instante procuro averiguar quién envenenó a los Ballwin.

Keetley se encogió de hombros.

—También lo intenta la policía.

—¿Y qué?

—La policía está mejor organizada —repuso Keetley con sequedad—. Son más eficientes y poderosos. ¿Por qué no se lo deja a ellos?

—A veces se equivocan.

—Pero no es frecuente.

—A veces descubro algo que les ayuda —agregué.

—Sí, puedo creerlo —afirmó Keetley.

—¿Quién cree que les administró el veneno?

Keetley meditó un instante y contestó:

—Debió de ser alguien de la casa. Tengo entendido que los tubos de pasta de anchoas que usted regaló no estaban envenenados. Aunque, considerándolo con sangre fría y desapasionadamente, fue como si usted tratase de tentar a alguien.

—No lo pretendía —repliqué—. Sólo deseaba que la señora Ballwin…

—¿Qué?

—Mantuviese el *statu quo* de su hogar algún tiempo más.

Keetley reflexionó.

—Es sorprendente lo corta de alcances que es la gente.

—¿A qué se refiere? —exclamé, levantando la cabeza.

—Pues a que, personalmente, pienso que la policía arrestará al asesino dentro de tres horas.

—¿Acepta una apuesta? —sonreí.

—Claro que sí —repuso Keetley con entusiasmo—. Le apuesto… Un momento; concédame cierto margen. Apuesto a que la policía descubrirá al envenenador y tendrá pruebas suficientes para acusarle dentro de tres horas. Ofrezco dinero a la par.

—¿Tiene alguna confidencia? —pregunté.

Keetley se rió.

—¿La tiene usted?

—No.

—Sólo confío en la policía, eso es todo —explicó Keetley—. Pensamos que los policías son estúpidos porque lo analizamos individualmente. Es una equivocación. En primer lugar, porque no son tontos. Muchos de ellos carecen de la educación de un hombre de ciencia, es decir, no tienen el mismo tipo de educación. Pero pasamos por alto la circunstancia de que la unidad constituye el poder. Cuando nos referimos a ellos, deberíamos considerarlos, no como un grupo de policías individuales, sino como toda la fuerza policíaca.

—Ya sé que son buenos —repuse—. No se moleste en

convencerme.

—Bien puede afirmarlo —prosiguió Keetley—. Son mucho mejores de lo que opina la gente. Y, por otra parte, la inmensa mayoría de los asesinos son unos perfectos idiotas.

—¿Por qué?

—¡Diablos! —suspiró Keetley—. Aténgase a los hechos. Lea los periódicos los viernes por la mañana. ¿Qué encuentra? Escondido en un ángulo de una página interior verá unas líneas que notifican que un desgraciado ha sido electrocutado, ahorcado o encerrado en la cámara de gas. La trampa cedió a las diez y un minuto; se dictaminó su muerte a las diez y dieciséis.

»Cada viernes se reanuda la lúgubre procesión que sube tambaleándose los trece escalones del cadalso, es conducida a la cámara de gas entre dos asistentes o cubre la última y espantosa milla hacia la silla eléctrica. Son tontos. Emprenden el viaje a la eternidad en viernes, saboreando el único remedo de tortura que nuestra civilización ha imaginado. No sólo privan al culpable de su vida, sino que le obligan a pensar que parte hacia la muerte en un día nefasto. ¡Maldición! Me ponen enfermo con su asquerosa incompetencia.

—¿Cuál? —pregunté.

—La de los tontos que mueren en viernes —respondió Keetley, y sus ojos brillaban con extraña intensidad—. Son los fracasados de los asesinos, los que pierden la cabeza, los incompetentes…

—Y en ocasiones los desafortunados —indiqué.

—Sí, en ocasiones alguno tiene la suerte vuelta de espalda —concedió Keetley—; pero eso ocurre en todas las profesiones, en todas las actividades de la vida. En este mismo instante unos estupendos conductores de automóviles aparecen ante el juez. Siempre les fue bien, pero bastaron unos minutos de mala suerte, otro coche saliendo de una travesía, un chofer borracho y… ¡*cras*! Se rompen unos cristales y un automovilista feliz y descuidado se enfrentará con la ley.

»Lo mismo ocurre en todos los aspectos de la existencia. No se puede reprochar a los asesinos desventurados. Los más inteligentes tienen mala suerte; a otros les sonríe la fortuna. Vaya lo uno por lo otro. Pero los asesinos absolutamente buenos no se tambalean en viernes en los trece escalones… es sólo la hez de la profesión, los

tontos.

»Supongo que a estas horas existe uno fracasado odiando a muerte a Carlota Hanford. Estoy convencido de que no es inteligente. La policía le echará el guante, aunque apenas sacará nada con ello, pues los Ballwin, según creo, no sufrirán más que un buen dolor de vientre. Se asegura que él está fuera de peligro y que ella mejora.

Keetley tomó aliento y se levantó.

—Gracias por la visita, Lam. Ahora debo empezar a trabajar en las carreras de mañana. Lo malo de mi sistema es que no se le puede descuidar un segundo. Me gusta leer y hablar de asesinatos, pero me gano la vida adivinando qué caballo llegará antes a la meta.

—Buena suerte —le deseé, estrechando su mano.

La puerta se cerró detrás de mí. Recorrí la mitad del pasillo. De pronto me volví para cerciorarme de si me vigilaba.

La entrada seguía tal como antes. Ni siquiera le interesaba enterarse de si me dirigía a la clínica del doctor Quay o tomaba el ascensor.

capítulo trece

RUTH Otis esperaba frente a mi casa, mirando en otra dirección. Detuve el coche casi a su lado. Se volvió como si notara la presencia del vehículo, con el rostro crispado.

—¡Donald! —exclamó al verme.

Me deslicé por el asiento y abrí la portezuela. Ruth me atenazó el brazo y apretó hasta que noté que sus dedos se clavaban en mi carne.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro de que esté aquí! —inspiró.

—¿Hace mucho que llegó?

—No mucho —repuso Ruth, nerviosa—. Unos cinco o diez minutos, pero los segundos me han parecido siglos… ¿Hice algo malo?

—Sí.

—Pero ¡Donald, no podrán encontrar el paquete! —protestó Ruth tartamudeando—; en cambio yo lo puedo buscar cuando quiera. Nadie pensará en buscar en el sitio en que está.

—Hubiera llegado antes, pero me entrevisté con Carl Keetley —indiqué, mirándola con fijeza.

—¿Quién es?

—El señor Keetley —aclaré— es el hermano de la primera mujer de Gerald Ballwin.

—¡Oh!

—Y da la casualidad de que es el hombre que la siguió anoche —agregué con indiferencia—, cuando salió de la clínica del doctor Quay con el paquete de veneno.

—¿Me… me siguió?

—Eso es.

—Pero, Donald, no es posible. Yo… ¿Pretende usted decir…?

Incliné la cabeza.

—Exacto. La siguieron dos personas: una era Keetley, otra un detective que contraté para que le vigilara.

—Pero ¿Keetley sabe… sabe lo que hay en el paquete?

—Temo que sí.

—¿Ha hablado con él?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Nada. No enseña sus cartas.

Ruth hizo un gesto de desesperación.

—Entonces tal vez no sepa quien soy. Quizá…

—No sea niña —repliqué—. Usted le interesaba tanto que la siguió desde la clínica hasta la estación donde usted guardó el paquete en un armario de alquiler.

Ruth parecía a punto de rehusar el sostén de sus piernas y desplomarse en la acera.

—Siento insistir —continué con acento glacial—, pero la situación sería mucho menos complicada si me hubiera obedecido. Tal como está, ignoro lo que sucede y lo que sucederá.

Ruth se pasó la mano por la frente.

—Si él va a la policía y les cuenta que yo…

—En efecto.

—Pero, Donald, el paquete no fue abierto. Estaba intacto.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque se hallaba igual que cuando lo saqué de la farmacia.

—¿Cómo lo sabe? —repetí.

—Lo abrí, examiné la botellita y lo rehíce.

—¿Lo limpió?

—¿Por qué?

—Por sus huellas dactilares.

Ruth se puso más pálida aún. Meneó débilmente la cabeza.

—No. Estaba tan segura de que no lo habían tocado…

—¿Lo pesó?

—No.

—¿Cuánto arsénico pidió?

—El doctor Quay me ordenó doscientos granos.

—Bueno, tenemos cogido un toro por la cola —suspiré—. Si la botella contenía doscientos granos le será imposible asegurar si se sacó una pequeña dosis.

—¿No podría ir a buscar el arsénico? —propuso Ruth.

—¿Qué haría con él?

—No lo sé. Tirarlo, destruirlo, librarme de él de una forma u otra. O avisar a la policía como usted indicó.

—Es imposible predecir si Keetley ha hablado o no —comenté —. Quizá ha recurrido a la policía y ésta ha tendido una trampa. Puede esperar a que usted vaya a recobrar el arsénico. En tal caso, en cuanto abra el armario y coja el paquete, le darían un golpecito en el hombro y un hombre apartaría la solapa de su chaqueta para enseñarle un escudo dorado y…

—¡Calle Donald! —gimió Ruth—. Ya tengo los nervios de punta.

—Pues así estamos —dije—. Ignoramos la situación. Debemos avanzar a tientas.

—¡Cuánto lo siento, Donald! Cuando vi el veneno en el estante, sin haber sido abierto, pensé que podría librarme de él y…

—¿Y qué hubiera dicho cuando encontrasen su nombre en el registro de la farmacia?

—La verdad. ¿No podríamos hacerlo ahora?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no? —protestó Ruth.

—Porque ahora parecería una invención suya para tener una coartada.

—No lo entiendo.

—Suponga que hubiese envenenado a Gerald Ballwin y esposa —expliqué—. La habían despedido de la clínica en que trabajaba. De improviso ella comprendió que en el estante del laboratorio estaba el veneno que había utilizado y que la policía, al examinarlo, descubriría que faltaba un poco. Usted se proponía reemplazar la dosis empleada quizá hoy mismo pero, como ayer la echaron a la calle, no tendría ocasión de hacerlo. Así, pues, antes de devolver la llave de la clínica, fue a tomar el veneno del laboratorio para llevarlo a la estación. Eso lo hizo anoche. A primeras horas de esta mañana o a las últimas de ayer, sacó el paquete del armario, llenó el vacío y llamó a la policía.

»En cuanto reconozca que está enterada del envenenamiento y de que el arsénico por usted comprado fue el utilizado, estará perdida. No podrá explicar de manera satisfactoria su visita de noche a la clínica, el haber tomado el paquete del estante,

conservándolo en su poder doce o quince horas, y avisar después a la policía.

Ruth hizo un gesto que indicaba que estaba de acuerdo. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de una luz patética.

—Suba al coche —la aconsejé—. Descanse. Tenemos que pensar algo.

—¿Qué haremos?

—Sólo cabe una cosa —contesté—: quedará fuera de circulación hasta que sepamos algo más.

—¿Sospecha que el hombre que me siguió ha avisado a la policía?

—¡Que me aspen si lo sé! —repuse—. Lleva algo entre manos y es inteligente. No debemos olvidarlo.

—Pero ¿dónde me esconderé? ¿Adónde iré?

—Precisamente eso es lo que tenemos que pensar.

Ruth posó una mano sobre la mía.

—Haré lo que usted decida, Donald.

Callé un segundo para escuchar los gritos de un vendedor de periódicos y solté suavemente mi mano para sacar una moneda del bolsillo. El muchacho se aproximaba voceando:

—¡Prensa, prensa! ¡Entérense del reciente asesinato!

Llamé al muchacho, inclinándome sobre Ruth y recibí por la ventanilla un ejemplar a cambio de la moneda. A la derecha de la primera página en grandes letras, se leía:

«
DAFNE
BALLWIN
FALLECE».

Ruth vio el título y contuvo con dificultad un chillido.

Coloqué el periódico sobre el volante para que los dos pudiésemos leerlo.

—Donald… eso significa que… ¡Oh! —gimió Ruth.

—Ahorre energías —le ordené—. No hay tiempo para dramas.

Por lo que se deducía, la noticia había sido recibida en el último instante y la redacción había agregado unos cuantos párrafos a una información preparada y compuesta con anterioridad.

«Cuando la muerte sorprendió inesperadamente a la señora de Gerald Ballwin esta mañana, la policía tuvo la seguridad de que se enfrentaba con uno de los crímenes más misteriosos de la década.

»Dafne Ballwin, que ingresó en el hospital anoche sufriendo envenenamiento por arsénico, había pasado el período crítico cuando una recaída repentina, unida al estado precario de su corazón, le produjo la muerte.

»Su esposo, Gerald Ballwin, prominente hombre de negocios, llegó al hospital una hora y pico antes de que se descubriese intoxicada a la señora Ballwin, si bien la policía cree que ambos fueron envenenados al mismo tiempo. Los médicos opinan que Gerald Ballwin se recobró más pronto debido a su rápido traslado al hospital. Entrada la mañana se nos comunicó que mejoraba y que estaba en disposición de telefonear a sus socios referente a sus negocios importantes de fincas.

»Hablaba con su secretaria cuando se enteró de la muerte de su mujer. Inmediatamente ordenó que se cerraran sus oficinas hasta después del entierro.

»La verdad del envenenamiento de Gerald Ballwin, de treinta y cuatro años, y de Dafne Ballwin, de treinta y dos, que residen en el 2319 de la Avenida de Atwell, sigue siendo un misterio, a pesar de haber transcurrido más de doce horas desde que la policía inició sus investigaciones.

»Ballwin, conocidísimo entre los urbanizadores, se sintió mal a poco de haber comido unos entremeses preparados por su esposa. Le trasladaron inmediatamente al hospital.

(Continúa en la página cuarta)».

Doblé el periódico y lo arrojé a la parte posterior del coche.
—Bueno, ya está —exclamé—. Ahora se trata de un asesinato.
—Donald… —murmuró Ruth.
Abrí la portezuela del auto.
—Apéese.
Ruth saltó a la acera sin decir una palabra. Me puse a su lado.
—¿Adónde vamos? —me preguntó.

—A dar un paseo —respondí.

La cogí del brazo y la conduje a los cuatro peldaños de la entrada. Utilizando la llave, nos encontramos en el vestíbulo y poco después en el ascensor.

—¿Ésta es su casa? —preguntó Ruth.

Afirmé.

Me contempló con curiosidad, pero acabó por apoyarse en una esquina. Apreté el botón del tercer piso y la puerta se cerró lentamente. El aparato emprendió la ascensión.

Ruth guardó silencio.

Se paró el ascensor y la puerta deslizóse a un lado.

La cogí nuevamente del brazo y la conduje por el corredor. Entramos en mi piso.

—Está muy enredado —expliqué—. Sólo hacen la limpieza una vez a la semana, porque no quiero que me molesten. Si suena el teléfono, no responda; no se acerque a la puerta, si llaman. Hablemos del teléfono. Me pondré en comunicación con usted en caso de necesidad. Oirá el timbre, pero no haga caso; consulte su reloj. Dejaré que se repita la llamada cuatro o cinco veces y colgaré. Volveré a llamar exactamente dos minutos más tarde y haré lo mismo. Transcurridos otros dos, repetiré la maniobra. No aparte los ojos de su reloj. Podrá contestar a la tercera vez, si entre una y otra existe un intervalo de dos minutos. ¿Está claro?

Ruth repuso que sí con un ademán.

—Sólo se librará de este lío de una manera —añadí—. No sé si tendremos éxito. Depende de la cantidad de actriz dramática que lleve dentro.

—¿Qué desea que haga? —preguntó.

—No podemos hacer más que una cosa y debemos llevarla a cabo aprisa.

—¿Qué?

—No podrá presentarse a la policía explicando lo del paquete de arsénico, porque no le sería posible explicar la dilación.

—Ya habló de eso antes.

—Pues lo repito. Tendré que buscar el veneno para entregarlo a la policía.

—¿Qué dice? —chilló Ruth.

—Iré a la estación —expuse—. Me aseguraré de que no me

siguen. Procuraré cerciorarme de que nadie vigila los armarios para arrestar a la persona que recobre el arsénico. Después lo sacaré.

—Pero ¿cómo sabrá que no vigilan? —gimió Ruth—. Siempre hay mucha gente y…

—Lo ignoro —contesté—. No puedo garantizar nada, pero haré lo que pueda.

—¿Y si falla?

—Si fallo —respondí—, me darán un golpecito en el hombro en el momento en que mi mano se cierre en el paquete. Diré que usted vino a contarme que usted había recordado que el doctor Quay la había mandado a comprar arsénico y que no sabía qué hacer. Al principio no se atrevía a consultar a la policía sin hablar conmigo. Anoche quiso ponerse en contacto conmigo sin conseguirlo. Entonces fue a la clínica, cogió el veneno, lo guardó en el armario y por fin consiguió hablarme. Me entregó la llave del armario explicándomelo todo y me preguntó si yo se lo referiría a la policía.

»Yo le contesté que investigaría. Si el veneno estaba en el armario y si parecía que usted lo había comprado y llevado a la clínica, lo notificaría a la policía. No quería arriesgarme a producir una falsa alarma. ¿Comprende?

Ruth inclinó la cabeza.

—En otras palabras —proseguí—, intento indicar que me sentía escéptico. Es decir, le respondí a usted que no quería convertirme en el hazmerreír de la policía. Por lo mismo, quería comprobar su relato antes de acudir a ella.

—¿Creerán eso? —exclamó Ruth con acento de duda.

—No, pero un jurado sí.

—Es demasiado peligroso, Donald.

—No, es el único medio de librarla.

—Tengo miedo. ¡Oh, Donald! Todo me da miedo.

—Para que salga bien —continué—, tengo que adoptar una actitud de gran indiferencia para con usted y usted habrá de fingir que está fascinada por mí. Yo he ganado su confianza. Usted es una joven tímida, retraída y modesta. Le es insoportable la idea de recurrir a la policía, pero me pidió ayuda porque desea que se haga justicia. ¿Comprende el proyecto? Se mostrará chiflada por mí, me idolatrará. ¿De acuerdo?

Afirmó una vez más.

—Ésa es su parte —añadí—. Todo depende de eso. Yo estoy abstraído en el caso, no me doy cuenta de que usted existe. Usted está loca por mí, por mí daría la vida. En cambio, yo no movería un dedo por usted: tengo trabajo y estoy angustioso. ¿Podrá representar ese papel?

La boca de Ruth se agitó en una débil sonrisa pensativa.

—Creo que mi actuación será convincente, Donald —prometió con tranquilidad—. No tendrá motivo de queja.

—Recuerde que no puede haber fallos. Usted vació y puso su corazón a mis pies. Mi escepticismo me impedía hablar con la policía hasta haber investigado. Pero la traje a mi piso ordenándole que no se fuese, porque si hallaba el veneno y las cosas resultaban como usted había dicho, yo iría a buscar al sargento Frank Sellers para que escuchase su relato. ¿Lo recordará?

—Sí.

—Eso es todo.

—Pero, Donald, usted corre un riesgo espantoso.

—No, si todo resulta como espero.

—Pero suponga que no es así.

—Entonces estaré en peligro.

—¿Por qué? —estalló Ruth—. ¿Por qué se preocupa tanto de mí?

—Lo desconozco —confesé—. Quizá se deba al beso de anoche.

Ruth me miró de hito en hito.

—Donald, no me gusta eso.

—¿Qué?

—No trataba de seducirle.

—Estoy convencido.

—Me gusta usted. Es maravilloso.

—Gracias.

—No quiero que se arriesgue por mi culpa —protestó Ruth con pasión—. No debo pedírselo.

—No me lo pide —repliqué—. Yo lo hago.

—Estoy segura de que hay más riesgos de los que usted dice.

Moví la cabeza.

—Deme la llave del armario —ordené.

Ruth abrió su gran bolso y registró el monedero. Se puso muy seria. Pero sonrió inmediatamente y dirigió su mano hacia el

bolsillo de su traje sastre.

Noté la expresión de desfallecimiento de sus ojos.

—¿Qué ocurre? —me sobresalté.

—La olvidé en el bolsillo del otro vestido —respondió Ruth—. Me cambié esta mañana.

—¿Qué hizo con el que llevaba anoche? ¿Lo envió al tintorero?

—No; está en mi ropero.

—¿Con la llave?

Dijo que sí con la cabeza. Un segundo después me proponía:

—¿Voy a buscarla?

—No se acercará ni a cien metros de su piso —respondí con energía—. Entrégueme sus llaves.

Me las largó.

—¿Dónde está el vestido? —pregunté.

—Entre en la habitación y verá una puerta a la izquierda es la del ropero. Está colgado. Encontrará la llave en el bolsillo de la izquierda de la chaqueta.

—Bien. Espere a que regrese —mandé—. Recuerde lo que le dije sobre el teléfono.

—Donald, yo…

Se levantó de la silla y corrió hacia mí, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes.

—¡Donald! —exclamó.

Pero de pronto dio media vuelta.

—¿Qué? —pregunté.

Me daba la espalda, mirando por la ventana. Meneó la cabeza.

—¿Qué le pasa, Ruth? —insistí.

—No puedo —murmuró—. No debí hacerlo anoche. Le… le emocionó y ahora se aventura por mí, sólo porque… por eso.

—Eso ocurrió anoche y ya había decidido a arriesgarme entonces —aseveré—. Eso no empeorará las cosas.

Pero ella siguió enfrentándose con la ventana.

—Donald, no lo repita —suplicó.

Y del tono de su voz deduje que estaba llorando.

Me aproximé a ella y la obligué a volverse, poniéndole las manos en los hombros.

—No, Donald. ¿No ve que… que también me emociona?

capítulo catorce

FRENÉ el coche delante de la casa de pisos de la Avenida de Lexbrook y corrí hacia la entrada, metiendo la llave de Ruth en la cerradura. Mientras ésta cedía, miré con indiferencia por encima del hombro.

No descubrí a nadie interesado en lo que yo estaba haciendo. En toda la manzana había coches parados, pero todos estaban vacíos.

Subí los escalones de dos en dos hasta la habitación de Ruth. Introduje la llave sin llamar previamente y miré a lo largo del pasillo a fin de cerciorarme de que nadie me observaba. Después empujé la puerta y penetré en la estancia.

El instinto me avisó. Me agaché.

Pero no fui lo bastante rápido. Se me antojó que la casa se me venía encima. Mis piernas perdieron vigor. La desteñida alfombra encarnada se disparó hacia mi rostro y chocó contra él. Las tinieblas me engulleron.

Comprendí de un modo vago que el tiempo había volado. Me era imposible calcular cuánto. Al fin y al cabo no tenía importancia. Estaba mareado. Un taladro me perforaba el cerebro con un agudo chirrido, callando de pronto. Era semejante a la broca de un dentista, perfectamente automático. No necesitaba que nadie lo manejase. Continuaba horadando mi cabeza.

Conseguí abrir los ojos. Poco a poco, mis sentidos respondieron a los dictados de mi voluntad.

Estaba de bruces en la delgada alfombra del piso de Ruth Otis. Olía a polvo. El ruido que había comparado a la broca de un dentista era el zumbido de un moscardón verde que revoloteaba en torno a mi cabeza, se posaba en ella y reanudaba sus vuelos circulares.

Me esforcé por descubrir si había alguien en la habitación.

Pero, exceptuando el moscardón, no oía nada.

Sólo distinguía las patas de las sillas, las pisadas y la parte inferior de la mesa.

Traté de flexionar los músculos de mis extremidades. Respondían, a pesar de mi terrible dolor de cabeza y de mi estómago revuelto.

Inhalé con fuerza y escuché un momento. Finalmente, recobrando vigor, me puse a gatas y salté en pie.

No ocurrió nada.

Por lo visto, estaba solo en el piso. La estancia tenía el aspecto huero y tristón característico de los departamentos vacíos al mediodía.

Había un ambiente de fantasmagórica irrealidad en todas las cosas. El aposento semejaba desnudo sin la presencia de Ruth. Era como ver los vestidos de un ser amado colgando flácidos e inanimados de una percha.

Mi cabeza continuaba aclarándose, sin dejar de dolerme. Anduve al cuarto de baño y lo abrí de un tirón.

Nadie.

Caminé de puntillas hasta el ropero, tiré de la puerta y salté atrás.

Nada.

Era dueño y señor del piso.

Alargué tímidamente el brazo y encontré el vestido gris que Ruth llevaba la víspera.

Introduje los dedos en el bolsillo de la izquierda y luego en el de la derecha.

No esperaba encontrar nada. Por consiguiente, me asombró sentir una suave y fría superficie metálica bajo las yemas de los dedos. Adelanté la mano esperando que sucediera algo. Me sorprendí de tener la llave sin que sonara un disparo, un timbre de alarma o los silbatos de los guardias.

Esperé, examinándola. Después, con un gesto violento, la eché en uno de mis bolsillos.

Lancé una última mirada a la habitación y me dije que si iba a registrar el piso, lo mejor era empezar por la habitación de la cama empotrable.

Pasé a ella. El lecho estaba bajado; lo habían arreglado y la

sábana estaba doblada. En la cabecera había un hueco. Un zapato salía de él. Lo contemplé. Estaba ocupado.

Retrocedí de un brinco.

No aconteció nada. La pierna siguió inmóvil. Encendí una luz. Un cuerpo femenino yacía en el rincón, inerte.

Le tomé el pulso. Estaba aún tibio, pero sin vida. Le levanté la cabeza.

La luz hirió el rostro de Ethel Worley. Una media de nylon se anudaba a su garganta.

Me aseguré de que había fallecido y salí del hueco. Coloqué la cama en su posición primitiva y corrí el cerrojo de la puerta.

Empuñé con un pañuelo el tirador de la del pasillo y lo hice girar muy despacio, mientras con mi otra mano movía el pestillo automático.

Cuando lo tuve todo a punto, abrí de golpe.

El pasillo se hallaba desierto.

Bajé corriendo al vestíbulo. Había un teléfono en él. Eché una moneda y marqué el número de la Jefatura de Policía, pidiendo comunicación con el sargento Sellers, de la brigada de Homicidios.

Un momento después percibía la voz de Frank Sellers.

—Aquí Donald Lam, sargento.

—Hola, Donald —respondió Sellers—. Deseo verle. ¿Dónde está?

—En la Avenida de Lexbrook mil seiscientos veintisiete —respondí—. No estará de más que se apresure a venir.

—¡Qué ocurrencia! —gruñó Sellers—. ¿Por qué no viene usted aquí para variar? Tengo…

—El cadáver de Ethel Worley, secretaria de Gerald Ballwin —interrumpí—, ocupa el sitio de la cama de la pared, en un piso perteneciente a Ruth Otis y…

Mientras hablaba apreté el gancho del teléfono cortando la comunicación. Colgué el aparato y salí de la cabina y de la casa.

Al recibir el sol deslumbrante en los ojos, mi cabeza herida me obligó a hacer una mueca de dolor.

Un segundo después mi cerebro se había aclarado lo bastante para permitirme estudiar la calle llena de luz, ocupada por los autos estacionados, tranquila, indiferente.

El coche de la agencia seguía donde lo había detenido.

Agité la cabeza para aclararla y hube de confesar que había

cometido un error. Descendí los peldaños y me lancé hacia mi auto. Me puse al volante.

Nadie me siguió cuando arranqué.

capítulo quince

EN la estación de la Unión encontré un espacio libre para mi coche.

Continuaba sin ser perseguido.

Recorrí la caldeada acera bajo el sol intenso y me sumé al chorro de gente que penetraba en la estación. Una vez en el interior, me acerqué al concurrido bar.

Tomé una Coca-Cola y dos aspirinas.

Nadie se fijaba en mí.

Me encaminé hacia las cabinas telefónicas.

En mi opinión había el ordinario vaivén de personas. A aquella hora la estación no rebosaba de gente. Los trenes de la mañana habían descargado ya sus pasajeros y hasta las tres o las cuatro los de la tarde no comenzarían su viaje transcontinental con su cargamento de viajeros.

Encontré una cabina vacía y llamé a mi apostador.

—¿Cómo está *Fair Lady* para la segunda carrera de esta tarde? —le pregunté.

—Cinco contra uno. ¿Cuánto quiere?

—Cien dólares.

Lanzó un silbido.

—Eso es en usted jugar fuerte, Lam.

—De los cobardes no se ha escrito nada.

—Repita eso y sólo le ofrezco dos a uno —me amenazó el apostador—. Estoy seguro de que escogió ese caballo no más que para soltarme esa frasecita. Muy bien; de acuerdo. Adiós.

Salí de la cabina sin ser notado.

Anduve hasta la sección de los armarios de alquiler y localicé el número veintitrés. Nadie lo vigilaba. Me llené los pulmones de aire, recordando lo que había dicho al apostador: «De los cobardes no se ha escrito nada».

Me encaminé en derechura al armario con la llave en la mano y la introduje en la cerradura. Se negaba a girar. Descubrí un aviso que anunciaba que había un recargo de diez centavos por cada doce horas. Puse una moneda en la rendija y oí el chasquido del mecanismo de la cerradura.

Di la vuelta a la llave. La puerta cedió.

No se veía nada en el interior.

Metí mi brazo y recorrí el hueco; después me agaché hasta estar a su nivel.

Estaba vacío.

Cerré la puerta sin sacar la llave y me alejé.

capítulo dieciséis

ANSIABA que Berta hubiese salido a almorzar.

Pero no era así.

—La señora Cool quiere verle inmediatamente —me anunció la nueva telefonista—. Le espera en su despacho.

—Gracias. Dentro de un momento iré —contesté.

—La avisaré de que está usted aquí.

—No, no se moleste. Inmediatamente pasaré a hablarle —prometí.

—Pero deseaba saber cuándo llegaría usted.

—Tengo que hacer algo antes —repuse—. Cuestión de un minuto. A continuación entraré en su despacho. No le diga nada ahora.

La telefonista me miró con las facciones contraídas como si se dispusiera a llorar.

Me reí.

—Muy bien, anúncieselo si se lo ha mandado —accedí.

Penetré en mi despacho. Elsie Brand palideció.

—¡Dios mío! ¡Donald! Tiene una cara espantosa. ¿Qué ha sucedido? —exclamó.

—He sufrido un contratiempo.

—¿Necesita hablar de él?

—No —contesté, y agregué, notando su expresión de simpatía—: Alguien me atizó un porrazo en la coronilla y me mandó al país de los sueños. Tengo dolor de cabeza; mi espina dorsal empieza a estar como si la hubiesen almidonado.

—¿Por qué no toma un baño turco? —me aconsejó Elsie.

—Me agradaría.

—Búsquelo en ese caso —me ordenó Elsie—. Se puede pensar tanto en un baño turco como…

La puerta se abrió de par en par.

—¡Maldito alfeñique! —tronó Berta—. ¿Qué te propones al desertar cuando todo empeora?

—He estado trabajando en el caso.

—¡Trabajando en el caso! —vociferó Berta con desprecio—. ¿Qué sabes tú de éste? Trabajas en el de ayer. ¿Qué especie de antro es el nuestro si no podemos estar en contacto cuando sucede algo? ¿Por qué diablos no me dices dónde estarás? ¿Por qué no telefoneas de vez en cuando?

Ocupé mi silla giratoria y la empujé atrás para poner los pies sobre el escritorio. Hice una mueca cuando el respaldo apretó mi espina dorsal.

—¿Qué te pasa? —preguntó Berta.

—Tiene dolor de cabeza —informó Elsie.

—¡Dolor de cabeza! —aulló Berta—. ¡De cabeza! ¿Qué cree que tengo yo?

—Cierre el pico —ordené a Berta—. Debo pensar.

—¿Has de pensar? —se sorprendió—. ¡Si todavía no sabes acerca de qué!

—Muy bien, cuénteme de qué se trata —exclamé con cansancio —. Prefiero escuchar a que sus chillidos me perforen los tímpanos. Veamos, ¿qué debo meditar?

—Nuestra cliente está en un apuro —respondió Berta—. Nos necesita perentoriamente, ahora mismo. Y me he visto en la obligación de ganar tiempo.

—¿Quién es nuestra cliente? —pregunté.

—¿Te has vuelto loco?

—No, deseo saber quién es nuestra cliente.

—La misma de antes: Carlota Hanford.

—¿Qué quiere?

—Se halla en un aprieto y anhela que la saquemos de él. ¿Qué otra cosa puede ser? —rugió Berta—. ¿Por qué supones que vino a aflojar todo el dinero que pudo reunir? ¡Quinientos ochenta y cinco dólares en dinero contante y sonante!

—¿Eso hizo?

—Al pie de la letra —afirmó Berta con severidad—. Su tope eran doscientos cincuenta, pero le apreté los tornillos hasta que soltó quinientos ochenta y cinco dólares. Y mientras tanto no podía yo

apartar los ojos del reloj asegurándole que eras un detective muy espabilado. Finalmente, me entregó el dinero, firmé un recibo y me estuve con las manos en el regazo sin saber dónde te habías metido intentando dirigir nuestra sociedad sin mercancía que ofrecer.

—¿Por qué no se hizo cargo del asunto? —la acusé.

—¿Cómo? —chilló Berta—. ¿Pues qué he hecho? ¿No acabo de contarte que transformé doscientos cincuenta dólares en quinientos ochenta y cinco? No seas estúpido. Pruébalo alguna vez si crees que es fácil.

—¿Qué decía el recibo, Berta? —indagué.

—Que habíamos recibido quinientos ochenta y cinco machacantes.

—¿Por qué?

—Por representar a Carlota Hanford.

—No debió hacerlo —la amonesté.

—¡Ah, entiendo! —exclamó Berta—. No te gusta el color de su pelo o algo parecido, ¿verdad?

—No estará de más que se acostumbre a reflexionar antes de comprometernos.

—Ya he reflexionado —me desafió Berta—. El resultado son quinientos ochenta y cinco dólares y una inocente jovencita a la que se desea complicar.

—¿Quién lo desea?

—Es lo que debes averiguar.

—¿Cómo se trata de hacerlo?

—Falsificando pruebas. Frank Sellers me saca de quicio. Es incapaz de reconocer a un inocente cuando lo tiene ante las narices.

—¿Dónde está ahora Carlota?

—La envié a almorzar. Le aseguré que volverías. ¡Dios mío! Yo estaba tan nerviosa que ni siquiera acababa los cigarrillos. Los soltaba en cuanto los encendía ¡Quince centavos de cigarrillos medio fumados!

—El cincuenta por ciento de quince centavos son siete centavos y medio —le dije con acento de fatiga y los ojos cerrados.

—Ésa es la verdad —gruñó Berta—. Ya era hora de que lo comprendieses.

Hubo una pausa de unos segundos mientras Berta acumulaba fuerzas para otro asalto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo —murmuré.

—Frank Sellers ha estado curioseando en la casa de Ballwin —anunció Berta—. ¿Qué imaginas que ha encontrado?

—¿Qué?

—Una taza con pasta de anchoas y arsénico pegados a los bordes.

—¿Dónde la descubrió?

—En un estante superior de la alacena.

—Eso es espléndido —aprobé—. Una prueba magnífica para él, podrá añadir una nueva pluma a su colección. Concédame diez minutos, Berta; diez minutos para meditar y me dedicaré luego a esa taza.

—¡Diez minutos! —gritó Berta—. Has tenido toda la mañana para pensar.

—Sólo diez minutos —supliqué.

—Carlota puede volver en cualquier momento —continuó Berta —. La he retenido todo lo posible; incluso le mandé que dictase una porción de hechos a la secretaria de la antesala para tenerlo todo a mano. He hecho todo lo posible, mientras ella perdía los estribos. Pide acción y…

—Me tomaré diez minutos para pensar —interrumpí—. Lo haré inmediatamente si me deja en paz. Si no consiente, lo haré en otro sitio y no me verá en toda la tarde.

Berta inhaló estruendosamente y vació los pulmones poco a poco.

—Oye encanto —suplicó—. No harás eso a tu Berta. Berta dirige la firma, consigue el dinero para que te compres esos magníficos trajes, pierda la cabeza… ¿Y qué ocurre? Llegas y…

—Tengo que reflexionar, Berta —gemí—. Hay un lío. Algo no casa. Dentro de unos minutos podré contar algo a la policía.

—Pues bien, dentro de unos minutos habremos de contar algo a…

Llamaron a la puerta. La espantada telefonista metió la cabeza en el despacho.

—¿Se puede? —preguntó.

Berta se dispuso a gritarle, pero la joven se deslizó por la abertura y comunicó en un murmullo:

—La señorita Hanford acaba de llegar y ustedes hablaban muy

fuerte. Yo… yo no sabía qué hacer…

—Dígale que entre —ordenó Berta.

—Diez minutos, Berta —insistí—. Métala en su despacho, reténgala ahí sólo diez minutos. Eso es muy importante y…

—He aguantado todo lo que podía —replicó Berta malhumorada.

Apartó de un empujón a la aterrorizada telefonista, abrió la puerta de un tirón y dijo con una voz toda mieles y almíbares:

—¡Ah! Es usted, señorita Hanford. El señor Lam y yo hemos estado discutiendo su caso. No hemos pasado nada por alto. Llegó a poco de irse usted. La seguí por el pasillo, pero ya había entrado en el ascensor. ¿Almorzó bien, querida? Pase. El señor Lam desea hablar con usted: tiene un proyecto que hemos estado estudiando.

Carlota Hanford avanzó por el despacho. La telefonista se escabulló por una rendija. Berta dio un portazo.

—Hola —saludó Carlota, sonriéndome.

—Hola.

Se sentó en la butaca de los visitantes, cruzando las piernas.

Cerré los ojos.

—Está pensando —dijo Berta en voz baja.

Oí un roce cuando Carlota Hanford se arregló la falda y cambió de posición en el asiento.

—Bueno, en resumen, ¿a qué conclusión ha llegado? —indagó la joven.

—Desea que le explique los hechos —intervino Berta—. Usted misma.

—Pero ya los he dictado. Todo está escrito —objetó Carlota.

—No se trata de esos detalles —replicó Berta apurada—. El señor Lam está al corriente de ellos. Desea oírla hablar, escuchar el tono de su voz cuando le refiera lo de la taza… ¿Verdad, querido?

—Sí —convine.

Carlota suspiró.

—Alguien procura meterme en un lío —exclamó.

—Es evidente —simpatizó Berta.

—Y no me gusta.

—Lo imagino, querida. Hable al señor Lam de ello.

—¡Ese antipático, entrometido y sarcástico sargento Sellers! —estalló Carlota.

—Comprendo sus sentimientos, hija —consoló Berta Cool.

—Registró toda la casa hasta encontrar la taza con la pasta y el arsénico. Después descubrió la cucharilla.

—¿Dónde estaban? —intervine.

—La taza en el estante superior de la alacena, detrás de unos platos raras veces usados. Sin duda la colocó allí alguien que deseaba ocultarla y carecía de tiempo para encontrar un sitio mejor.

—Continúe —ordené.

—Yo la había usado —dijo Carlota—. Es decir, tiene mis huellas dactilares.

—¡Ah! —exclamé.

—Sí, la había usado —repitió Carlota—. Anoche, después de cenar, subí con ella a mi habitación. Me gusta el café muy dulce; le pongo tanto azúcar que lo convierte en un jarabe. Luego lo tomo sin prisas.

—¿Dónde estaba la cucharilla? —inquirí.

—En un cajón del escritorio de mi alcoba.

—¿Había otras huellas digitales en la taza además de las suyas?

—Lo ignoro. El sargento Sellers no se refirió a eso. Me mostró las fotografías de las mías.

—¿Eran ampliaciones?

—Sí.

—¿Y le permitió compararlas con otras suyas para probar que no se echaba un farol?

—Sí. —Me agité un poco en la silla giratoria—. Al principio, no lo entendía. Pero al reflexionar, recordé que había dejado la taza en mi habitación. Cualquiera pudo cogerla.

—¿Se lo dijo así al sargento Sellers?

—Sí.

—¿No forja un cuento?

—No, digo la verdad —afirmó Carlota dignamente.

—¿Está segura de que es toda la verdad? —insistí sin impresionarme.

—Sí.

—¿No ha inventado nada?

—No.

—¿Tiene idea de quién puso la taza en el estante de la alacena?

—No.

Bajé los pies del escritorio.

—Pues, si eso es exacto —le comuniqué—, tiene medio de probarlo.

—¿Cómo? —preguntó Carlota con avidez.

—La prueba que obra en poder de la policía demostrará que su relato es cierto —aseguré—. Ella misma se encargará de confirmarlo.

—¿Cómo? —repitió Carlota esperanzada.

—Ya le dije que tiene sesos —arrulló Berta.

—La pasta de anchoas tendrá veneno porque el criminal mezcló el arsénico con ella —comencé.

—Naturalmente —aseveró Carlota.

—Pero cuando el sargento Sellers —proseguí— examine la cucharilla, descubrirá que no hay pasta en ella. Eso dará fuerza a su explicación. Si usted fuese culpable hubiera empleado la cucharilla que tenía en su habitación. La persona que intentara complicarla, no pensaría en la cucharilla, sino que se haría con la taza por tener sus huellas dactilares y usaría otro cubierto.

—¡Bravo, encanto! —murmuró Berta.

Carlota Hanford guardó silencio.

—¿Bien? —le pregunté.

Cambió de posición.

—Suéltelo —la animé.

—La persona que trató de complicarme no es tonta —repuso Carlota.

—¿Por qué?

—La cucharilla tenía pegados trocitos de pasta cuando el sargento la encontró —aclaró Carlota—. También contenían arsénico.

—¡Que me aspen! —masculló Berta con acento explosivo.

—Es lástima que no pensase otra mentira antes de hablar con Sellers —comenté.

—¡Cállese! —me ordenó Carlota.

—Piensa, amor mío —me suplicó Berta—. Piensa, por el amor de Dios. Tenemos que encontrar el medio de sacarla del paso.

Me volví hacia ella.

—Sólo tenemos licencia de detectives.

—¿Qué quieres decir? —se asombró Berta.

—Si quiere convertirse en cómplice, tendrá que buscar otro género de licencia —aclaré.

Berta me fulminó con la mirada.

—¡Es usted horrible! —me acusó Carlota.

—Oye, Donald, ya lo has hecho otras veces —gimió Berta.

—¿Qué?

—Sacar conejos de tu sombrero.

—En tales casos, mis sombreros tenían conejos dentro —repliqué —. Sólo se trataba de saber dónde se debían buscar.

—Pues empieza ahora mismo —me animó Berta.

—¡Le he dicho la pura verdad! —insistió Carlota.

Crucé los brazos. Berta se adelantó hacia mí.

—Escucha, querido —suplicó—, no podemos abandonarla en su presente situación. Frank Sellers la… bien, no sería fácil de manejar.

—Sí, comprendo lo que Sellers pensará —contesté.

—Bien —chilló Berta—. ¡Haz algo!

—¿Qué quiere que haga?

—Ante todo, debemos hacer desaparecer a la señorita Hanford antes de que… hasta que podamos explicar ciertos detalles.

—Nosotros buscamos hechos —recordé—. Carlota tiene que explicarlos.

—¿No lo he hecho? —chilló Carlota.

—Usted convenció a Berta —repliqué—. Pero no a mí y estoy seguro, tampoco a la Policía.

—Le repito que conspiran contra mí.

—Llévala a un sitio imposible de encontrar hasta que todo quede aclarado, Donald —rogó Berta.

—¿Adónde?

—¡Qué sé yo! Llévala a… a tu piso.

—No —contesté, resuelto.

—No sé por qué —añadió Berta—. Tu piso es precioso y no hay portero que vigile las entradas y salidas.

—No quiero comprometer su reputación —contesté.

—¡Uf! —rió Carlota.

—Ya ves, querido —insistió Berta—. Llévala a tu piso.

—¿Por qué no la lleva al suyo? —contraataqué—. Sería más decente.

—¿Mi piso? —chilló—. ¿Qué estás diciendo? Es más arriesgado que llevarla a la Jefatura. Si Frank Sellers la sorprendiese en él, me… me…

—¿Y qué sería de mí si la encontrase en el mío?

—Nada. En primer lugar, nunca sabrá que está en él; y, en segundo, si lo averiguaba, saldrías del paso.

—Si no quieren representarme, devuélvanme mi dinero y recurriré a otra agencia —intervino Carlota.

—Claro que deseamos representarla —repuso Berta—. Donald la conducirá a su piso, pero procura que comprenda lo que eso significa. Quizá haya de estar en él… cierto tiempo.

—No digo nada —afirmó Carlota—. Estoy en el atolladero y ansío salir de él. Por eso les pago.

Berta Cool me miró, meneando afirmativamente la cabeza.

—A tu piso, amor —ordenó—. No tenemos mucho tiempo.

—Permítame pensar un par de segundos, Berta —contesté.

—Hazlo una vez esté ella en su casa. Ése será el momento indicado. En la actual situación, puede aparecer Frank Sellers mientras reflexionas y… ¡menudo apuro!

Me levanté de la silla giratoria y dije a Carlota:

—Vamos.

Se puso en pie con un movimiento rápido y gracioso.

—Gracias —dijo a Berta.

—No tiene importancia —respondió Berta—. Cuidaremos de usted.

Noté que Elsie Brand me miraba solícita mientras yo cruzaba el despacho y mantenía abierta la puerta de la oficina para que Carlota la cruzase. La joven andaba con pasos nerviosos y contenidos, como si se esforzara por no echar a correr.

El ascensor llegó casi inmediatamente después de apretar el timbre de llamada. Una vez en la calle la conduje hacia el auto de la agencia.

—¿Está muy lejos su piso? —preguntó Carlota.

—No iremos a él.

—¿Cómo?

—Reflexioné. Berta Cool es un trozo de pan, pero todo esto es muy importante para que confiemos en su discreción.

—¿Eh?

—Piense en que, si se va de la lengua, la policía conocerá su escondite.

—No será charlatana, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿por qué no vamos a su casa?

—Porque no puedo exponerla a riesgos. Tengo la certeza de que Berta no charlará, pero, en caso contrario. Jamás me perdonaría a mí mismo, ni usted me perdonaría.

—¿Adónde iremos?

—A un campamento para automovilistas.

—¿Por qué?

—Por diversas razones —contesté—. Una, por ejemplo, es que no puedo permitirme el lujo de que se registre con nombre falso, porque eso sería un indicio de culpabilidad si la acusaran.

—Ya lo hacen.

—Por consiguiente, no debe huir. También lo usarían en contra suya.

—¿Cómo se las compondrá?

—Procuraré dar en el campamento la sensación de que somos un grupo. Me inscribiré con el nombre de «Donald Lam e invitados» y entregaré el verdadero número de la matrícula de mi automóvil.

»Si, por casualidad, nos descubren, diré que me proponía reunir a todos los testigos para comparar sus declaraciones, precisamente allí para no ser interrumpido. La llevé a usted antes que a nadie y después salí en busca de los demás testigos. Berta y yo deseábamos hacerlo a últimas horas de esta tarde.

Carlota meditó.

—¡Es usted muy inteligente! —aprobó—. La idea es magnífica.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo —afirmó Carlota.

Entré en la fila del tráfico.

—Sellers tiene motivos de sobra para llevar a cabo un arresto —proseguí, notando que me contemplaba con coquetería—. La circunstancia de que la deje en libertad indica que prepara una trampa. Debemos tener cuidado.

—Confío en usted, Donald.

Afirmé inclinando la cabeza y me encerré en el silencio.

—¿Qué le pasa? —se sorprendió Carlota—. La última vez que le

vi rezumaba biología. Ahora es la imagen de la corrección.

—Me duele muchísimo la cabeza —me excusé.

—¡Qué pena! —exclamó Carlota burlona.

Volví los ojos hacia ella. Me sonreía, maliciosa.

—Yo misma he usado ese ardid unas tres o cuatro veces.

—Mi dolor de cabeza es traumático.

—¿Qué género es ése?

—Es un término médico.

—¿Qué significa?

—Dolor debido a la violencia.

—¿Es que alguien le pegó?

—En la coronilla con una porra.

—¿Cuándo?

—Hará un par de horas.

—¿Dónde?

—Ya le dije dónde —contesté haciéndome el tonto.

—En la coronilla.

—¿Por qué le golpearon, Donald?

—Sospecho que no les soy simpático.

Carlota no volvió a hablar mientras cruzábamos el puente, dejamos atrás los suburbios y nos detuvimos en un importante campamento para automovilistas.

—Una cabaña doble con cabida para seis personas —demandé al encargado.

—Tenemos una de dieciocho dólares.

—¿Eso es todo?

—En absoluto. Esa cabaña es…

Firmé en el registro «Donald Lam e invitados». El encargado copió la matricula de mi automóvil.

—¿Dónde están los demás? —indagó.

—Ahora llegarán.

—Hay tres camas dobles —comunicó el hombre.

—Perfectamente.

—Le enseñaré dónde está. Es la número seis.

Tomó una llave y nos guió hasta una aran construcción de madera. Constaba de dos duchas enlosadas, una sala y dos alcobas.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Es lo que andaba buscando —contesté.

Se retiró el empleado. Carlota Hanford se puso a mi lado.

—Bueno, eso es todo —le dije—. Tendrá que esperar aquí. Prométame que no saldrá bajo ningún pretexto.

—Prometido. ¿Qué hará ahora?

—Volver a la oficina.

—Pobrecillo. Debería usted acostarse un poco.

—Tengo mucho trabajo —gruñí.

Carlota me acarició la coronilla con suavidad.

—¿Le duele?

—Sí, y el dolor se prolonga a lo largo de la columna vertebral. Debió de ser un golpe seco.

—¡Es una lástima! —murmuró Carlota—. Tal vez se encuentre mejor cuando regrese esta noche. Me gusta más en su estado normal.

—Pues no lo parecía cuando lo estaba —repuse.

—Eso es propio de las mujeres —sonrió Carlota.

—Lo supongo —contesté, avanzando hacia la puerta.

—¿A qué hora volverá?

—No puedo decirlo. Hay una cocinita; traeré comida. No salga, quédese aquí y mantenga la puerta cerrada. Si llama alguien, responda que se está bañando y se encuentra desnuda.

Carlota me cortó el camino.

—Donald, ha sido usted muy bueno conmigo —exclamó.

—Es mi obligación.

—Me es igual. Jamás lo olvidaré. Es… es un cielo. Sabía que yo debía pensar en… en ciertos detalles. Engañé a Berta Cool, pero a usted no, ¿verdad, Donald?

—No se preocupe de eso —repliqué—. A quien debe engañar es a Frank Sellers.

La aparté para llegar a la puerta.

capítulo diecisiete

ELSIE Brand tenía la puerta del despacho entornada de modo que le era posible vigilar la entrada. En cuando aparecí, me guiñó el ojo, haciendo gestos en dirección del despacho de Berta Cool e indicándome que retrocediese. La obedecí cuando se abrió la oficina de Berta y oí decir a Frank Sellers:

—Pues así que llegue…

El lento cierre automático interceptó mi retirada. Sellers me descubrió antes de que desapareciera de su campo visual.

—Aquí está —exclamó.

—Hola, sargento —saludé avanzando.

—Pasa, Donald —dijo Berta con el rostro ceñudo e impenetrable.

Entré con indiferencia en su despacho.

—¿Encontró el cadáver? —pregunté a Sellers.

—Sí, no tenía perdida —contestó el sargento.

Nos sentamos los tres. Sellers, con el sombrero echado, atrás y la frente arrugada, mascullaba su húmedo cigarro y lo trasladaba nervioso de una comisura a otra de la boca.

—¿Bien? —exclamó.

—Bien, ¿qué? —le pregunté sorprendido.

—¿Qué se propone? —gruñó—. Informa a la policía de que ha encontrado un cadáver, y corta en plena comunicación. No me dice dónde está, cómo puedo encontrarle ni cómo tropezó con el fiambre, lo mismo que si se tratara de un perro extraviado. Después viene a esta oficina, no intenta reanudar la comunicación con la policía y ni siquiera refiere a su socio el descubrimiento. ¿Qué diablos se propone?

—¡Vaya una porción de preguntas! —protesté aburrido.

—Bueno, empiece a hablar.

—Una cosa después de otra.

—¿Por qué colgó?

Di a mi cara una expresión de asombro.

—¿Que yo colgué? Imaginé que deseaba actuar rápidamente. Le había proporcionado toda la información esencial, de manera que no me sorprendió que interrumpiera la comunicación.

—No me dijo dónde le encontraría esperándome. Cuando una persona halla un cadáver debe avisar a la policía y explicarle quién es y todo lo demás.

—Avisé a la policía a los diez segundos del descubrimiento —afirmé—. Le dije quién era. Luego me dejó con la palabra en la boca y…

—Nos quitaron la comunicación —gruñó el sargento.

—¿Cómo podía saberlo? —desafié.

—Repitiendo la llamada.

—¿Para que me arrancasen la cabeza de los hombros? —me mofé—. Usted ya conocía todos los detalles imprescindibles.

—¿Por qué no se lo contó a Berta?

—No tuve ocasión —respondí—. No quise hablar de ello en presencia de nuestro cliente. Pensé que preferiría que la policía lo hiciese de nuestro modo. Si después resultaba que el culpable escapaba y que él estaba enterado del asesinato, no podría explicar que lo había sabido por nosotros.

—¡Qué considerado! —bufó Sellers.

—Lo soy.

—¿Cómo fue a la casa?

—Deseaba ver a una chica que vive en ella.

—¿A Ruth Otis?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

Carraspeé.

—Es enfermera del doctor
Jorge L
. Quay.

—¿Y qué? —inquirió Sellers.

—El doctor Quay es el dentista de la señora Ballwin.

—Continúe —mandó el sargento.

—Ella compró veneno en la farmacia Acme.

—¿Conque lo sabía?

—Sí.

—¿Algo más? —surgió Sellers.

—¿No es bastante? —me sorprendí.

—¿Qué hizo usted? —insistió Sellers.

—Ir a su casa.

—¿Tocó el timbre?

—Nones.

—¿Cómo entró?

—La puerta de su piso estaba ligeramente abierta.

—¿Cómo cruzó la entrada del edificio?

Levanté los ojos al techo.

—La empujé y cedió.

—¡Bah! —protestó Sellers—. Mejor será que cante muchacho.

Suspiré.

—Bueno, si se pone así, confieso que usé una llave.

—Eso está mejor —refunfuñó el sargento—. ¿Qué buscaba?

—Pruebas.

—No me dijiste nada de eso —gritó furiosa Berta.

—No tuve tiempo —me excusé.

—Ahora lo tiene —afirmó Sellers.

Eché una mirada a mi reloj.

—Ya que hablamos de tiempo, tengo un soplo seguro para la segunda carrera. Deseo telefonear en cuanto acabe para cobrar.

—Frank es amigo nuestro, querido —arrulló Berta—. Nuestro cliente está a salvo. Colaboramos los unos con los otros. ¿Cuál es tu caballo, Donald?

—El vencedor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he encontrado el sistema de ganar en las carreras. Me maravilla que no se le haya ocurrido a nadie lo mismo.

—¿Cuánto apuestas, amor?

—Un centenar.

—¡Cien dólares! Tiene que ser la fija —se entusiasmó Berta—. Jamás pasa de los diez, Frank.

—Opino que nos alejamos del asunto que nos interesa —indicó Sellers—. Explíqueme qué buscaba en el piso de esa Otis… Bueno, si tiene algo seguro para la segunda carrera, suéltelo.

—No tiene importancia —contesté—. Conocí a un individuo con un método de nuevo cuño para acertar los vencedores. Es matemático.

La silla de Berta Cool crujió al inclinarse adelante su propietaria.

—¿Cuál es el jaco? —preguntó Sellers.

—*Fair Lady*.

—No me gusta —gruñó el sargento, meneando la cabeza—. Es un saco de patatas.

—Debió haber visto cómo trabaja aquel individuo —respondí—. Tiene registradas todas las actuaciones de los caballos. Coloca en una máquina las curvas de las actuaciones trazadas en película, enciende una luz detrás y comprueba qué caballo ganará.

—¿No es más que eso? —preguntó Sellers.

—Exacto. Es un inventario perpetuo de lo que es capaz cada penco.

—¿Y apostaste cien dólares basándote en ese sistema? —exclamó Berta, entre asombrada y respetuosa.

—En efecto.

Berta empuñó el teléfono y ordenó a la telefonista:

—Póngame con la línea exterior.

Marcó frenéticamente un número y chilló:

—¿Oiga? ¿Es Fred? Aquí Berta Cool. Tengo algo para la segunda carrera… No, igual es… Dese prisa, quiero llegar a tiempo. Ya sé que urge mucho. Se trata de *Fair Lady*. Ponga sobre sus lomos veinte dólares de mi parte.

—Añada otros veinte de la mía, Berta —intervino.

—Apunte cuarenta —ordenó Berta.

Hubo otra pausa. Después dijo Berta:

—Ascienda mi apuesta a treinta. Mi amigo tendrá veinte. Así serán cincuenta dólares… Sí, inscriba a mi nombre, como si tratara sólo conmigo. Muy bien. Cincuenta. Cinco por uno. ¡Magnífico! Adiós.

Berta colgó el aparato.

—¿Quién es ese sujeto? —indagó Sellers.

—Posee una oficina en la que, aparentemente, no hace nada más que estudiar las marcas. Trabaja como un negro tomando notas, subiendo y bajando las tiras de celuloide en que están apuntadas las hazañas de los equipos. Es una idea descomunal.

—¿Por qué las sube y las baja? —se intrigó Berta.

—Porque si un caballo prefiere el terreno húmedo, puede ajustar la tira que a él se refiere con relación a los restantes. Cada vez que un jamelgo corre, examina su actuación y prolonga la curva de la misma, como él la llama. Después coge los celuloides pertenecientes a los que compiten, los apila y ajusta de forma que tenga la posición adecuada al estado de la pista y eso es todo. Enciende una luz y aparece en relieve el vencedor con precisión matemática.

Berta, mirando a Sellers, dijo:

—Parece factible.

—¿Por qué no? —pregunté—. Después de todo, lo mismo hacen todos los aficionados con lápiz, papel y sudores. Pero hay demasiados factores y es imposible coordinarlos. La respuesta es instantánea, cuando se reduce todo a una media que se puede superimponer.

—No entiendo ni jota —confesó Berta—. Lo que me convence es que hayas invertido cien dólares en ese cuadrúpedo. Está seguro de que triunfará.

—No se enfade conmigo si no vence —la avisé—. No le mandé que apostara. Ni siquiera estaba dispuesto a decirle su nombre hasta que el sargento me obligó.

—Pero ¿apostaste cien dólares?

—Sí, señora.

—Eso me basta —decidió Berta—. Arriesgamos cincuenta dólares.

—Veinticinco cada uno —exclamó Sellers.

Los ojos de Berta chispearon.

—Sólo dijo veinte, Frank.

—Supuse que íbamos a medias —repuso Sellers—. Tengo veinticinco de mi bolsillo.

—Ordenó veinte —insistió Berta—. El apostador me prometió cinco por si llegaba a los cincuenta.

—Ya sé que encargó veinte por barba. Pero, cuando el apostador aumentó la postura, esperé que nos aventuraríamos a la par.

—Bueno —rugió Berta—. Yo he puesto treinta dólares y de ellos respondo. Y usted juega los veinte que deseaba.

—Repito que quiero los otros cinco —se obstinó Sellers.

Berta exhaló un suspiro interminable.

—Muy bien. Veinticinco para cada uno.

—¿A cinco por uno? —aclaró Sellers.

—A cinco por uno —contestó Berta.

—Deberíamos echar una mirada a ese invento —propuso Sellers.

—Estoy dispuesta a hacerlo cuando gusten —intercalo Berta.

—¡Condenado me vea si no es una ocurrencia inmejorable! —gritó el sargento—. Cuanto más lo pienso tanto más plausible me parece.

—Yo puse cien dólares contantes —le recordé.

—¿Qué cara tenía *Fair Lady* en la máquina? —indagó Sellers.

—La carrera será disputada, no un paseo. Probablemente ganará por un cuerpo. Ésa es la razón de que den cinco por uno.

—No me importa que gane por una pestaña —tronó Sellers—. La cuestión es que llegue en primer lugar. Volviendo al caso Ballwin lo tenemos resuelto.

—No debe usted fiarse de las pruebas circunstanciales, Frank —aconsejó Berta acariciadora—. Ya sabe. Muchísimas veces…

—Ésta es indiscutible —atajó Sellers.

—Lo que no entiendo —continuó Berta— es lo que me contaba del asesinato de la secretaria de Ballwin.

—En apariencia, sabía demasiado.

—¿Y cree que tiene relación con el envenenamiento de los Ballwin?

Sellers se rió sin ganas.

—¿Que si está relacionado? Lo juraría.

—¿Quién es el culpable? —pregunté.

—Ruth Otis —contestó Sellers con acento definitivo.

—¿Del envenenamiento y del otro asesinato?

—Sí.

Berta me lanzó una mirada significativa.

—Imaginaba que quería cargar a Carlota Hanford con el mochuelo.

—No se lo cargamos a nadie —protestó Sellers—. Actuamos sobre pruebas. Ahora me importa ver a Carlota Hanford. Si les visita o telefonea, comuníquenle que deseo hablar con ella cuanto antes.

Berta tornó a mirarme.

No respondí a su indicación.

—¿Está seguro de que Ruth Otis es la envenenadora? —inquirí.

—¡Claro! —afirmó Sellers—. En su piso nos esperaban todos los indicios necesarios, Incluso encontramos el paquete del veneno. Sabemos exactamente cuánto usó.

—¿Cuánto?

—Muchísimo —contestó Sellers—. Las autoridades en la materia afirman que más de dos granos es una dosis letal; menos no significa más que una grave intoxicación.

—¿Cuánto falta del que compró? —persistí.

—Ruth Otis adquirió doscientos granos. Faltan treinta granos.

—¿Y en su habitación estaba lo que sobró?

—Sí —respondió Sellers—. Y un tubo de pasta de anchoas a medio consumir. Ciertamente, odia a la señora Ballwin de todo corazón.

—¿Por qué? ¿Celos?

—No; perdió el empleo por su culpa. La señora Ballwin era cliente del doctor Quay, y por su posición social y económica gozaba de ciertos privilegios. Esto exasperaba a Ruth Otis quería ser la reina de la clínica. Se mostró grosera con la señora Ballwin convencida sin duda, la pobrecilla, de que el doctor la apoyaría.

—¿Y qué hizo el dentista?

—Naturalmente, defendió a la señora Ballwin y despidió a la enfermera.

—¿Por lo cual decidió envenenar a su enemiga?

—En efecto.

—¿Creía recobrar de ese modo su empleo?

Sellers retorció su cigarro en la boca y clavó sus ojos en los míos.

—¿Me toma el pelo?

—Sólo preguntaba.

—No me gusta el tono de su voz.

—Pero ¿y las otras pruebas? —intercaló Berta—. La que descubrió… ¡ejem!, el resto de ellas.

—¿Cuáles?

—La taza con la pasta de anchoas envenenada y las huellas dactilares de Carlota Hanford.

—¡Ah, eso! Carlota Hanford es su cliente —afirmó el sargento.

—No he dicho nada.

—No era necesario —sonrió Sellers—. ¿Dónde está? Necesito

verla.

—Referente a la taza… —comenzó Berta mimosa.

—La habían preparado —declaró el sargento—. Casi me hicieron picar el anzuelo. De no ser por el asesinato de Ethel Worley, habría arrestado a Carlota. Estuve a punto de obtener el permiso de detención, lo cual demuestra los giros de la fortuna.

—¿Qué ha averiguado sobre Ethel Worley? —indagué.

—Todavía trabajamos en eso —respondió Sellers—. Mis hombres buscaban huellas dactilares cuando me marché, porque deseaba enterarme de dónde se había metido. ¿Por qué no aguardó a que llegásemos?

—Porque no me lo mandó.

—Debió comprenderlo. Claro que quería hablarle.

—Lo hace ahora, ¿eh?

Sellers se puso encarnado.

—No se ponga tan guasón. Tal vez esté en un lío. Cuénteme algo sobre la llave maestra.

—Cuando desee verme a las horas de trabajo —dije virtuosamente—, venga aquí o telefonee y…

—¡Cállese! —aulló Sellers.

Enmudecí.

—Nos iba a hablar de Ethel Worley y Ruth Otis —recordó Berta con diplomacia.

—Gerald Ballwin mejora a pasos agigantados —empezó Sellers, mientras raspaba una cerilla en la suela del zapato y pretendía en vano, encender su ensalivado cigarro—. Está a punto para recibir el alta. En realidad, si no fuera por el choque espiritual, los médicos le hubieran permitido salir del hospital. Su mujer se hallaría en sus mismas condiciones si hubiera recibido los primeros auxilios tan pronto como él. Es notable. El chofer mayordomo sufrió un golpe más rudo que el marido. Lloriqueaba como un niño.

Sellers tomó aliento y cruzó las piernas.

—No me importa confesar que ese sujeto, Wilmont Mariville, nos llenó de sospecha, porque había servido las galletas envenenadas. Si hubiera fallecido el marido, le hubiésemos dado un mal rato. Pero fue al revés y… nos quedamos sin motivo. Cuando lloró como un mocoso, al conocer la muerte de la señora Ballwin, le borramos de la lista negra.

—¿No sería una comedia? —pregunté.

—¡Un cuerno! Las lágrimas chorreaban por sus mejillas.

—¿El marido lo soportó con más entereza?

—Tiene más dominio de sí mismo —contestó Sellers—. Pidió el teléfono y llamó a su oficina contando lo sucedido y mandando que la cerrasen.

—¿Con quién habló? —indagué.

—Con Ethel Worley, su secretaria.

—Y ¿qué pasó? —quiso saber Berta.

—En la oficina trabajan dos jóvenes: Ethel Worley y Mary Ingram. No están precisamente a partir un piñón; quizá sean celos de empleadas o algo por el estilo. Ethel en cuanto se enteró de la defunción de la señora Ballwin, declaró a Mary Ingram que ya estaba harta. Si era un asesinato, se hallaba al corriente de algunas cosas que no podía reservar para sí y que iba a hacer algo muy serio.

—¿Qué?

—A eso voy —nos calmó Sellers—. Ethel no pudo poner en marcha su automóvil. Mary tenía allí el suyo. Le rogó que la llevase a la ciudad.

—¿Accedió Mary?

—Sí, señores. Se dispuso a llevar a Ethel a su casa, pero ésta le suplicó que la condujera a ciertas señas de la Avenida de Lexbrook.

—¿Y qué?

—Mary satisfizo su petición. Ethel le demandó que esperara unos minutos. Los minutos se convirtieron en media hora. Mary se enfadó, convencida de que abusaban de ella y que la Worley se daba muchos humos, y se largó.

—¿Sin saber que Ethel se hallaba en peligro?

—Desde luego. Supuso que Ethel había ido a entrevistarse con un testigo, pues eso fue lo que dijo.

—¿Observaba Mary el edificio? ¿Puede decir si entró y salió alguien?

—No, eso es lo malo. Es una muchacha estudiosa. Está aprendiendo el español y llevaba una gramática de ese idioma. Se entregó al estudio en el interior del coche, sin fijarse apenas en la casa, por lo menos durante los primeros veinte minutos. Después se puso nerviosa y, finalmente, perdió los estribos. Cerró el libro,

aguardó otros cinco minutos y acabó por accionar el embrague.

—¿Qué opina que pasó? —pregunté.

Sellers me disparó una mirada aniquiladora.

—¿Cómo voy a saberlo? No soy un genio, joven y brillante, como usted. Pero cuando una mujer odia a otra y ésta es envenenada; cuando aquélla compra el veneno; y cuando alguien que lo sabe va a su piso y es estrangulado, incluso un policía idiota como yo puede sumar dos más dos. Así es.

—Ethel Worley no era ninguna miniatura. Tenía mucha carne y numerosas curvas. Hubiera tenido algo que objetar si el culpable no era más grande y más fuerte…

—Un golpecito en la sien salvó esa dificultad —replicó Sellers—. Se lo propinaron desde atrás, evidentemente cuando ella no miraba ni esperaba nada. Tiene una contusión en el cráneo, exactamente sobre la oreja derecha, producido por un rompecabezas.

—La cuestión es que Carlota Hanford queda eliminada, ¿verdad? —exclamó Berta.

—Naturalmente —respondió el sargento—. Mas sigo interesado en entrevistarme con ella.

Berta me miró y moví negativamente la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió Berta.

—¿Qué llevan entre manos? —gritó Sellers.

—Nada —afirmé.

—Estoy seguro de que Carlota Hanford es su cliente —dijo Sellers—. Ignoro cuáles son sus fines. Pero tengo el convencimiento de que sabía que habría un envenenamiento en el hogar de los Ballwin y deseaba impedirlo. Por un momento creí que estaba enamorada de Gerald, pero no es más que una buena chica que intentaba mantener la armonía familiar para que alguien no llevara luto. El apuro es que no comprendo por qué soltó dinero a fin de que no le ocurriese nada a Ballwin. Desde luego, el dinero no era suyo, lo cual implica que hay alguien en la sombra al corriente de un montón de cosas que ansío saber. Por consiguiente, busco a Carlota Hanford y deseo descubrirla cuanto antes.

Sus interlocutores observamos un silencio religioso.

—¿Es cliente de ustedes? —preguntó Sellers.

—Ya le expliqué una vez que no podemos ofrecer ese género de información, Frank —reprobé con suavidad.

—¡Narices! —bufó—. Bien pueden decírmelo ahora, sobre todo, porque afirmo que no tiene nada que temer. Sólo quiero cambiar unas palabritas con ella.

—¡Está en el piso de Donald Lam! —estalló Berta Cool.

—¡Rayos! —aulló Sellers, irguiéndose.

—No está —negué con vigor.

Sellers echó atrás la cabeza para reír sin estorbos.

—¡Tiene gracia, Donald! —jadeó—. ¡Le está bien! Ahora mismo iremos al encuentro de esa damita.

—Le repito que no está en mi casa.

—¡Bah! —gruñó Berta—. No seas tan puntilloso. Donald. Frank Sellers no nos traicionará. Nos ha aseverado que Carlota Hanford es inocente. Tú te empeñas siempre en echar la zancadilla a la policía, pero yo quiero cooperar con ella. Nos puede ayudar mucho si le caemos en gracia y, por otra parte, darnos muy malos ratos. Lo sabes tan bien como yo.

—Está bien —gemí—. Les conduciré adonde está Carlota. No se encuentra en mi piso.

—Sí, sí —sonrió Sellers—. Pretende hacernos andar de cabeza hasta que tenga ocasión de telefonear o avisar de un modo preconcebido. ¿Por qué intenta mantenerla fuera de circulación?

—No lo intento.

—No seas estúpido, Donald —dijo Berta—. Yo hablaré si tú no quieres.

Sellers se encaró con ella.

—Carlota estuvo aquí hace unos cuarenta minutos —explicó Berta—. Nos contó lo que todos sabemos. Donald decidió esconderla. Discutimos la cuestión y llegamos a la conclusión final de que el piso de Donald era el sitio más idóneo. Ése es el escondrijo.

—No la llevé a mi casa —repliqué—, sino a un campamento para automovilistas.

Sellers se rió.

—Vamos y se lo probaré.

—Claro, claro —contestó el sargento—, pero deteniéndonos antes en su piso.

—¿Con un permiso de registro? —pregunté.

Sellers enrojeció.

—Me es posible ponerle en un aprieto en esta ocasión, Lam. Tratándose de usted no necesito permiso de ningún género. Tome nota de ello. En cuanto proteste le haré cerrar el pico.

Sellers arrancó de sus dientes el cigarro empapado y, después de examinarlo disgustado, lo arrojó como una bala a la papelera de Berta.

—¡No haga eso! —vociferó Berta—. Le he dicho un centenar de veces que sus malditas colillas apestan toda la oficina.

—Vamos, Berta; en marcha —rió Sellers.

Berta abandonó su ruidosa silla y dio la vuelta al escritorio. Sellers le propinó un azote estruendoso.

—Adelante, jovencita.

Berta se volvió como un torbellino, asesinándole con los ojos.

—¡No me toque!

—No sea gazmoña —la calmó Sellers—. Ya sé que le gusta. Ande, vamos a curiosear en la vida amorosa de Donald.

capítulo dieciocho

—ME llevaré mi coche, porque después iré a otros sitios —anunció el sargento—. Supongo que querrá emplear el suyo.

—Sí, señor.

—¿Con quién va usted? ¿Con Sellers o Conmigo? —pregunté a Berta.

—Con Frank.

—Un momento, un momento —suplicó Sellers—. No crea que me dará el esquinazo consiguiendo hacer juegos malabares con el teléfono.

—¡Dios mío! —suspiré hastiado—. Le he asegurado que no está en mi casa, pero se empeña en comprobarlo. No me importa. Si piensa que me serviré del teléfono, llame usted mismo. No le responderán, porque no hay nadie en el piso.

—No es mala idea —aprobó Sellers—. ¿Cuál es su número, Berta?

Una vez lo supo, Sellers lo marcó y aguardó de ocho a diez segundos. Al no conseguir contestación, me miró de un modo raro.

—Está bien, Donald. Iremos de todas formas —me dijo—. Aunque no sea más que para divertirnos.

—Como usted guste —le respondí—. Me halagará la visita y le convidaré a un trago. Tenga la llave. Supongo que saldrá minutos después que yo, si piensa usar la sirena.

—No se preocupe, hijo —sonrió Sellers—. No lo haré si va en su auto. Le cederé la vanguardia para no perderle de vista hasta que lleguemos a su casa. Berta y yo le seguimos. ¿Está claro?

Afirmé con la cabeza y conseguí bostezar.

Mientras cruzábamos la antesala, recordé el antiguo ensartapapeles que Elsie tenía siempre sobre su escritorio, consistente en un punzón de acero montado en un pie de hierro en

el que se pueden clavar los recibos que se desea tener a mano.

Sellers nos precedía. Me hice galantemente a un lado para que Berta pasase, me apoderé del ensartapapeles, arranqué las facturas que contenía y las dejé revolotear hasta el suelo.

Volví la cabeza. Elsie Brand me contemplaba con curiosidad, pero no dijo nada ni se levantó para recoger los papeles hasta que hube cerrado la puerta.

Escondí el ensartapapeles debajo de mi chaqueta y descendí en el ascensor con Sellers y Berta. El coche del sargento se hallaba detenido ante un caño del servicio de incendios frontero al edificio.

Sellers tomó asiento ante el volante. Acompañé a Berta hasta la otra portezuela y se la mantuve abierta.

Mi galantería llenó de delicia a mi socio. Noté que resplandecía literalmente.

Al regresar pasé por la trasera del coche y clavé con toda mi fuerza el ensartapapeles en el neumático posterior de la derecha. Torné a esconderlo debajo de mi americana y me acerqué a la ventanilla del sargento.

—Ahora mismo subo al cacharro de la agencia.

—Bien —respondió Sellers—. Inicie la marcha.

—Recuerde que no tendré que seguirle, sino usted a mí.

—No le sepa mal —repuso Sellers, acariciando la sirena—. Vea qué ayudante más lindo tengo. En cuanto apriete el acelerador, me pondré a su lado. Vaya tan deprisa como se le antoje. No me separaré ni un centímetro de usted.

—De acuerdo entonces.

Fui al garaje donde guardaba el coche de la agencia. El sargento encendía un nuevo cigarro cuando salí. No se daba prisa en arrancar.

Me lancé entre el tráfico y logré manzana y media más una luz roja de ventaja sobre ellos. Pero a las cuatro travesías el automóvil de la policía rodaba tras mí, conducido por Frank Sellers, cuyo cigarro formaba en su boca un fanfarrón ángulo de cuarenta y cinco grados.

Pasamos una media docena de bocacalles antes de que yo lograra doblar a la izquierda. Entonces advertí que el coche de Sellers se inclinaba a un lado. Su conductor lo condujo hacia el bordillo.

Hundí el acelerador.

El claxon de Sellers emitió una serie de bocinazos de aviso antes de que yo hubiera cubierto cincuenta metros. Al terminarse la manzana sonó la sirena. En vano.

Continué adelante a bastante velocidad.

Frené en seco frente a mi casa y salté hacia la puerta empuñando ya la llave de la entrada. Abrí rezando porque el ascensor estuviera en la planta baja.

Mis oraciones fueron oídas. Subí.

La puerta del ascensor tenía tendencia a encallarse si no se ejercía cierta fuerza. La dejé abierta un centímetro, impidiendo que se estableciese el contacto requerido para accionarlo. Aquello les obligaría a subir a pie concediéndome unos segundos.

Corrí por el pasillo hasta mi piso y penetré en él como un torbellino.

Percibí el ruido de unos pies descalzos y un leve chillido.

Ruth apareció en el umbral del dormitorio manteniendo una toalla ante su persona.

—¡Dios mío! ¡Que momento eligió para bañarse!

—Debía hacerlo, Donald —se excusó la joven—. Arreglé la casa. Estaba muy sucia y desordenada. ¿Qué ocurre ahora?

—El sargento Sellers viene hacia aquí. Encontraron el paquete de arsénico en sus habitaciones.

—Vístase y márchese —ordené.

—No puedo vestirme si usted mira.

Me dirigí a la ventana y me quedé al pie de ella, dándole la espalda.

—Hágalo ahora. No se acuerde de las medias. Póngase lo imprescindible y lárguese. He dejado abierta la puerta del ascensor para que no puedan utilizarlo. Cuando esté en el pasillo, corra escaleras arriba hasta el otro piso. Si, por desgracia, la arrestaran, no haga ninguna declaración. Y ahora, ¿conocía a Ethel Worley?

—¿Quién es? —preguntó Ruth.

—La secretaria de Gerald Ballwin.

—Sí, la vi una vez.

—Encontraron su cadáver en el piso de usted.

—¡Donald! —exclamó Ruth con voz entrecortada.

—Asesinada —agregué—. Le dieron un golpe en la cabeza y la

estrangularon con una de sus medias de nylon. ¿Sabe si conocía al doctor Quay?

—Sí.

—¿Y usted?

—Apenas. Me visitó una vez —respondió Ruth.

—¿Por qué?

—Quería hacerme hablar sobre el doctor Quay y la señora Ballwin, pero no le dije nada.

—Siga vistiéndose.

—Ya… ya estoy.

Me volví. Se había puesto la falda, la blusa y la chaqueta. En aquel momento se calzaba.

—¿Llevaba sombrero? —pregunté.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Ahora mismo lo busco —contestó Ruth.

—¿Y las medias?

—En mi bolso.

—¿No se olvida nada?

—Nada.

—Muy bien. Váyase. Recuerde: suba la escalera.

—Donald, ¿qué me pasará si me cogen? —indagó Ruth muy pálida.

—La cogerán si se queda aquí —la interrumpí—. Suba la escalera. No se mueva de los pasillos superiores hasta que vaya a buscarla. Jamás se les ocurrirá buscarla en ellos. ¡Largo!

La empujé hacia la puerta y luego la acompañé por el pasillo.

—Detrás de esa puerta de escape está la escalera. Póngase en marcha.

La contemplé mientras emprendía la ascensión. Así que estuve en mi piso, miré en torno mío por si se había dejado algo. Apenas había comenzado la inspección, cuando aporrearon la puerta con fuerza inaudita.

Franqueé la entrada al sargento Sellers, que rechazó la madera con tanta violencia, que chocó contra la pared.

Retrocedí para que entrase.

—¿Cuánto hace que llegó? —preguntó Sellers.

—Ahora mismo —me sorprendí—. Creí que me seguían.

—¿No oyó mi sirena?

—Desde luego.

—¿Por qué no se detuvo? —me increpó Sellers.

—¿No la empleó para abrirse paso entre el tráfico? —me asombré.

—Le indicaba que se parase. Tuve un pinchazo.

—¡Vaya un cuento!

Sellers atenazó mi hombro y me obligó a dar la vuelta. Me aplastó contra la pared y me contempló con los ojos flameantes.

—¡Maldito sea! —gritó—. O tiene demasiada suerte o es demasiado listo.

—Suéltele, Frank —mandó Berta, entre jadeos y resoplidos.

—Pero ¿qué le sucede? —protesté—. ¿Tengo yo la culpa de su pinchazo? ¿Bromea? No habría llegado tan pronto aquí si hubiera cambiado el neumático.

Berta cesó de tragar aire por la boca lo suficiente para anunciarme:

—No lo cambiamos.

—Me incauté del primer auto que encontré hasta que vi un taxi —dijo Sellers—. Incluso así, usted debió de ganar cuatro o cinco minutos de ventaja.

Meneé la cabeza.

—No será tanto, aunque es posible, pero no veo su importancia. Cuando frené y no le divisé, esperé en la calle un par de minutos. Entonces subí.

—¡Maldito sea, Donald! Si miente, le… le dejaré sin trabajo. Le retiraré la licencia.

—¡Oiga! —chillé, también irritado—. Usted me dijo que fuese delante, porque…

—¡Muy bien! ¡De acuerdo! —vociferó Sellers—. ¿Dónde está la chica?

—Berta fue la que afirmó que se hallaba aquí —le recordé.

—¿Es que no está?

—Carlota Hanford, ¿verdad? —me reí—. Ya se lo avisé antes de venir. Puede recorrer la casa si gusta.

Sellers no desperdició la invitación. Después se enfrentó con Berta.

—¿Qué se propone?

—Donald, no creas que me tomarás el pelo —resopló Berta.

Me encogí de hombros.

—No seguirán burlándose de mí —aseguró Sellers—. Aquí no hay más faldas que las suyas, Berta.

—El ascensor estaba estropeado; tuvimos que subir la escalera —insinuó Berta—. ¿Fue una casualidad?

—No comprendo —gruñó el sargento frunciendo el entrecejo.

—No me mires así, Donald Lam —acusó Berta; tomó aliento y añadió—: No estoy dispuesta a recibir un rapapolvo. Frank afirma que no tiene nada contra ella. ¿Por qué no te rindes?

Saqué mi pitillera y la ofrecí al sargento.

—¡Yo no fumo porquerías! —rechazó Sellers y extrajo otra tagarnina de su chaleco.

—Tengo *whisky* en la cocina —insinué.

—Estoy de servicio —rehusó Sellers—. Siga hablando, Berta. Me fascina su voz. Barrunto que Donald pretende cambiar de conversación.

—El ascensor no funcionaba —explicó Berta—. Tuvimos que subir a pie, pero el indicador señalaba este piso.

—Quizá no ande descaminada —murmuró Sellers.

—¿Por qué no ingresa en la policía y se transforma en un detective de veras? —propuse a Berta.

Sus ojos relampaguearon. Yo le hice un guiño disimulado.

—¡Vete al infierno! —gritó Berta—. No quiero ser cabeza de turco.

—Sospecho que ha dado en el clavo con lo del ascensor, Berta —alabó Sellers.

—Este mozalbete se aprovechó del pinchazo —afirmó Berta—. Llegó corriendo y dispuso el ascensor de forma que hubiéramos de subir por nuestros propios medios. Así ganó tiempo. Pero no entiendo sus motivos. Usted le dijo que Carlota Hanford era inocente. Eso es lo que nos importa.

—¿Es su cliente? —preguntó Sellers.

—Sí.

—¿El único?

—Sí, sargento.

Sellers me estudió.

—Sigo sin entenderlo.

—Porque Carlota Hanford no está aquí. Jamás lo estuvo —aclaré.

Berta lanzó una mirada en torno suyo.

—¡Y un cuerno! —exclamó, ya exasperada—. ¡Qué limpio está esto! Y Donald sólo permite que entre la mujer de la limpieza una vez a la semana. Los ceniceros relucientes, no hay polvo. Mire…

Berta pasó los dedos por la superficie de una librería. Sellers la contemplaba pensativo. Ella metió la cabeza en el cuarto de baño.

—Es usted un magnífico detective —dijo a Sellers.

—Ahórrese los cumplidos —replicó el sargento.

—Pero… ¡fíjese, hombre de Dios, en el espejo del baño! Todavía se halla velado por el vapor y el toallón está húmedo. ¿No le dice nada eso?

Sellers se volvió hacia mí modulando un silbido.

—Veamos, Lam, ¿dónde la tiene?

—Carlota no estaba aquí —contesté sacudiendo la cabeza.

—¡No me diga! —exclamó Sellers—. Eche una ojeada a su piso. Berta tiene razón.

—¿Hay alguna ley que impida tener visitas femeninas?

Sellers se rascó el cráneo.

—Es posible —comentó para Berta—. Eso explicaría que no trajese a Carlota a su casa.

—Pues que nos enseñe quién es y saldremos de dudas —propuso Berta.

—Probablemente es lo que ambos quieren evitar —repuso el sargento.

—Pues lengua no le falta. Cuando es necesario habla como una cotorra.

—Supongamos que Donald llega aquí como un relámpago estropea el ascensor, la chica está en el baño, la saca de él y…

—¿El ropero? —propuso Berta.

—Ya lo he mirado —respondió Sellers.

—Es listo —le recordó Berta—. No haría lo más natural.

—Veamos. Pongámonos en su situación. ¿Por qué estropeó el ascensor? —indagó el sargento.

—Para retrasarnos, haciéndonos subir por la escalera.

—De ese modo ganaba muy poco tiempo, un minuto o dos. Si el ascensor funcionaba, no subiríamos por la escalera, sino que lo

usaríamos. Por consiguiente, necesitaría que funcionara cuando la chica desapareciese. Ella bajaría por la escalera y no nos encontraría en el camino.

—No lo entiendo —refunfuñó Berta.

—En el instante en que la despidiese. Donald habría devuelto el ascensor a la normalidad. Nosotros subiríamos en él y la joven desaparecería por la escalera sin peligro alguno. Es lo razonable.

—Así parece —convino Berta.

—Pero él no lo ejecutó de esa manera. ¿Por qué? —exclamó el sargento.

—Está usted haciendo una montaña de un grano de arena, Sellers —le avisé.

—Calle. Debo pensar —me ordenó.

—Tal vez pretendía arreglarlo luego —barruntó Berta.

—Lo hubiera realizado de tener ocasión —interrumpió Sellers—. Ése fue su proyecto primitivo pero algo le indujo a cambiarlo. Quizá el encontrar a la muchacha en el baño no le concedió tiempo para sacarla antes de que llegásemos.

—Pues bien, ¿qué hizo? —preguntó Berta.

Sellers mascó la punta de su cigarro por encender. Sus ojos se apegaban a mi rostro cavilosos y velados. Los míos estaban llenos de firme inocencia.

—¡Rayos!… ¡Claro! —exclamó el sargento de improviso—. ¿Por qué no se nos ocurrió antes?

—¿Qué? —chilló Berta.

Sellers se precipitó al corredor, donde se volvió para preguntarme:

—¿Cuál es la puerta de la escalera?

—Debe saberlo, ya que subió —contesté.

—No me interesa la que lleva abajo, sino la de los otros pisos.

Le indiqué la puerta que deseaba.

—Gracias. Donald —dijo Sellers, abalanzándose hacia ella.

Me volví hacia Berta.

—¡Bonito modo de respetar una sociedad!

—¡No quiero pasar por idiota! Además, ¿por qué no me avisaste de que tenías una moza en tu casa?

—No accedí a traer a Carlota Hanford —me quejé—. Es ilógico poseer una agencia de detectives y escamotear a los perseguidos por

la policía.

—No sé por qué te vuelves de pronto tan escrupuloso —se irritó Berta—. Lo horrible en ti es que careces de sentido financiero.

—Tradúzcame su última frase.

—No trabajas por el dinero. En cuanto una casquivana te pone los ojos tiernos, pierdes la chaveta y nuestra sociedad revolotea alrededor de los muros de la prisión de San Quintín. Cuando pienso los riesgos que has corrido porque unas faldas te han sonreído, me acometen escalofríos. Todas las mañanas, al despertarme me pregunto qué me reserva el destino y…

Y el sargento Sellers entró llevando a Ruth Otis de la mano.

—¡Miren lo que he cazado! —voceó.

—¡Que me aspen! —exhaló Berta.

—No tienes derecho a traerme aquí —desafió Ruth al sargento —. ¿Quiénes son estas personas?

—No se excite, hermana —recomendó el sargento—. ¿Es que jamás vio este piso?

—Naturalmente que no.

—Entonces, ¿cómo se explica que los muebles estén cubiertos de sus huellas dactilares?

—Eso es mentira —intervine—. No ha tomado…

—¡Silencio! —mandó Sellers—. Ahora tengo yo la palabra.

—Éste es mi piso.

—Exacto. Vive en él, señor Lam, pero no más que de momento —dijo el sargento con exagerada cortesía—. Su residencia permanente será una gran casa con muchísimas habitaciones. Pero sólo ocupará una y con barrotes en la ventana.

—¿Es un crimen que una amiga se cuide de mí? —pregunté.

—Bueno, confesaré —carraspeó Ruth—. Hace un mes conocí a Donald y me enamoré de él. Todavía no he conseguido el divorcio y no puedo casarme con él por ahora.

—¿Vive aquí?

—Hará de una a dos semanas —mintió valerosamente Ruth.

Sellers curioseó en el interior del ropero.

—¿Dónde tiene sus cosas? —inquirió.

—Una mujer limpia el piso y no quise que supiera que estaba con Donald.

—¿Y su cepillo de clientes?

Ruth volvió sus ojos hacia mí, derrotada.

—Éste es el asunto más sorprendente que… —comenzó Sellers y se interrumpió como deslumbrado—. ¡Alto! Pelirroja, un metro sesenta y dos, cincuenta y dos kilos, buena figura. ¡Dios mío! ¡Es la muchacha que ando buscando! ¡Es la asesina! ¡Es Ruth Otis!

—Siéntese, Ruth —ordené—. Será mejor que apechuguemos con la situación. No tardaría en descubrir su permiso de conducción.

—¡Muerte y condenación! —se maravilló Sellers.

—¡Que me aspen! —murmuró Berta.

—Bueno, bueno. Tomen asiento y hablemos —propuse.

—Pregonaré por todo el mundo que estoy dispuesto a hacerlo —sonrió Sellers.

—Me esfuerzo por aclarar el misterio —anuncié—. Lo habré conseguido dentro de dos o tres horas.

—¡Estupendo! —profirió Sellers—. El mismísimo genio pone manos a la obra. Vencerá a toda la policía conjunta, ¿verdad, Donald?

—Sí, señor.

—¡Qué modesto! —dijo el sargento a Berta.

—Siéntese, no se altere y se lo demostraré —propuse—. La policía, en cuanto detiene a alguien, recibe la visita de los periodistas y a renglón seguido todo se halla ante los ojos del público. Los defensores de la ley son insobornables, pero se vuelven locos por la publicidad. Todo lo que un periodista debe hacer es arrastrarle a un rincón y decirle: «Oiga, Sellers. Si me da la información en exclusiva le pondré por las nubes, explicando que no pasó por alto los indicios desechados por los demás y que cazó sólito a la muchacha en cuestión». A usted se le hace la boca agua y suelta cuanto sabe.

—Siga, siga, hijo mío —me animó el sargento.

—Recuerde que le diré la verdad.

—Lo celebro, lo celebro.

—El doctor
Jorge L
. Quay envió a Ruth Otis a por arsénico —empecé—. Ella obedeciendo órdenes, lo depositó en un estante del laboratorio. Ruth me lo contó y me consultó cuál había de ser su conducta. Le recomendé que recobrara el paquete, antes de que Quay lo

escondiese o efectuara algo delictivo con él, y que lo guardara en un sitio seguro.

»Ruth recobró el veneno anoche y lo encerró en un armario de la estación de la Unión. Más tarde me lo refirió y la regañé porque debía haber avisado a la policía. Me contestó que deseaba que yo me encargase de ello por lo cual le supliqué que me esperase aquí mientras yo iba a buscar el veneno. Entonces Ruth me notificó que había olvidado en su otro vestido la llave del armario en que lo escondía y me entregó la de su vivienda. Fui a ella a recobrar la del armario. Cuando abrí el piso alguien me aporreó. Al recobrar el sentido descubrí el cadáver; bajé al vestíbulo y comuniqué el hallazgo, pero antes registré el vestido descrito por Ruth y encontré, en efecto, la llave ansiada. Me dirigí a la estación y busqué el veneno. Había desaparecido.

—¡Y entonces telefoneó inmediatamente a la policía! —exclamó Sellers con sarcasmo—. Eso le libra de sospechas. Me alegro.

—Quise formular a Ruth algunas preguntas y ultimar ciertos detalles antes de que lográsemos la publicidad resultante de telefonearles.

Sellers se encaró con Berta.

—Todo esto significa que de ahora en adelante se las tendrá que arreglar sola.

—¿Por qué? —se maravilló Berta.

—Porque todo lo que lleva dicho Donald le convierte en cómplice y encubridor. No verá las calles durante quince o veinte años.

—¿En serio, Frank? —preguntó Berta.

—Tan en serio como si me hubiese golpeado la espinilla —aseguró Sellers—. Descargaré sobre él todo el peso de la ley: Ya estoy harto de genios.

—No se mueva. Descanse un poco más —le invité—. Hablemos con sentido común.

—¿Con sentido común? —rió Sellers con un dejo de amargura—. Ya hemos hablado bastante.

—Pare el carro —le rogué—. Piense que andaba desorientado y sin base. Tenía que pisar sobre seguro antes de hacerle intervenir. No quería darle una pista falsa.

—No, no lo deseaba. En absoluto —repitió Sellers con plúmbea

ironía.

—Oiga, sargento, deje a la muchacha aquí. No tratará de escapar. Los periódicos no sabrán nada. Ayúdeme durante dos horas y el caso quedará resuelto.

—Por mí ya lo está —sonrió Sellers—. Nos iremos quietecitos a la Jefatura.

—¡Tenga corazón, Sellers!

—¡Uf! Tengo cabeza. El corazón me sobra.

—Si arresta a esta joven, y los periodistas se enteran, jamás detendrá al asesino.

—¿Para qué si ya lo cacé? Incluso pienso que tengo dos. ¿Sabe lo que opino, Donald?

—¿Qué?

—Pues que fue con esta chica a su piso y atraparon a Ethel Worley en él. La golpeó en la cabeza para huir sin contratiempos, pero con fuerza excesiva. Se le ocurrió atarla para que no diera la voz de alarma… incluso pudo estrangularla deliberadamente. Lo ignoro. No es usted un ángel de pasta flora. Berta no ha tenido sino quebraderos de cabeza desde que se asoció con usted.

—Pero ha ganado dinero.

—No esta vez —acusó Sellers.

—Sólo dos horas —supliqué.

—Ni un minuto.

—Permítame telefonear —dije.

Se me rió en las barbas.

—No más que una llamada.

—¿A quién?

Comprobé en mi reloj la hora que era.

—A mi apostador. Me gustaría saber cómo acabó la carrera.

—¿Ya es tan tarde? —se asombró Sellers.

—Sí, sargento.

—Yo me encargo de eso —dijo Sellers, pero cambió de pensamiento—. No, yo tampoco. Telefonee usted, Berta.

Berta se aproximó el aparato e hizo volar el disco bajo sus dedos.

—¿Oiga? ¿Oiga?… Póngame con… ¡Ah! Es usted. De sobra sabe quién soy yo. ¿Cómo se portó *Fair Lady*?

Estudié el rostro de Berta con una ansiedad que jamás había

sentido por el resultado de una carrera. Cuando comprobé que se animaba, permití a mis piernas que me dejaran caer en la silla y busqué un cigarrillo.

—¡Este mequetrefe! —exclamó Berta, cortando la comunicación admirada.

—¿Cuándo? —apremió Sellers.

—Ganó por una cabeza —respondió Berta—. Cinco a uno. Doscientos cincuenta dólares. Percibirá cien, Frank.

—¿Cien? ¡Bobadas! —chilló Sellers—. Le dije que nos repartiríamos los otros diez.

—¿Sí? —murmuro Berta con dulzura—. Ya imaginé que no me había entendido. Pensé que sólo apostaba veinte.

—¡Narices! —bramó Sellers.

—No discutiremos por cincuenta dólares —le aplacó Berta.

—No sabe cuán verdad es eso.

—Ahí tiene —me inmiscuí—. Obstínese y sea un policía pobre toda su existencia.

—¿De qué habla? —se sorprendió Sellers.

—Detenga a esta joven y todo se sabrá.

—¡Qué pena! —se burló Sellers—. Ya veo los titulares en los periódicos: «Sellers arresta a una asesina. Moderna Borgia capturada gracias a la habilidad del sargento Sellers» —y agregó sonriendo—: ¿Le agrada, superhombre? Usted empezó; yo no hago más que devolverle la pelota.

—En efecto, conseguirá usted una gran publicidad —convine—. Pero ¿y después?

—Quizá me asciendan y me aumenten el sueldo. ¡Sería terrible! Présteme su pañuelo, Berta, que voy a echarme a llorar.

—Arruinará el único sistema matemático inventado para apostar en las carreras —le recordé—. Su autor está metido en este caso hasta el cuello. Pondrá los pies en polvorosa en cuando lea que Ruth y yo hemos sido detenidos. Sus colegas, sargento, le perseguirán así que yo declare, irán a su despacho. Quizá sea usted inteligente quizá dirija el registro, pero aun en tal caso ya sabe lo que ocurrirá.

»En cuanto los demás se enteren de su descubrimiento, el capitán le ordenará: “Sargento, presénteme las pruebas”. Y cuando el capitán tenga, aparecerá el jefe diciendo: “Capitán, lleve esos

indicios de culpabilidad a mi despacho".

Sellers se rascó la mollera.

—Aquí tiene a esta joven. Aquí me tiene —continué—. Átenos, amordácenos, pero use su cacumen y tendrá ése sistema para usted sólito. Lo único que se debe hacer es introducir unas tiras de celuloide en una máquina, dar unas vueltas a unos discos, apretar un botón y leer la respuesta.

—Veinticinco dólares convertidos en ciento veinticinco, Frank —casi sollozó Berta—. ¡Diablos! ¡Si hubiera arriesgado quinientos los hubiese multiplicado por cinco!

Sellers se paseó, se sentó, sacó una cerilla, la raspó en la suela de su zapato y aproximó la llamita a su cigarro medio devorado. Durante media docena de segundos se dedicó a expeler nubarrones de humo azul. Por fin preguntó:

—¿Dónde está ese antro, Donald?

Le contesté con una carcajada.

—No le servirá de nada —me avisó Sellers—. Tardará muchísimo tiempo en poder apostar a los caballos.

—No le servirá de nada, sargento. No servirá a nadie, excepto, tal vez, al jefe.

—Podría presentarme al jefe y decirle que… —murmuró.

—Si es el primero en llegar.

—No se preocupe, lo seré.

—Usted y los periodistas —remaché.

Sellers cambió de posición y miró a Berta pasándose los dedos por su espesa cabellera.

—No más que apretando un botón —susurró Berta—. ¡Enloquezco!

—Todavía no la he escuchado, Ruth —dijo Sellers volviéndose hacia la joven—. Tiene la palabra.

—Cállese, Ruth —ordené.

Sellers se puso encarnado.

—¿Quién diablos cree usted que es? —rugió.

Procuré formar un anillo de humo.

—Soy la persona que le dijo que apostara por *Fair Lady*.

Sellers y Berta dialogaron con los ojos.

—¿Cuánto tiempo necesita? —preguntó al fin el sargento.

—Puede dejar a Berta aquí mismo con Ruth —propuse—.

Demasiado sabe que Berta le será leal. Yo le acompañare para mostrarle ese sitio.

—¿Y luego?

—Lo invadimos.

—¿Usted y yo?

—Usted busca pruebas. Yo seré el testigo —respondí.

—¿Testigo? ¡Usted es mi preso! —aulló Sellers.

—Como le plazca, pero siga mis consejos durante la investigación.

—¿Por qué debo hacerlo?

—¿Por qué apostó por *Fair Lady*? Porque deseaba obtener beneficios, ¿no? —repliqué.

—En lo que me atañe… —comenzó Ruth.

—¡Silencio! —gritó Sellers.

Ruth obedeció.

—Puede confiar en mí, Frank —terció Berta suplicante—. Si la diablilla intenta alguna jugarreta, la aplasto como si fuera un mosquito. Soy capaz de ello.

Sellers midió, admirado, los anchos hombros de Berta Cool.

—¡No lo dudo! —admitió meditabundo.

capítulo diecinueve

ANDUVIMOS por el pasillo del Edificio Pawkette, dejando atrás la clínica del doctor
Jorge L
. Quay.

—¿No es Quay? —preguntó Sellers, mirándome con curiosidad.

—No, señor.

—Suponía que lo era. No irá a tomarme el pelo, ¿eh?

—No.

—Me lo figuro; hemos hecho un pacto. Usted lo cumplirá hasta el fin. ¿Adónde vamos?

Me detuve ante la Compañía de Inversiones Alfa.

—Ya hemos llegado.

Llamé.

Hubo un rumor de pasos. Apareció Keetley.

—¡Vaya! ¿Cómo está, Lam? No esperaba su visita tan pronto. ¿Continúa husmeando?

—Le presento a Frank Sellers, señor Keetley —dije por toda respuesta.

Keetley le estrechó la mano estudiándole. Si reconoció en él al policía, no dio muestras de ello.

—Queremos hablar un segundo con usted —anunció Sellers.

—Un momento —rogó Keetley.

Retrocedió, cerrando de un portazo.

—¡Rayos y truenos! —gritó el sargento, apoyando todo su peso contra la puerta—. ¡Eh! ¡Abra!

Keetley obedeció. Sellers le enseñó la insignia que llevaba prendida en el revés de la solapa.

—¿Qué lleva entre manos? —preguntó con sequedad.

—Me había olvidado de una cosa —se excusó Keetley.

—No pretendí darle con la puerta en las narices.

—Pues, si no se lo propuso, lo consiguió —replicó Sellers.

—¿A qué debo su visita, teniente?

—Sargento, por ahora —corrigió Sellers—. Me dedico a comprobar algunos detalles. ¿Qué hace ahí dentro?

—Es mi oficina, mi debilidad.

—¿De qué clase?

—Confieso que juego a las carreras, sargento.

—¿De qué modo?

—Como todo el mundo. Elijo un caballo y apuesto por él. A veces gana, otras no.

—¿Cómo los escoge?

—Por eliminación.

—¿Qué es esa máquina que tiene la luz encendida?

—La empleo para llegar a mis conclusiones.

—¿Le importaría mostrarme su manejo?

—Claro que sí —respondió Keetley con frialdad y me miró—. ¿Se lo debo a usted, Lam? ¿No es capaz de guardar un secreto?

—Precisamente voy de camino a la cárcel —contesté—. Nos hemos detenido por casualidad. Acaban de arrestarme.

Keetley enarcó las cejas.

—Algunas cosas no me satisfacen por completo —indicó Sellers.

—Keetley está al corriente de que Ruth Otis se llevó anoche el veneno de la clínica del doctor Quay —le comuniqué—. La siguió y vio lo que hacía con él.

—¡Bah! —bufó el sargento.

Keetley se encaró conmigo.

—¿Intenta complicarme?

—No le haga caso. Hable conmigo —recomendó Sellers.

—Lo siento mucho, sargento, pero todo esto es nuevo para mí —afirmó Keetley—. Ni siquiera conozco a Ruth Otis.

—Es la enfermera del doctor Quay.

—¡Ah, sí! El doctor Quay tiene su clínica en este piso mismo.

—No lo desmiento —dijo Sellers—. ¿La siguió o no la siguió?

—No, desde luego —rió Keetley—. Tengo otras ocupaciones. No me está permitido el lujo de perseguir a una chica por toda la ciudad.

—Acabemos de una vez —dije a Sellers—. Acúselo de eso y

asegúrese de que no hay ningún malentendido. Oblíguele a declarar en un sentido o en otro.

Keetley me disparó una mirada glacial.

—Empieza a serme antipático, Lam.

—Es posible —respondí—, pero la cuestión es: ¿siguió anoche a la enfermera del doctor Quay?

—Repito que no.

—¿No la siguió hasta la estación de la Unión?

—No.

—¿No la vio guardar un paquete en un armario de alquiler?

—No, en absoluto —rió Keetley—. Lo niego en redondo. Lo siento, Lam, pero no le serviré de engañabobos.

—Comprenda que no hago sino comprobar unos detalles —declaró Sellers en tono suave—. Le diré algo más. Ethel Worley, la secretaria de Gerald Ballwin, fue hallada asesinada esta mañana en el piso de Ruth Otis. Más aún, se encontró también el paquete de veneno con treinta granos de menos. Puede darle a la lengua, si sabe algo sobre Ruth o el arsénico.

Keetley se humedeció los labios.

—No sé nada de Ruth Otis. Insisto en que no la vi anoche.

Mientras Keetley y Sellers se contemplaban con cierto antagonismo, di la vuelta alrededor de ellos y puse en marcha la radio.

—Sólo quería cogerle en una mentira, Keetley —anuncié—. Uno de mis detectives le escoltó entonces.

—Más exactamente: dijo que lo había hecho —desdeñó Keetley —. Seguramente se pasó el rato en una taberna e inventó esa patraña.

—Era Jim Fordney. Usted le conoce —indiqué a Sellers—. Ahora diagnostique si el informe fue falso.

En los ojos de Sellers se encendió una luz de interés.

—¿Fordney persiguió a este individuo cuando iba tras de Ruth Otis? —puntualizó el sargento.

—Eso es.

—¿Cómo se sabe que el paquete de Ruth Otis contenía veneno, sargento? —objetó Keetley con suavidad.

—Acertó, Donald —exclamó Sellers—. ¿Cómo se supo? Hable.

—Fordney puede describirlo —contesté.

—En resumen, sólo se trata de la palabra de Ruth Otis —murmuró Keetley.

—¿Qué debía hacer? ¿Detenerla? —sonreí—. ¿Pedir una cucharada de veneno para comprobar que no se equivocaba?

Sellers se disponía a decir algo, pero le interrumpió una voz que llenó la habitación:

«—Ábrala un poco más, por favor».

—¿Qué demonio es eso? —estalló Sellers, retrocediendo.

Keetley dio media vuelta, alargando la mano hacia la radio. Atenacé su muñeca.

«—Ahora escupa —dijo la voz».

Keetley me apartó.

«—Doctor, duele mucho —gimió la voz femenina».

Keetley cerró la radio.

—¿Qué demonio es eso? —repitió Sellers.

—Sargento, iré a Jefatura o a cualquier sitio en que desee interrogarme, pero éste es un despacho particular —protestó Keetley—. Estoy estudiando unos caballos y me molesta que se divulgue mi sistema. En cuanto a Lam…

Se volvió hacía mí con las pupilas centelleando de ira y gritó rabioso:

—¡Largo de aquí!

—¿Quiere saber lo que ha pasado? —pregunté a Sellers.

Keetley me disparó un directo, que esquivé en el instante preciso, y chilló indignado:

—¡Maldito sea! ¡Le…!

La mano grande y fuerte del sargento Sellers se cerró sobre la corbata, camisa y solapas de Keetley y le aplastó contra la pared.

—¡Quieto! ¡Arreglaremos este asunto de una vez para siempre!

Torné a poner la radio en marcha. Keetley pretendió cogerme y el sargento Sellers le apretó contra el tabique.

De nuevo la voz oyóse en el despacho.

«—Bueno, no tendremos que vaciarla más. Debía de dolerle mucho. Ya no quedan caries».

—¿Cómo? —se consternó Sellers.

—Creo que el doctor Quay se dispone a empastar una muela.

El sargento moduló un silbido.

—¡Márchense los dos! —aulló Keetley—. ¿Lleva permiso de

registro, Sellers?

—No lo necesita —intervine—. Usted, sin ser policía, ha plantado micrófonos en la clínica de Quay. Eso es un delito. Cuando se coge al culpable con los instrumentos empleados para perpetrar un crimen, la policía no requiere permisos de ninguna clase.

Sellers me hizo un gesto de agradecimiento.

—¡Cuando pienso en todo lo que he hecho por esta sabandija! —se quejo Keetley—. Le aconsejé en la adquisición de uno de los solares de Ballwin para que no perdiera dinero, le di un soplo sobre *Fair Lady* esta tarde… ¿Ganó algo? —preguntó.

—Todos nosotros —contesté.

—Eso es lo que se saca de recomendar un caballo —se lamentó Keetley.

—No se preocupe —le avisó Sellers—. Conozco personalmente a Jim Fordney. Si afirma que usted siguió a Ruth Otis, estoy convencido de que lo hizo. Hable.

Keetley abrió las manos en un ademán de resignación.

—Procuraba descubrirlo todo para poner en manos de la policía la solución definitiva. Una revelación prematura lo arruinaría.

—¡Otro, Dios mío! —gimió Sellers.

—¿Otro qué?

—Otro maldito aficionado con la pretensión de impedir que la policía sea víctima de su propia idiotez —rugió Sellers—. Mucho agradeceríamos a los que están enterados de algo que nos informasen y tuviesen la bondad de acceder a que nosotros aclarásemos los misterios Pero todos los infernales genios del mundo se meten en camisa de once varas ¿Qué sabe? ¡Apresúrese a contármelo!

—¿Por qué?

Sellers señaló al dictógrafo.

—Ya oyó las palabras de Lam —ladró.

—No pierda la cabeza —rogó Keetley.

—Ponga las cartas encima de la mesa —ordenó Sellers—. ¿Dónde podemos sentarnos? Bueno, empiece ahora.

—Para ayudarle, Keetley, le sugeriré por dónde puede comenzar —tercié.

—¿Por dónde?

—Hace varios, meses usted envió a una firma de analistas

químicos un cepillo para el pelo con algunos cabellos prendidos. Les suplicó que buscasen en ellos rastros de arsénico. ¿Qué le parece como punto de partida?

Keetley me contempló largo rato, especulando, sin duda, acerca de cuanto sabía yo.

—Vamos. Principie —le animó Sellers.

Keetley apartó unos papeles en el escritorio para sentarse en él, con un pie en el suelo y el otro balanceándose como un péndulo, lenta, metódicamente, único síntoma de su tensión nerviosa.

—Adelante —insistió el sargento.

—Muy bien. Ahora lo sabrá todo —le calmó Keetley—. Mi hermana se casó con Gerald Ballwin. Siempre habíamos estado muy unidos, nos queríamos entrañablemente. Me opuse a su boda con Gerald. Pensaba que era débil de carácter y aficionado a las mujeres.

»No se equivocaba. No tardó en hacer la rosca a Dafne. Después Anita enfermó: sufría un grave trastorno estomacal. En apariencia se trataba de una intoxicación por haber comido alimentos en mal estado. Mejoró, pero, a poco, falleció de repente. No se efectuó autopsia. El médico extendió un certificado de defunción, indicando que la muerte se debió a una dolencia gastroenterítica producida por una intoxicación. Se incineró su cadáver.

»Gerald contrajo matrimonio con Dafne. Como un estúpido estuve medio año sin sospechar nada. Entonces se me ocurrió una porción de cosas. Era demasiado tarde. El cadáver había sido incinerado y sus cenizas esparcidas por toda la falda de la montaña. Pero abrí los ojos y me entregué a la lectura.

Keetley buscó en un estante una obra titulada «Medicina Forense» y continuó:

—Es la cuarta edición del Sidney Smith. Oigan lo que dice sobre el arsénico. Es un veneno muy peculiar. Aparece en las uñas y en el pelo cuando ya no quedan rastros de él en el cuerpo. He aquí lo que dice Smith: «Se ha comprobado que el arsénico no se presenta en el cabello hasta cinco días después de tomarlo, que se prosigue excretando por la cabellera durante varios meses y que es posible localizarlo en ella tras su completa desaparición en el organismo».

»Entre los efectos personales de mi hermana que se me entregaron había un cepillo para el pelo que había utilizado en los

últimos tiempos. El cabello contenía indicios innegables de arsénico.

—¿Por qué no recurrió a la policía? —preguntó Sellers.

—¿Para qué? —despreció Keetley—. Hubiera asegurado que se trataba de un apaño y que el pelo del cepillo no pertenecía a Anita. Era la única prueba que restaba. Por más que busqué no di con otra. Recorrí farmacias y droguerías, examiné registros, anduve incansable y para no correr riesgos, fingí ser un borracho, aficionado a las carreras de caballos en las que a veces ganaba dinero, que luego perdía hasta el último céntimo.

—Buscando siempre pruebas.

—Sí, señor.

—¿Contra Gerald Ballwin?

—No sea necio —sonrió Keetley—. Contra Dafne.

—¿Contra Dafne? ¡Si ha muerto!

—En efecto, ha muerto.

—Oigamos el resto —mandó Sellers, entornando los ojos.

—Dafne ha fallecido. Detesto hablar mal de ella pero era perversa una arpía, una rata. Mientras buscaba pruebas, me las compuse para no perderla de vista. Descubrí que se sentía atraída por el doctor Quay Y luego sin razón aparente, quizá debido a un presentimiento, se me antojó que tal vez Quay le hubiese proporcionado el veneno que empleó contra Anita. Consulté los registros averiguando que el doctor Quay utilizaba arsénico de tarde en tarde. Como es lógico, mi paso siguiente fue alquilar este despacho y plantar un micrófono en la clínica de ese dentista. Eso demandó que preparase el decorado que ahora ven.

—¿Qué descubrió? —indagó Sellers.

Keetley dudó perceptiblemente.

—Se lo contaré todo —dijo al fin—. Espero que tendrá el sentido común de no publicarlo hasta que la situación se haya aclarado.

—Veamos.

Keetley se acercó a un gran archivador, abrió uno de los cajones con una llave y sacó una porción de cilindros.

—Estos cilindros conservan las conversaciones captadas por el micrófono en la clínica dental. No me ocupé más que en las importantes —explicó Keetley—. Siempre que salía, los ponía en marcha. Muchos de ellos están en blanco, otros no contienen más

que conversaciones rutinarias, como lo que acaban de escuchar y algunos, como éste, les interesarán.

Escoció un cilindro y continuó:

—Todo está grabado aquí. Desde luego el micrófono cambió levemente las voces, pero creo que las reconocerán en seguida.

Del ropero extrajo una máquina, la montó y sujetó el cilindro en ella.

—Escuchen.

Durante unos instantes no oímos más que el raspar de la aguja en la superficie del cilindro. De pronto la voz de Ruth Otis, natural y llena de vida, consideradas las circunstancias, dijo:

«—Doctor Quay, ha llegado la señora Ballwin. Le rogué que esperase, pero insiste en verle.

»—Hágala pasar al laboratorio.

»—Perdone, doctor. El otro paciente aguarda desde…

»—Hágala pasar al laboratorio.

»—El paciente está en la antesala —dijo Ruth con firmeza—. Se queja de que, a pesar de tener hora, le han precedido varias personas y…

»—Hágala pasar al laboratorio.

»—Está bien, doctor».

Hubo una pausa. Después el dentista habló untuoso, sin duda al cliente que tenía en la silla.

«—Lo siento muchísimo, pero esa señora se halla en un estado que requiere atenciones inmediatas. Cuando viene es señal de que sufre espantosamente. ¿Me excusará un segundo, por favor?».

Hubo otro intervalo de silencio que Keetley aprovechó para explicar:

—He situado micrófonos en las diferentes habitaciones de Quay. En aquel instante se dirigió al laboratorio. Lo que oirán fue captado por el correspondiente micrófono. Ahora.

Se percibió el ruido de una puerta que se abre y se cierra. A continuación Quay dijo:

«—Tengo muchísimo trabajo y…

»—¡Quiero que despidas a esa chica! —ordenó la voz de Dafne Ballwin.

»—Es leal. Procura servirme bien, Dafne. Después de todo…

»—¡Quiero que la despidas!

»—Permite que te explique, Dafne. Verás, hay un paciente…

»—¿La despedirás?

»—Sí, amor mío.

»—Eso está mejor, querido. Bésame».

No sonó el beso. Keetley nos dijo entre paréntesis:

—Los de esa clase no hacen ruido.

Sellers se acomodó en su asiento.

Volvieron a oírse voces:

«—Tenía que verte, Jorge —dijo Dafne—. Llegó la ocasión que esperábamos. Me urgía hablar contigo, porque creo que esta noche lo podremos realizar todo.

»—No te calles —la animó Quay—. Refiere lo más sobresaliente, querida. ¿Qué es?

»—La firma "Zesty", que elabora pasta de anchoas, emprende una campaña publicitaria. Su representante me visitó esta misma tarde y me regaló una caja de pasta para que la pruebe. Sus fotógrafos me retratarán con vistas a la propaganda. Mi retrato aparecerá en todas las revistas. ¡Ojalá me fuera posible esperar! Pero Gerald cambiaría su seguro y su testamento. Y esa asquerosa Ethel Worley le echaría el anzuelo.

»—Desde luego, Ethel le tiene fascinado —convino Quay—. Pero si tú…

»—No seas tonto, nene. Ethel Worley es lista. Hace una semana que lo sabe. Por algo no nos dejan en paz sus detectives. Si no fuera por eso yo… De todos modos, nadie sospecha esto, por lo que pienso que ha llegado el instante de actuar.

»—¿Usando la pasta de anchoas para…?

»—Sí.

»—Recuerda Dafne, que no debemos cometer el menor desliz —exclamó la voy del dentista—. Has de hacer exactamente lo que digo. La resistencia a esta clase de veneno varía según los individuos, pero todas las autoridades están de acuerdo en que una dosis de dos granos no es letal. En esta cápsula hay dos. Asegúrate de que no la extravías.

»—¿Cuándo los tomo?

»—Inmediatamente antes de que se lo administres a tu marido. La cápsula tardará algo en disolverse en tu estómago, de forma que tu esposo será el primero en sentirse mal. Telefonea al médico y

descríbele los síntomas como ya te he contado. Diagnosticará que es una intoxicación y te indicará el tratamiento.

»Cuando acabe de darte las explicaciones, también te encontrarás mal. Eso justificará que no hagas nada por tu marido cuando empeore ¿Lo has entendido?

»—Naturalmente. Lo hemos discutido muchísimas veces ya.

»—Bien —dijo el doctor Quay—. Una cosa más. No imagines que vas a engañarme. Es algo definitivo.

»—Pero ¿qué te pasa?

»—Significa mucho para mí, vida mía, pero no me fío de ti. ¿Quién es ese chofer?».

La carcajada de Dafne Ballwin sonó áspera y metálica en el cilindro.

»—¿Quién es? —insistió Quay.

»—No te preocupes por él. Le despediré en cuanto lo digas.

»—Ya lo digo. No me gusta. Creo que nos espía.

»—¡Oh, no seas criatura! El pobrecillo hace lo que puede. Simpatizo con él.

»—Pues yo no.

»—Pero, Jorge, ¿acaso crees que alguien podría…? Bésame, amor mío».

Una vez más reinó el silencio.

«—Acuérdate, Dafne, de que tendrás dos granos de arsénico en el estómago —dijo el doctor Quay—. Si tomas una chispa más puedes morir. Pon las galletas que haya de comer tu marido a un lado de la fuente y las tuyas, al otro. No ocurrirá nada si Gerald prueba las de ambos lados, pero tú tienes que limitarte a las de uno ¿Comprendido?

»—Sí, sí. No soy tan tonta como supones. ¡Y tú acuérdate de poner en la calle a tu enfermera!».

La máquina se detuvo.

—Este cilindro no tiene nada más —explicó Keetley—. El siguiente contiene la conclusión de la entrevista. Nada de particular. Supongo que esto les dará una idea.

Sellers le contempló asombrado y jubiloso a pesar del dominio que gozaba sobre sí mismo.

—Ahora —anunció Keetley, cortando la corriente del aparato—, les expondré el reto.

—Adelante —le acució Sellers.

—Dafne Ballwin se llevó el veneno y mezcló arsénico con la pasta de anchoas. Sin embargo, fue lo bastante lista para pensar una coartada por si alguien sospechaba que no se trataba de una simple intoxicación. Se apoderó de la taza en que Carlota Hanford, su secretaria, había tomado el café y cuyas huellas dactilares conservaba, y preparó en ella el veneno. Arregló algunas galletas con pasta y arsénico y otras sin ellos, y dejó la bandeja para ir a saludar a su marido. El mayordomo debía presentarla.

»El hado le hizo una jugarreta. Dafne había empleado a un novato que apenas si sabía conducir un coche y se entretenía con él durante sus momentos libres. A su debido tiempo probablemente hubiera matado al doctor Quay a fin de disfrutar de la vida con su chofer, pero entonces se limitaba a divertirse con él. Su fidelidad canina la halagaba. El hecho de conseguir que trabajara en algo que aborrecía, le proporcionaba una sensación de autoridad y de poder que la henchía de delicia.

»Pero el chico era inepto como mayordomo. Al levantar la bandeja, se le escaparon unas galletas, que cayeron al estante o al suelo. Las recogió y las ordenó de nuevo, trastocando todo lo concebido.

»Dafne había engullido sus dos granos de arsénico. Llegada la pasta de anchoas, eligió una de las que sabía cargadas de veneno y se la puso en la boca a su marido, ocupado en agitar la coctelera, y después le acompañó en la prueba. Sin duda, comió una o dos galletas emponzoñadas. Aquello bastó, sumándose a los dos granos, para su muerte.

»Todo hubiera salido a las mil maravillas de no ser por lo anterior y por el hecho de que Carlota sospechó inmediatamente lo que sucedía y telefoneó a un médico y a la policía. Así se desbarataron los planes de Dafne y del doctor Quay. Aquélla se desmayó. La dosis de arsénico era letal.

»Y ésta es, caballeros, la historia de un asesinato —concluyó Keetley con una pequeña reverencia.

—¿Qué nos cuenta de Ethel Worley? —pregunté.

—Da la casualidad de que sé lo que ocurrió en aquel piso —respondió Keetley—. Es verdad que seguí a Ruth Otis. No podía dejar desamparada a esa tontuela. El doctor Quay es listo. De tarde

en tarde procura utilizar arsénico. Comprendió que los registros de las farmacias serían examinados y que su amistad con la señora Ballwin se descubriría.

»Verán su astucia. Presintiendo que se buscaría en los registros y que le interrogarían, envió a su enfermera, cuando la situación estuvo madura, a comprar un paquete de arsénico. No lo necesitaba. En cuanto la policía le preguntase, podría decir: "Sí, señores, mandé a mi enfermera a por arsénico. He pasado dos o tres semanas sin él y me agrada tenerlo a mano, porque lo empleo para esto y para lo de más allá. Pero el arsénico que adquirimos no tiene relación alguna con la desgracia de la señora Ballwin, pues está intacto en mi laboratorio". Los llevaría a él. Los investigadores desharían el paquete y verían que no faltaba nada.

»Pero fue Ruth Otis quien compró el veneno. Temió encontrarse complicada en el caso, por lo cual vino anoche a la clínica, cogió el paquete y lo llevó a la estación de la Unión, guardándolo en un armario de alquiler. No quise orientar su atención en ese sentido, dada la situación, para que no recayesen las sospechas en Ruth, acusándola de asesina o cómplice. Sabía que el doctor Quay era capaz de jurar que, por su índole cruel y rencorosa, había robado el arsénico a fin de matar a la mujer que odiaba.

»Por consiguiente, me apresuré a rectificar su error en cuanto se me ofreció ocasión.

—¿De qué modo? —preguntó Sellers.

—Pues cogiéndolo del armario en que ella lo había ocultado y devolviéndolo al sitio debido del laboratorio del doctor Quay. No son muy difíciles de abrir esos armarios —sonrió Keetley.

—¿Tiene la llave de su clínica? —inquirió Sellers.

Keetley rió.

—¿Cómo cree que instalé los micrófonos?

—¿Colocó el arsénico en el estante del laboratorio?

—Sí.

—Entonces, ¿de qué forma explica que se hallase en el piso de Ruth Otis?

—Imagínelo usted mismo —contestó Keetley—. No cuesta mucho. Así que se enteró de la muerte de la señora Ballwin, el doctor Quay se dijo que debía pensar en sí mismo, tanto más cuanto que se practicaría la autopsia a la difunta. Necesitaba una cabeza de

turco. Esta mañana Ruth Otis andaría buscando colocación. Echó treinta granos de arsénico en el lavabo y depositó el resto en el piso de esa muchacha.

—¿Puede probarlo? —exclamó Sellers.

Keetley lo miró con desprecio.

—¡Por el amor de Dios! —bufó—. Le presento el caso resuelto en una bandeja de plata, adornado con una cinta de color rosa… Debería hacer algo usted solo.

—En otras palabras: lo de Ethel Worley es pura conjetura suya, ¿verdad?

—¿No esperará que se lo entregue todo mascado? Porque…

—Déjese de sarcasmos —interrumpió Sellers—. Me importa distinguir entre lo que conoce y lo que imagina.

—Cómo guste. Sé que el doctor Quay proyectó el asesinato de Gerald Ballwin, sé que él y Dafne estaban de acuerdo, sé que por casualidad Dafne tomó una dosis excesiva y sé que Dafne envenenó a Anita. Presumo que el doctor Quay se propuso abandonar el arsénico en el piso de Ruth Otis. Sé que coloqué el paquete de veneno en un estante del laboratorio, anoche, sobre las once y media. Presumo que el doctor Quay se libró de parte del arsénico, llevando el resto a la casa de la joven y presumo que, mientras estaba en ella, Ethel Worley, que buscaba a Ruth como testigo, sorprendió al dentista en el piso o en el instante de salir de él.

»Quay no contaba con esto. Estaba enterado de que Ethel sospechaba de él y le odiaba. Es evidente lo sucedido a continuación. Se trataba de su vida o la de la muchacha.

Sellers redujo a papilla su cigarro durante unos segundos.

—Donald —acabó por decir—, voy a charlar con ese doctor. Usted permanecerá aquí para que no ocurra nada a las pruebas.

—No se inquiete. No pasará nada —respondió Keetley, sereno.

—Estoy convencido —aseveró Sellers—. Pero ese cilindro implica para el dentista la diferencia entre la vida y la muerte, y para mí el ascenso o el descenso. No puedo llevármelo y me es imposible solicitar refuerzos en este instante —el sargento se volvió hacia mí—: ¿Puedo fiarme de usted, Donald?

—Sí. Entrégueme el cilindro, Keetley —ordené.

Me obedeció y añadí:

—No estará de más que le cachee, Frank.

El sargento Sellers recorrió la inmóvil superficie física de Keetley.

—Nada —me informó.

—Bien. Me cuido de él —respondí—. Entendámonos, Keetley. Nos enfrentamos con un asesinato. Resérvese sus bromas.

—No sean lerdos —se impacientó Keetley—. He procurado resolver el misterio. No acometa al doctor Quay; todavía no está maduro para una confesión. Si buscamos más pruebas…

—Si no está maduro para una confesión, yo le maduraré —gruñó Sellers—. Voy a aclarar este crimen de una vez. Espérenme aquí.

Pasó por mi lado y se paró en el umbral.

—Donald, en usted confío —repitió.

—Descuide —le prometí.

La puerta rotulada «Compañía de Inversiones Alfa» se cerró.

—Es demasiado pronto para pedir confesiones —me dijo Keetley.

—No conoce a Sellers —contesté—. Es una bellísima persona, pero cuando se pone duro los diamantes son mantequilla comparados con él. ¿Damos marcha al dictógrafo?

—¿Por qué? —se sorprendió Keetley.

—Me encantaría escuchar la técnica del sargento.

El rostro de Keetley se iluminó.

—¡Caramba! A mí también.

Dio vuelta al mando.

—Le aconsejo que ponga un cilindro nuevo —le dije—. Tal vez necesitemos pruebas de lo acontecido.

Keetley aprobó con un gesto y giró un conmutador.

—Todo está a punto.

Me retrepé en la butaca. Apenas tuve tiempo de acercar una cerilla encendida al cigarrillo. El aparato comenzó a verter palabras en el despacho.

—Lo siento, caballero —decía Quay—. Estoy sin enfermera. La que tenía se fue ayer sin previo aviso. Si aguarda aquí… ¿Eh?

—Soy el sargento Sellers, de la Brigada de Homicidios. Cuanto diga será usado como prueba contra usted. Despida a su paciente. Deseo hablar sin auditorio.

—Podemos hacerlo en el laboratorio —indicó Quay.

—Bueno, vamos allí.

—¿A qué viene esta intrusión? Usted… —empezó a decir el dentista.

—¿Conocía a la señora Ballwin? —atajó la voz de Sellers.

—Sí, era cliente mía.

—¿Sólo eso?

—Sí, señor.

—¿Le hizo muchos arreglos?

—¿Eh? Pues…

—¿Cuántos? —ordenó Sellers—. Enséñeme su libro de visitas.

—Como era una antigua amiga, no la inscribía…

—¿Venía a menudo? —prosiguió Sellers.

—A veces.

—¿Cómo cuánto? —insistió el sargento alzando la voz.

—Con cierta frecuencia.

—¿Sobre todo estos dos últimos meses?

—No puedo responderle.

—¿Y su libro de visitas?

—Tampoco.

—Es decir, venía aquí de vez en cuando sin previo aviso.

—Sí, señor.

—¿Tampoco pedía hora cuando se iba?

—En efecto.

—¿Acaso dirigía su clínica? —se burló Sellers.

—Pues no…

—Su enfermera dijo lo contrario.

—La enfermera tenía celos —replicó Quay con sequedad—. Cree que perdió el empleo por culpa de la señora Ballwin.

—¿No es la verdad?

—No, naturalmente —exclamó el dentista con dignidad—. La eché por grosera.

—¿No tuvo nada que ver la señora Ballwin?

—No.

—¿Entregó arsénico a la señora Ballwin? —disparó Sellers.

—¿Arsénico? ¡No, Cielo santo!

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿No mandó comprar arsénico a su enfermera? —preguntó Sellers.

—No —casi chilló Quay—. Si lo compró fue sin mi conocimiento y sin mi permiso. Y, evidentemente, con el propósito de asesinar a alguien. Pero, dígame, ¿hay posibilidad de que esa joven vengativa, de espíritu retorcido y nula personalidad, envenenase a Dafne Ballwin?

—No, ni la más mínima —respondió Sellers—. Sé que usted estuvo en su piso con objeto de arreglar una prueba acusadora, y entonces llegó Ethel Worley.

—¿Qué? ¿Cómo, sargento? —tartamudeó Quay.

—No pretenda engañarme —tronó Sellers—. Demasiado sabe que proyectó con Dafne envenenar a su marido.

—¡Está loco!

—¡Un cuerno! —bramó Sellers; oímos romperse algo y agregó—: ¡Mire! ¿Lo ve?

—Sí. ¿Qué es? —murmuró Quay.

—El micrófono de un dictógrafo —respondió Sellers—. Lo pusimos nosotros. Escuchamos su conversación con Dafne cuando acordaron asesinar a su esposo. Usted le entregó una cápsula con dos granos. ¿Sí o no?

Hubo una pausa interminable.

—¡Vamos! —gritó Sellers—. ¡Suéltelo!

—Le Juro, sargento, que no le di más arsénico que el suficiente para que se encontrase mal —repuso Quay con voz temblorosa de miedo—. Dafne deseaba simular los síntomas de una intoxicación digestiva. Ya lo sabrá si tienen un cilindro grabado con los diálogos que mantuvimos en este laboratorio.

—Sí, lo sabemos —dilo Sellers—. Querían envenenar a Gerald, ¿no?

Quay reflexionó un momento.

—¿Y qué? Él mejora rápidamente.

—Y fue al piso de Ruth Otis para complicarla —afirmó Sellers—. Ethel Worley le sorprendió en él.

—¡No mil veces no! No puede probarlo.

—¡Rayos! —chilló Sellers—. ¿Cómo cree que Ethel Worley llegó a aquella casa? Mary Ingram, compañera suya de trabajo, la condujo en su auto. Esperó a que saliera. Y mientras esperaba en él estudiando español, levantó los ojos al entrar usted y también los levantó cuando salió. Mary Ingram, transcurrida media hora sin que

Ethel reapareciera, subió a llamar al piso. No obteniendo contestación, telefoneó a la policía. Ya está enterada de lo que ésta encontró. Y ahora…

El micrófono captó un estruendo semejante al que haría alguien cambiando de sitio el mobiliario de la clínica. Después Sellers dijo con un gruñido de satisfacción:

—¡Inténtelo de nuevo y ya verá lo que le pasa!… ¡Levántese…! ¡Póngase en pie cobarde! Confiese la verdad.

Y el doctor Quay empezó a contar la verdad con voz temblorosa. Su monólogo se prolongó diez minutos.

Sellers le arrestó. Percibimos el chasquido de las esposas. Después le oímos telefonear pidiendo un coche a la Brigada.

Marqué el número del doctor Quay en el teléfono de Keetley. El sargento contestó.

—Le hice un favor, Frank —le comuniqué.

—¿Quién habla?

—Lam.

—¿Dónde está?

—En el despacho de Keetley. Repito que le he hecho un favor.

—Pues aún no sabe la mitad —dije—. Es algo de que usted se olvidó.

—¿Qué? —exclamó Sellers inmediatamente.

—Indiqué a Keetley que colocara un cilindro ante el dictógrafo —aclaré—. No ha perdido una sola palabra de las pronunciadas por el doctor Quay. Podrá llevárselo cuando le acompañe a Jefatura.

El silencio reinó durante unos segundos.

—¡Por Dios! ¡Estoy en deuda con usted! —chilló Sellers.

—Entregue el preso a los guardias cuando lleguen, Frank, y pase por aquí a recoger la confesión. Así tendrá ocasión de conferenciar con Keetley, porque, desde luego, ni usted ni él desean hacer público su sistema de llenarse el bolsillo con las carreras.

—Donald Lam recuérdeme que le debo una tarjeta que le será muy útil si le detienen por exceso de velocidad.

—Gracias —contesté—. Mientras tanto, telefonee a mi casa avisando a Berta de que Ruth es inocente. Mande que se vaya con viento fresco y deje a la chica sola.

—¿Cuál es su número? —preguntó Sellers.

Se lo dicté.

—Bueno, lo haré —prometió Sellers.

Colgué el teléfono.

—Me parece recordar que venía arrestado —comentó Keetley.

—Fue una broma —repuse, y crucé los dedos—. ¡Frank Sellers y yo estamos así!

capítulo veinte

FUI a la cabaña donde había abandonado a Carlota Hanford, me apeé del auto y empujé la puerta indicada.

Estaba cerrada. Llamé y no tardó en responderme Carlota desde el otro lado.

—¿Quién hay?

—Donald Lam.

—¡Oh! —chilló y me franqueó la entrada—. Pase. Considérese en su casa.

—Gracias.

Cerré la puerta. Carlota se acomodó en un pequeño escritorio. Yo ocupé una poltrona y encendí un cigarrillo.

—¿Está cansado? —me preguntó.

—Sí.

—¿Ha trabajado mucho?

—¡Hum!

—¿Cómo se encuentra? ¿Cuál es su estado presente? —indagó Carlota con zalamería—. ¿Profesional o biológico?

—Profesional.

Carlota hizo un visaje.

—Me gusta más cuando se siente biológico. Me he puesto mis mejores medias y no le he arrancado una palabra de admiración.

—Hay cosas más importantes que ésa.

—Eso es lo que me irrita.

—¿Qué? —me sorprendí.

—Que considere más importantes otras cosas.

—¿Quién es el biológico ahora? —suspiré, mirando al techo.

Lanzó una carcajada nerviosa y gutural.

—Yo.

—Carlota, cuando apareció por la agencia, no gastaba su dinero.

—¿Qué le induce a pensarlo?

—No está enamorada de Gerald Ballwin —sonreí—. Incluso si lo hubiera estado, no hubiese saqueado sus ahorros ni recurrido a una agencia de detectives para evitar que le envenenasen. Sospecho que la idea y el dinero fueron de otra persona ¿De quién, Carlota?

—¿Se pondrá pesado? —gimió la joven.

—Sí.

—Pues no le importa.

—Estoy dando la cara por usted —le recordé—. Hay unas cuantas pruebas en contra suya. Ya sabe que mezcló el veneno en la taza.

—¿Y si le contara toda la verdad? —murmuró.

—Podría aconsejarla bien.

—¿Y si no quisiese? —me desafió.

—Sería una lástima que una muchacha tan linda como usted pasara tanto tiempo en la cárcel, que al salir fuese una vieja deforme.

Advertí en sus pupilas un chispazo de terror.

—¿Se lo ordenó Carl Keetley?

—¿Por qué?

—Porque creo que fue él.

Carlota titubeó un par de minutos. Por fin inclinó la cabeza.

—¿La conoció cuando ya tenía el empleo? —pregunté.

—No, él me lo buscó —contestó Carlota con bastante entereza —. Fui…, bueno, fui mucho tiempo amiga suya. —Deseaba que aceptase la colocación, porque le interesaba conocer lo que ocurría en casa de los Ballwin.

—¿Le gusta Carl?

—Sí, mucho. Hubo una época… Bueno, Carl no es de los que se casan.

—¿Le dio el veneno y la aleccionó acerca de lo que debía efectuar con él?

—Sí, me telefoneó mandándome que fuese a su despacho en seguida —explicó Carlota lentamente—. Me entregó unos polvos diciendo que eran el antídoto del arsénico que la señora Ballwin tomaría a fin de parecer inocente, porque, para envenenar impunemente a su marido, ella también se envenenaría fingiendo que alguien deseaba librarse de su persona, seguramente la misma

que asesinara a Gerald.

—Prosiga.

—Carl me encargó que mezclara el polvo con pasta de anchoas, esparciera ésta sobre una galleta salada y, cuando Dafne y su esposo fueran a comer, sustituyera con la mía la que ella se dispusiera a coger. ¿Qué haré, Donald? Entonces creí que era un antídoto para estorbar sus proyectos, pero ahora sé… Nadie me prestará crédito.

—Yo sí —exclamé.

—Pero ¿y la policía?

—No.

—Me encuentro en un apuro —se desesperó Carlota—. Deberé aceptar mi suerte. Ni siquiera estoy segura de que Carl me protegerá. Pienso que no lo hará porque significaría ponerse la soga al cuello. Yo no quiero complicarle, pero…

—Nadie creerá lo que me cuenta, sino que la envenenó deliberadamente.

Carlota afirmó tristemente.

—Le tendí una trampa, Carlota —anuncié—. No esperaba que cayese en ella.

—¿Cuál?

Señalé el teléfono.

—Me dijo que, en cuanto me fuese, usted llamaría a la persona que la respaldaba. Aquí, sin coche, se hallaba aislada. Está lejos de la ciudad y usted no se aventuraría a salir, pues la policía la busca. ¿No telefoneó?

—Sí. Y acerté.

—¿Por qué?

—Comuniqué a Carl dónde estaba y prometió que vendría a buscarme. Ésta es la razón de que se lo cuente todo. Por lo visto, me ha abandonado. Ayúdeme, Donald.

—No hago otra cosa.

—Tal vez necesite una lupa —protestó Carlota—. A simple vista no noto su ayuda.

Interrumpió mi respuesta el sonido de unas pisadas en la grava del exterior. Dieron con los nudillos en la puerta.

—¿Será la policía? —exclamó Carlota, asustada.

—Si lo es, prométame una cosa.

—¿Qué?

—Cierre la boca, no hable. Mas no será la policía. La sacaré del aprieto, pero si fueran los de la Brigada no pronuncie una palabra. Selle sus labios.

Fui a la entrada. Carl Keetley se hallaba en el umbral. Retrocedió asustado al verme.

—Vaya. Llega usted un poco tarde —dije—. Entre.

Carl titubeó un instante, pero me obedeció, alzando los hombros.

—Hola, Carlota —saludó, arrojando el sombrero sobre la mesa.

—Hola, querido.

—Se le ofreció una gran oportunidad de asesinar —comenté—. Me pregunté si la desperdiciaría, Keetley. Al oír la conversación entre el doctor Quay y Dafne Ballwin, pensé que una persona tan ingeniosa como usted…

—Está bien. Siéntese, Lam —invitó Keetley—. Reflexionemos. Usted es un joven muy inteligente y muy charlatán, al mismo tiempo. Su amigo Sellers ha resuelto el caso a su satisfacción.

—Trató usted, durante muchos meses, de obtener pruebas contra Dafne —proseguí como si no le hubiera oído—. Estaba a punto de rendirse cuando se le presentó la ocasión. No sólo sabía que tomaría el veneno, sino que podría probarlo. Tenía el cilindro con su entrevista con el doctor Quay. El resto consistía en lograr que Carlota le procurase una doble dosis de veneno. Y, naturalmente, como Carlota intervino providencialmente al sentirse enfermo Gerald, le salvó la vida.

—Interesante, muy interesante —murmuró Keetley.

—Más que interesante —repliqué—, porque Carlota me ha explicado…

El acento de Carlota Hanford fue agudo como el filo de una espada.

—¡No, Donald! ¡Por favor!

Me recliné en el asiento al acecho. Keetley miró interrogativamente a la muchacha y después a mí.

—Lo que no comprendo —dije— es por qué Carlota gastó el dinero de usted consultándonos.

—Puedo contestarle —terció la joven—: Carl se proponía defender al señor Ballwin y… y me envió a su agencia antes de que oyese esa conversación.

Keetley meditó unos segundos. Luego, se volvió hacia mí, con los ojos entornados.

—¿Habló de esto a Berta Cool?

—No.

—¿Al sargento Sellers?

—No. Hasta ahora queda dentro de la familia.

Keetley sonrió:

—En tal caso, la respuesta es sencilla.

—Supuse que comprendería la idea —reí.

—¿Cuál? —preguntó Carlota.

—No me contemple de esa manera, Carlota. Soy Cupido —declaré.

—Desde luego. Lam, una vez probado, como lo he hecho, que Dafne tomó el arsénico por su propia voluntad, nadie demostrará otra cosa —me avisó Keetley—. El jurado no pronunciaría una sentencia condenatoria. Incluso si alguien lograse probar que Carlota se lo administró, sería imposible determinar cuál fue la cantidad. Tal vez fuese una dosis inofensiva. Lo que mató a Dafne fue lo que tomó después.

—Es algo, pero no todo —objeté—. Un fiscal convertiría en un cedazo su argumentación.

—Es usted testarudo —gruñó Keetley.

—Lo soy.

—En resumidas cuentas. Dafne era una asesina. La ley la habría condenado a muerte.

Le dirigí una sonrisa.

—Está bien, si insiste —rezongó Keetley—. Le dije en cierta ocasión que sólo los tontos perecen en viernes.

—¿Qué están diciendo? —se extrañó Carlota.

—He estudiado el código penal de este Estado —continuó Keetley—. Es sumamente interesante. El artículo mil trescientos veintidós indica que ni el marido ni la mujer pueden declarar en favor ni en contra de su cónyuge en juicio criminal. Querida, ¿me harás el honor de concederme tu mano?

—¿Qué? ¡Por Dios! —se atragantó Carlota.

—Te pido que te cases conmigo —aclaró Keetley—. Después de todo, el hombre inteligente elige siempre a su cómplice del sexo opuesto, Lam, no es que haga ninguna concesión a su disparatada

teoría. Pero, por si fuera aceptada, provisto de una mujer sospechosa, traspondré la divisoria del Estado y cerraré sus labios para siempre, murmurando unas palabras ante un juez de paz. Carlota, adorada, ¿accedes a casarte conmigo?

—¿Me vas a transformar en tu esposa?

—Exactamente.

—Pues no me gusta ni pizca —chilló Carlota—. Cuando siente la cabeza será con un hombre que me ame de veras. No contraeré matrimonio para verme amordazada.

—Lam, usted me obligó a declararme sin romanticismo —suspiró Keetley—. Tengo el periódico de la noche. Léalo mientras me declaro con más formalidad y sentimiento.

Me entregó el diario y se sentó junto a la joven.

—Oye, querida —comenzó—. Tú y yo nos conocemos perfectamente. Me has ayudado con competencia y lealtad. En el Edificio Pawkette he meditado mucho, mientras oía decir al doctor Quay: «Abra la boca, ciérrela, escupa». Eres una muchacha estupenda, Carlota. Has jugado limpio y pretendo casarme contigo.

Sin apartar los ojos del periódico, dije:

—Háblele de sus piernas, Keetley. Está muy orgullosa de ellas. Y con motivo.

—¡Cielos! —exclamó Carlota—. ¿Qué puede hacer una chica contra dos forajidos? Acepto, Carl. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—Ahora mismo y aprisita —respondió Keetley—. Iremos en mi coche al aeropuerto y desapareceremos en avión.

Carlota se levantó.

—¿No besará a la novia? —me preguntó—. Ha malgastado dos ocasiones y ésta será la última que tendrá.

La besé.

capítulo veintiuno

–¡YA era hora de que vinieses! —gruñó Berta Cool—. ¿Qué ha pasado? Frank Sellers me telefoneó comunicándome que estabas en libertad. ¿Cómo lo has conseguido?

—¿A cuál pregunta debo responder antes? —indagué.

—¿Cómo lo lograste?

—Con un poco de lógica y otro poco de deducción —contesté—. Presumí que Keetley había servido de auditorio a las conversaciones del doctor Quay y que, por lo tanto, se habría enterado de algo interesante después que regalé la pasta de anchoas a la señora Ballwin.

—Ésa fue la más horrible de tus ocurrencias —refunfuñó Berta —. Pensaste ponerle esposas psicológicas y no hiciste más que ponerte en sus manos. Algún día comprenderás que sólo una mujer conoce a otra mujer. Aún tienes que aprender mucho sobre psicología femenina.

—Desde luego, el tiro me salió por la culata —contesté.

—¡Y que lo digas! Inmediatamente te enamoras de otra moza. No entiendo cómo, siempre que trabajas en un caso, te ves rodeado de faldas.

—Pero siempre salgo airoso, ¿no?

—Por ahora —admitió Berta de mala gana—. Pero no ha faltado mucho en dos ocasiones para que colgaras de una cuerda de cáñamo. Esta vez estaba convencida de que habría de llorarte.

—Me echa en cara lo de Ruth Otis, pero usted tiene la culpa por hacer el caldo gordo a Frank Sellers.

—Frank es un buenazo —replicó Berta—. Se porta bien con nosotros.

—Sí, ya lo he notado —sonreí.

Sonó el teléfono. Berta lo levantó.

—Es para ti. Una mujer.

Me lo entregó por encima del escritorio.

—¿Diga?

—Hola, Donald —dijo la voz de Ruth Otis—. ¿Cómo le va?

—Bien.

—¿Todo está aclarado?

—Sí.

—He comprado unos filetes estupendos —anunció Ruth—. Su parrilla sirve aún, a pesar de que no la he empleado hace mucho tiempo. Aseguran que mis patatas fritas son excelentes; he preparado una ensalada y sopa de setas. Hago unos bizcochos maravillosos. ¿Vendrá a cenar a casa?

—¿A casa?

—Eso he dicho.

—Iré.

—¿Tardará mucho?

—Media hora. Prepárelo todo.

Colgué. Berta me contemplaba con una mirada peligrosa.

—No hemos ganado mucho dinero en este asunto —gimió.

—Yo sí —contesté—. Aposté un centenar por *Fair Lady* y se convirtieron en quinientos. No se quejaría si hubiese tenido valor.

Berta hizo una mueca de avidez.

—Donald, cuéntame lo que sabes del sistema inventado por Keetley. Anda.

—Keetley fue a casarse —repuse—. Me habló de su sistema antes de irse.

—¿Qué te dijo?

—Se le ocurrió mientras espiaba al doctor Quay. Insiste que en teoría es formidable. Desde luego, todo depende de la exactitud con que se tracen las curvas, de las actuaciones de los caballos.

—Me importa un pepino la teoría —rechazó Berta—. Sólo me importan los resultados.

—Pues bien, en tal caso —suspiré—, Keetley reconoció que *Fair Lady* era sólo el segundo vencedor acertado por su sistema. Cree que lo mejor es comprar un periódico, señalar en él los ganadores y ahorrarse molestias.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura mas bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.